

Super Jazmín

Sin miedo a la vida

SUSAN MALLERY

Sin miedo a la vida
Susan Mallery



Sin miedo a la vida (1999)
Título Original: The wedding ring promise
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Súper Jazmín 363
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Dylan Black y Molly Anderson

Argumento:

Durante la adolescencia, Molly Anderson se había enamorado platónicamente del atractivo Dylan Black, a pesar de que era un joven demasiado rebelde y sólo tenía ojos para su hermana Janet. Pero antes de marcharse de su ciudad natal con el corazón roto, Dylan le había dado a Molly el anillo de compromiso rechazado por Janet y le había prometido llevarla a correr una aventura algún día. Bueno, como todo su mundo se había venido abajo de repente, Molly decidió buscar a Dylan y aceptar su ofrecimiento.

Dylan siempre había sentido debilidad por Molly.

Entonces, ¿por qué no pasar unos días con ella y divertirse sin lazos emocionales de por medio? Después, los dos habían prometido seguir su camino. Pero eso fue antes de que Molly despertara su deseo y conmoviera su alma cínica con su valor callado. Tal vez algunas promesas estaban destinadas a romperse…

Prólogo

—Queridos hermanos, estamos aquí reunidos en presencia de Dios...

Molly Anderson dejó de escuchar al sacerdote y suspiró con impaciencia. No le interesaba estar «reunida» ni de pie en lo que prometía ser una ceremonia larga y aburrida. No quería estar allí, y a decir verdad, su hermana, la novia, tampoco había querido que estuviera. Pero su madre había insistido.

—¿Qué pensará la gente si la pequeña Molly no asiste a la boda? —había dicho—. Janet, que sea una de tus damas de honor. Vas a tener tantas que no estorbará. Si la ponemos al final de la cola, quedará acorralada contra la pared de la iglesia y nadie notará su presencia.

Molly levantó ligeramente la barbilla y agarró con más fuerza su ramo de rosas de color melocotón. Sabía que no debía haber oído aquella conversación, pero no había sido culpa suya. Dio la casualidad de que en aquel momento pasaba delante del comedor, y aquélla también era su casa, aunque todos olvidaran que vivía allí.

No importaba, pensó lúgubremente. Janet no había querido que ella asistiera a su boda y Molly sólo lo había hecho porque la habían amenazado con un «severo castigo» si no cooperaba.

Cambió de postura hasta poder apoyarse sobre el revestimiento de madera de la pared de la iglesia. La ceremonia continuó. Molly observó lo que ocurría sin gran interés. Aquélla no era la idea que ella tenía de una boda romántica. Al menos, los novios deberían estar enamorados, pero Janet se casaba con Thomas porque era un célebre abogado y su familia tenía un bufete de renombre en San Francisco. Thomas se casaba con Janet porque era hermosa. Janet lo conseguía casi todo porque era hermosa. Como novia estaba impresionante, hasta Molly estaba dispuesta a reconocerlo. El traje de seda y encaje acentuaba su cuerpo de modelo y su pelo liso y negro. Saldría perfecta en todas las fotografías.

No era justo, pensó mientras tiraba de la cintura de su vestido de dama de honor, que le quedaba demasiado justo. Además, el estilo de la prenda no le iba en absoluto. Para empezar, era demasiado sofisticado. A sus diecisiete años, era la dama de honor más joven, y también la de menor estatura. Las amigas de Janet eran altas y esbeltas, como su hermana. Molly no pensaba que un metro sesenta fuera poca altura, pero comparada con el resto de sus familiares, casi era una enana. Otra de las razones porque las que no encajaba en la familia...

Sintió un hormigueo en la nuca. Molly se enderezó y al

volverse, vio una sombra que emergía de la parte de atrás de la iglesia. La sombra se convirtió en hombre y Molly se quedó sin aliento. ¡Dylan! ¡Se había presentado!

Molly se había preguntado si iría a ver cómo Janet se casaba con otro. ¿Le atormentaría aquella ceremonia? ¿Sentiría deseos de interrumpir el rito y alegar que Janet era suya? Molly estaba desgarrada. Aunque le habría gustado el dramatismo de la situación, no quería que la estúpida de Janet se casara con alguien tan maravilloso como Dylan. Era demasiado… lo era todo.

Consciente de que su madre iba a matarla pero decidiendo que merecía la pena, Molly se escurrió por el pasillo lateral del fondo de la iglesia. Avanzó calladamente y le pareció que nadie se percataba de su marcha. Al llegar a la entrada, se dio cuenta de que Dylan ya había salido.

—Dylan —lo llamó mientras corría tras él. Cuando llegó a las escaleras que bajaban a la acera, se paró en seco. La motocicleta negra de Dylan estaba aparcada delante de la iglesia. Tenía una caja sujeta a cada lado y un bulto atado a la zona de detrás de su asiento—. Te vas —le dijo con un dolor agudo en el pecho. Dylan la oyó y se volvió.

—Hola, peque. ¿Qué tal te va?

Molly agarró con fuerza el ramo de rosas y se quedó mirándolo fijamente.

—Te vas. ¿Por qué?

—Aquí no hay nada para mí —dijo Dylan, encogiéndose de hombros—. Ya no.

Era uno de esos días perfectos de primavera por los que era famoso el sur de California. El cielo azul brillante, la temperatura suave, una leve brisa. Sin duda, Janet había previsto el tiempo de antemano. Pero la belleza del día no era nada comparada con lo hermoso que era Dylan Black.

Era alto, superaba el metro ochenta de estatura, y tenía los ojos y el pelo de color castaño oscuro. Su chaqueta de cuero negro hacía que sus hombros parecieran interminables. Los vaqueros se ceñían a sus muslos y a su trasero, y llevaba botas negras y un pendiente. Molly se estremeció al pensar en él. Era la razón de su existencia.

—No puedes irte —le dijo, mientras bajaba corriendo las escaleras para llegar a su lado—. No puedes.

Dylan le sonrió ampliamente, una sonrisa que le hizo olvidarse de respirar. Lo había conocido por primera vez hacía dos años, cuando Janet había empezado a salir con él. Por lo general, Molly nunca había prestado mucha atención a los novios de su hermana, todos habían sido aburridos o estúpidos, pero Dylan era diferente. Su diario era un testimonio de sus virtudes… tal y como ella las veía, al menos. Los

chicos de su edad se habían vuelto insignificantes para Molly, y Dylan se había fijado en ella y le hablaba. Bromeaba con ella porque parecía interesada en ir a clase y era inteligente, y la trataba como a una persona de verdad. Por si aquello no fuera maravilloso de por sí, nunca se reía del aparato ortopédico que llevaba en la boca, ni de sus granos o su gordura. Durante los últimos dos años, Molly había estado rezando para que Dylan se diera cuenta de lo superficial que era Janet y se fijara en ella.

La primera parte de su deseo se había hecho realidad. Janet y Dylan habían cortado, pero había sido su hermana la que había terminado la relación y Dylan no había buscado consuelo en Molly.

—Es hora de que cambie de aires —dijo, metiéndose las manos en los bolsillos—. Así es el mundo, peque. Pero voy a echarte de menos.

—¿De verdad? —la voz de Molly fue casi un graznido.

—Claro. Somos colegas —contestó Dylan, y le obsequió con una sonrisa un poco forzada.

¿Colegas? Molly contuvo un suspiro. De acuerdo, había esperado más, pero se conformaba con aquello.

—¿Adónde irás? —le preguntó.

—Lejos de aquí —Dylan se encogió de hombros—. He pensado en probar suerte en las carreras —señaló la moto con la cabeza—. No se me da mal montar en este cacharro.

—Eres el mejor —Molly apretó las flores contra su pecho. Ojalá pudiera pedirle que la llevara con él. Tal vez se hubiese enamorado platónicamente de Dylan, pero no era estúpida. Se portaba bien con ella, pero sólo la veía como la hermana pequeña de Janet. Sin embargo, si tuviera la manera de convencerlo para que se quedara... —. No puedes irte —le dijo, recordando algo importante—. Me prometiste llevarme contigo. A correr una aventura, ¿recuerdas? Cuando me hiciera mayor.

Aquella vez la sonrisa fue amplia y sincera. Extendió el brazo y le acarició la mejilla con la mano.

—Sí, lo recuerdo, íbamos a huir juntos en mi moto.

—Sí. Bueno, dentro de poco seré mayor. Si te vas, ¿cómo podré encontrarte para hacer ese viaje? No irás a romper tu palabra, ¿verdad?

—Ven aquí —le dijo con voz ronca, y le abrió los brazos.

Con su chaqueta de cuero gastada y sus botas arañadas, parecía un delincuente. Molly nunca había estado enamorada, pero sabía que nunca sentiría lo mismo por ningún otro hombre.

Corrió hacia él. Dylan la estrechó con fuerza entre sus brazos y el ramo quedó aplastado, pero a Molly no le importó. Nada importaba salvo estar junto a Dylan.

La habían abrazado antes, y hasta la habían besado un par de novios a los que ya había olvidado. Pero habían sido unos chicos y Dylan era todo un hombre. Trató de fijarse en todo para poder recordarlo más tarde, ya que tenía el presentimiento de que Dylan iba a dejarla con poco más que recuerdos.

Molly apoyó la barbilla en su hombro y sintió la fresca suavidad del cuero. Inspiró el aroma de Dylan y absorbió el calor de su cuerpo. Era fuerte y delgado, y la abrazaba como si ella realmente fuese importante para él. Luego Dylan dio un paso atrás.

—Tengo que irme —le dijo.

—Lo entiendo —asintió Molly—. Tiene que ser muy duro para ti quedarte aquí. Todavía la quieres.

—Si esto es amor —repuso Dylan con una media sonrisa—, duele horrores —se quedó pensativo por un momento—. Te propongo una cosa, Molly. Cuando seas mayor y estés lista para una aventura, ven a buscarme. Y dame esto. Iremos donde tú quieras.

Acto seguido, se metió la mano en el bolsillo delantero de la chaqueta y sacó un anillo de oro delgado y sencillo. Molly contuvo el aliento. Supo enseguida que era el anillo de boda que debía de haberle comprado a su hermana.

—No lo sabía —susurró.

—No hay nada que saber —le dijo—. Lo compré, pero nunca llegué a declararme. Toma, guárdalo. Tráeme el anillo cuando estés preparada. ¿Trato hecho?

Dylan dejó el anillo en la palma de su mano. Molly la cerró y se quedó mirándolo.

—Adiós, peque —le dijo, y luego se acomodó sobre su moto.

Molly se quedó de pie viendo cómo se alejaba. No importaba que Dylan hubiera comprado el anillo para Janet y que realmente hubiera querido casarse con su hermana. No importaba que Janet hubiera sido lo bastante estúpida como para cortar con él antes de que Dylan se declarase. Molly tenía el anillo en su poder. En cuando se hiciera mayor, iría en su busca y huiría con él. Iba a hacer que se enamorara de ella y serían felices el resto de sus vidas. Tenía su promesa. La promesa del anillo de boda.

Capítulo 1

Diez años después

—En las películas es más fácil —dijo Molly, de pie junto al marco de la puerta mientras contemplaba el desorden de su habitación. En el cine y en la televisión, cuando un personaje decidía hacer las maletas y dejarlo todo atrás, se oía la música de fondo, había un cambio de escena y el personaje en cuestión aparecía en la carretera, en un avión o donde fuera. En la vida real, alguien tenía que hacer el equipaje—. Como parece que nadie se ofrece voluntario, supongo que tendré que hacerlo yo misma —murmuró.

Contempló la maleta abierta sobre la cama y los montones de ropa desperdigados a su alrededor. Había un bloc de notas en la cómoda con una lista de las cosas que tenía que hacer antes de marcharse: pedirle a una vecina que le recogiera el correo, comprobar que había pagado todas las facturas. Al menos no tenía un perro o un gato del que preocuparse. También estaba el pequeño detalle de decidir a dónde quería ir. Le resultaría más fácil marcharse si tuviera claro su destino. Pero, en aquellos momentos, lo único que quería hacer era irse... y no volver jamás. Desgraciadamente, no tenía esa opción.

Se acercó a la cama y tomó un jersey entre las manos. Estaban a principios de mayo en el sur de California, lo que significaba que los días eran cálidos y las noches frescas. Lo metió en la maleta. Necesitaba pantalones vaqueros, ¿pero vestidos? Un vestido o una falda y una blusa requerían medias y zapatos de tacón, y no quería cargar con todo aquello. Además, estaba la cuestión del bolso a juego y... Molly maldijo entre dientes.

—Nada de eso es importante —se dijo—. Vete de una vez.

Sintió cómo las lágrimas se agolpaban en sus ojos, unas lágrimas que había prometido no seguir derramando. No debía sufrir, pero lo hacía. Ojalá pudiera olvidar. Ojalá pudiera dormir durante los quince días siguientes hasta que todo se hubiera resuelto.

Movió la cabeza. Iba a tardar más de quince días en resolverse, recordó. Tal vez meses. De modo que, en cuestión de un año todo estaría bien, ¿no? No tenía la respuesta, nadie la tenía. Inspiró profundamente y contuvo las lágrimas. Era fuerte y no estaba dispuesta a deprimirse. Se cuadró de hombros, se acercó a la cómoda y sacó el cajón de ropa interior. Luego, volvió a la cama y vació todo su contenido en la maleta. Si no podía decidir qué llevar, se lo llevaría todo. Eso hacía la vida más sencilla.

Dejó el cajón vacío en la alfombra y empezó a rebuscar entre las braguitas y los sujetadores. Tomó un sujetador sencillo de deporte,

uno de los últimos que había comprado, y algo llamó su atención. Un destello de luz... un reflejo.

Molly hurgó en la maraña de encaje y algodón. Al apartar a un lado las prendas, el pequeño objeto se deslizó a una esquina de la maleta. Lo tomó y lo miró. Por primera vez en diez días, Molly sonrió, y pasó el pulgar sobre el anillo de oro. El anillo de Dylan, el que había comprado para su hermana pero le había dado a ella. Habían pasado años. Molly se dejó caer sobre el colchón. ¿Qué habría sido de él? Había desaparecido de su vida de repente, igual que uno de esos héroes de las películas del Oeste que tanto le gustaban. Sólo que en lugar de irse montado sobre un recio caballo, se había alejado montado en su motocicleta.

Se preguntó dónde estaría aquel día. ¿Seguiría teniendo la misma magia? Antes, estar junto a Dylan había bastado para hacer que su mundo estuviera bien. Lo tenía por el hombre más perfecto y atractivo del planeta. Se acordó de lo poco atractiva que era ella entonces, con sus granos y su aparato ortopédico, e hizo una mueca. Pero Dylan siempre había tenido tiempo para ella. Le había hecho sentirse especial y nunca lo olvidaría.

Se colocó el anillo en el dedo corazón de su mano derecha. Sin duda, Dylan seguiría rompiendo corazones a una velocidad alarmante. O tal vez había madurado, como todos los demás, y era un hombre casado de mediana edad, con dos hijos y una hipoteca. Trató de imaginarlo conduciendo un respetable sedan, pero la imaginación le falló. Para ella, Dylan siempre sería joven y atractivo, un peligroso rebelde con chaqueta y botas negras.

Dejó el anillo en el dedo y reanudó la tarea. Estaba doblando una camisa de algodón de mangas largas cuando sonó el teléfono. Sabía quién era antes de contestar.

—Estoy bien —dijo al descolgar el auricular y colocárselo entre el hombro y el cuello.

—Podría haber sido un vendedor —dijo Janet—, y te habrías sentido muy tonta.

—No, el teléfono sonaba como si fueras tú. Sabía quién llamaba —dejó la camisa y se sentó en el suelo—. En serio, estoy bien.

Janet suspiró, y aquel sonido llegó claramente desde el otro extremo del estado. Janet y su marido, Thomas, vivían al norte de California, en Mill Valley, cerca de San Francisco.

—No te creo, Molly. Estoy preocupada. Ya sé que me dices que no me preocupe, pero no puedo evitarlo. Eres mi hermana y te quiero.

—Te lo agradezco —Molly dobló las rodillas y las acercó a su pecho—. Yo también te quiero. No podría haber sobrevivido sin tu ayuda, pero tienes que creerme. Estoy bien.

Era una mentira insignificante.

—He pensado en ir a verte y pasar una semana o dos contigo. Hasta que… ya sabes.

Molly imaginó a Janet pasando una semana en su pequeño apartamento preocupándose por todo. Lo cierto era que la idea tenía mérito. Janet y ella no se habían llevado bien de niñas, una situación favorecida por su madre, pero después de que Janet se casara y se fuera a vivir al norte de California, las dos hermanas habían descubierto que tenían más cosas en común de lo que habían creído y habían creado entre ellas un estrecho lazo de afecto.

—Por atractiva que me parezca la idea — dijo Molly—, tienes tres niñas y sé que mis sobrinas nunca me perdonarían que apartara a su madre de su lado, aunque fuera sólo por unos días. Y para serte sincera, echas de menos a Thomas cuando no estás con él. Al tercer día, eres todo gemidos y llantos. Me pondrías de los nervios —Molly lo dijo en tono desenfadado, en parte porque era cierto y en parte porque tenía miedo de que Janet y ella no hicieran más que llorar durante aquella semana—. Además —añadió—, voy a hacer un viaje.

—Tienes razón en eso de que las niñas me echarán de menos y de que me pongo llorosa cuando no estoy con Thomas. La idea del viaje es buena. Ven a vernos. Sabes que nos encantaría tenerte con nosotros.

—Me gustaría —dijo Molly lentamente. Y tanto que le gustaría. Su hermana y su cuñado la colmarían de atenciones y las niñas la ayudarían a olvidar. La familia era un consuelo, pero…—. Aunque necesito cambiar de aires de forma drástica. Todavía no he decidido a dónde iré, pero te llamaré cuando llegue al sitio en cuestión.

—No sé si debería persuadirte para que vengas a verme o dejar que hagas lo que quieras.

—Ya me dabas bastantes órdenes cuando éramos pequeñas, así que creo que deberías darme un descanso.

Janet suspiró otra vez.

—Está bien. Confío en que sabes lo que haces. Sólo que me siento frustrada. Me gustaría poder hacer algo.

—Dímelo a mí —Molly se colocó un mechón suelto detrás de la oreja. Al bajar la mano se fijó en el anillo que llevaba en el dedo—. Janet, ¿te acuerdas de Dylan Black?

—Vaya forma de cambiar de tema —rió su hermana—. Claro que me acuerdo. Es el chico rebelde de mi pasado, moreno y peligroso, no me convenía en absoluto. Menos mal que apareció Thomas y me rescató. No había pensado en él en años, ¿por qué lo preguntas?

—Cuando hacía las maletas, encontré el anillo que me dio. El anillo de boda que compró para ti. Todavía lo tengo, y al verlo me he

acordado de él.

—Déjame pensar. Fue a la reunión de antiguos alumnos del instituto hace cinco años. Tiene una empresa de diseño de motos en Riverside. Se llamaba Black algo, no recuerdo exactamente. Según se decía, había prosperado mucho.

—Qué interesante —dijo Molly, y cambió, de tema. Siguieron hablando durante unos minutos y luego Molly volvió a prometer que pensaría seriamente en la idea de ir a verla. Si no lo hacía, al menos le haría saber dónde estaba.

Después de la llamada de teléfono, tardó media hora más en terminar de hacer el equipaje. Luego, Molly arrastró la maleta hasta la sala de estar, se sentó en el sofá y se quedó mirándola. Bueno, ¿dónde podía ir? Quería huir de su vida durante una semana o dos, encontrar un lugar donde olvidar lo que había pasado y pensar en lo que haría en el futuro.

¿Un crucero? ¿Un viaje en tren a Nueva York? Tal vez podría ir a Acapulco y emborracharse durante una semana. Claro que una margarita bastaba para marearla, y dos la dejaban ya fuera de juego, así que emborracharse era prácticamente imposible. Necesitaba planear algo.

Sus ojos se posaron en el anillo. Movió la mano para que el oro centelleara. Incluso después de todos aquellos años, todavía recordaba la emoción de aquel momento, cuando Dylan le había dado el anillo. Claro que para él no había sido un gesto romántico. Había sido una manera de hacerle saber que no había olvidado la promesa que le había hecho. Cuando Molly se hiciera mayor, los dos partirían en busca de una aventura.

Mientras Molly contemplaba el anillo, una idea cobró forma en su cabeza. Era una tontería. Sería una locura si la llevaba a cabo, después de todo, habían pasado diez años. Ni siquiera la recordaría... ¿no? Se puso en pie.

—Al menos, puedo empezar por ahí —susurró—. Un lugar al que irme mañana.

Y necesitaba eso más que cualquier otra cosa. El resto, no importaba. Haría la locura de ir a visitar a Dylan Black, y luego ya pensaría qué hacer. Tal vez iría al norte a visitar a su hermana. No importaba. Lo único que quería era irse de allí y poder olvidar.

Dylan Black colgó el teléfono con fuerza y se quedó mirándolo con enojo. Evie, su ayudante, levantó sus cejas oscuras.

—Destruir el material de la oficina no me parece muy productivo, pero a fin de cuentas, sólo soy una empleada.

Dylan se recostó en su asiento y la miró.

—Están haciendo el acuerdo tan atractivo que cuesta resistirse. No puedo decidir si voy a salir ganando o a vender mi alma al diablo.

—Si son el diablo, sus precios han subido. La mayoría de la gente que conozco vendería su alma por mucho menos que varios millones de dólares.

Dylan tenía que darle la razón. Pero claro, muchas personas ponían un precio demasiado bajo a su alma. No era estúpido, sabía exactamente por qué lo estaban tentando… querían lo que tenía y no tenían nada que perder. ¿Pero y él?

—Ya estás con esa mirada pensativa —dijo Evie, moviendo la cabeza—. Detesto cuando te pones así, así que voy a volver a mi mesa. Si necesitas algo, llámame.

—Lo haré, gracias.

Cerró la puerta al salir. Dylan giró en su sillón y se quedó mirando por la ventana. El desierto abrupto y seco de California se extendía más allá del complejo de una sola planta que era su oficina. Sus críticos decían que levantar su empresa de diseño de motocicletas, Relámpago Black, en pleno Riverside había sido un gran error. Pero el solar había resultado barato, disponía de buena mano de obra y Dylan podía disfrutar de los espacios abiertos. Hacía un calor infernal en verano y estaba a casi dos horas del aeropuerto de Los Ángeles, pero era un precio muy pequeño que pagar por su autonomía. Había invertido todo lo que tenía en aquella compañía. En menos de cinco años, había demostrado a los críticos que se habían equivocado. En aquellos momentos lo calificaban de visionario en su industria… el mago que marcaba la pauta de la moda. Entonces, ¿por qué estaba pensando en vender?

Ya sabía la razón, y no tenía nada que ver con la magia o con el diablo. Quería vender su compañía porque la oferta que le habían hecho era demasiado dulce como para dejarla pasar. No sólo le ofrecían una cantidad ingente de dinero, sino que tenía un puesto garantizado en la nueva empresa. Por fin, contaría con los recursos necesarios para hacer toda la investigación que quería. Podría diseñar a placer, y explorar todos los proyectos que había dejado aparcados hasta entonces. Sería un estúpido si dejaba pasar por alto aquella oportunidad.

Excepto por un detalle. El dinero y la oferta de trabajo iban acompañados de un jefe al que tendría que responder. Dylan se conocía lo bastante bien como para saber que aquello supondría un problema. La pregunta era si sería un gran problema o podría soportar las consecuencias. Ganaría en recursos, pero perdería el control de Relámpago Black. Su abogado no lo dejaba ni a sol ni a sombra desde hacía semanas. A fin de cuentas, aquélla era la oportunidad de su vida, pero su instinto seguía diciéndole que debía esperar y pensarlo mejor. Después de todo, él había sido quien había trabajado veinticuatro horas al día durante todos aquellos años. Los diseños

innovadores eran suyos. Había llevado sus motos al circuito de carreras, y a veces se las había dado a los pilotos para que pudieran probar nuevos sistemas en las peores condiciones. Se había entregado en cuerpo y alma a su empresa, ¿cómo podía venderla? Sería como vender un brazo o una pierna.

El dinero contra los principios. Un antiguo dilema. Los filósofos ya habían debatido aquel asunto cuando la corteza terrestre todavía estaba enfriándose. Entonces, ¿qué debía hacer?

Aquello resultaría mucho más fácil, reconoció, si no fuera tan cínico. Años antes, cuando todavía era un soñador, le habría ofendido que insinuaran que podían comprarlo. Si su abogado de entonces hubiera sugerido la venta de la empresa, le habría enseñado la puerta de salida y lo habría despedido. ¿Cuándo había dejado de ser tan sencilla la vida?

—Al diablo con todo —murmuró, concluyendo que no tenía por qué decidirlo en aquel momento.

La compañía compradora le había dado quince días para fijar una reunión preliminar. Si se negaba, retirarían la oferta, así que esperaría hasta que algo cambiara, hasta que supiera de qué lado ponerse. Mientras tanto, tenía que repasar algunos informes.

Se volvió y se puso delante del ordenador. Luego empezó a teclear. Ya estaba absorto en el extracto de cuentas trimestral cuando Evie lo llamó por el interfono.

—Tienes visita —le dijo—. Molly Anderson. No tiene cita, Dylan, pero dice que la conoces de hace años.

Los recuerdos tardaron un segundo en ordenarse. Molly, la hermana pequeña de Janet. Claro que la recordaba, con su pelo claro y rizado y sus ojos grandes. Era una niña dulce y siempre lo había idolatrado. Normalmente eso le habría molestado, pero en el caso de Molly se había sentido halagado. Tal vez porque la niña tenía buen corazón y era sincera con él. No podía decir lo mismo de muchas personas aquellos días.

—Que pase —le dijo.

Se puso en pie y cruzó la estancia. Cuando Evie abrió la puerta del despacho, ya estaba allí para recibirla. Tenía el brazo extendido y la sonrisa en los labios, pero la mujer que entró en su despacho no era la adolescente que recordaba.

Seguía siendo bajita, de un metro sesenta de estatura. Le había crecido el pelo y lo llevaba recogido en una trenza. Un ligero maquillaje acentuaba sus grandes ojos de color avellana, los granos habían desaparecido y sus mejillas brillaban con su color natural. Su sonrisa era amplia y su paso firme. Una camisa de manga larga y unos vaqueros se ceñían a un cuerpo generosamente curvo.

—La señorita Anderson —dijo Evie, y los dejó solos.

—La pequeña Molly se ha hecho mayor —declaró, sorprendido de su presencia. La mujer que estaba frente a él asintió y se ruborizó.

—No me habían llamado así hacía años. Supongo que estarás sorprendido de verme.

—Sí, gratamente —Dylan decidió que estrecharle la mano no era lo apropiado en aquella situación. Después de todo, aquélla era Molly, así que abrió los brazos—. ¿Por los viejos tiempos?

Molly dio un paso hacia él y Dylan la abrazó. Era cálida y mullida, y estrecharla en sus brazos no estuvo mal, pero ella parecía rígida e incómoda, así que se apartó y le indicó que se sentara en el sofá de cuero que había en un rincón de su despacho. Luego se acercó al bar de la librería.

—¿Un refresco? ¿Una copa de vino?

—No, gracias.

Se sentó junto a ella y se cruzó de piernas, apoyando una bota en la rodilla. No tenía muchas visitas inesperadas, y desde luego, ninguna de su pasado. La intrusión no lo molestaba, en todo caso, sentía curiosidad.

—¿Qué te trae por aquí?

Molly estaba sentada con las manos en el regazo y retorcía los dedos.

—No estoy segura. Creo que ha sido un impulso por mi parte. Espero que no te importe.

—En absoluto. Han pasado muchos años.

—Diez —asintió Molly—. Aunque no los he estado contando.

—Has crecido. Siempre fuiste una niña adorable, pero ahora eres una mujer adorable —aquel cumplido pareció sincero y fluido. Los cumplidos siempre se le habían dado bien.

—Y tú sigues tan encantador como siempre —rió Molly—. La verdad es que era feúcha, pero he mejorado algo. Nunca seré una modelo de revista, pero no me importa.

Dylan la observó. No podía recordar la última vez que había pensado en Molly, o en Janet, que en su momento había sido el amor de su vida, o al menos eso había creído a los veintitrés años. Molly se volvió hacia él.

—Estaba hablando con mi hermana y tu nombre surgió en la conversación. Me pregunté cómo estarías, y como iba a salir de viaje y a pasar por aquí, se me ocurrió hacerte una visita. ¿Te resulta chocante?

—En absoluto, me alegro de que lo hicieras. Háblame de ti. Sigues usando el mismo apellido, así que o no estás casada o eres una mujer moderna e independiente que se niega a dejarse arrollar por las expectativas de la sociedad.

Molly le brindó una sonrisa un poco forzada.

—No estoy casada. Veamos. Me licencié en empresariales y he estado trabajando como supervisora contable en una empresa de telecomunicaciones de Los Ángeles. Tengo costumbres buenas y malas. He oído que has prosperado mucho.

—Diseño motocicletas —dijo señalando el despacho con la mano—. No pensé que podría ganarme la vida haciendo algo que me apasiona, así que se puede decir que soy feliz.

Excepto en aquellos momentos, reconoció para sí, aunque no iba a pensar en las decisiones que tenía que tomar. Molly era una distracción inesperada y agradable y, de repente, se sentía complacido de que lo hubiese buscado. Miró la hora en su reloj. Casi era mediodía.

—Si tienes tiempo —le dijo—, me encantaría llevarte a almorzar. Hay un restaurante muy bueno a unos dos kilómetros de aquí. Por fuera no parece nada especial, pero preparan las mejores hamburguesas del condado —sonrió—. Podremos ponernos al día de lo ocurrido en estos años y ni siquiera te haré subir a una moto para ir allí.

—Me parece estupendo —dijo Molly.

Media hora después, estaban en un reservado del restaurante. La camarera ya les había llevado las bebidas y les había tomado nota. Molly bebía una margarita y él una cerveza. No solía tomar alcohol durante el día, y todavía tenía muchas cosas que hacer en la oficina, pero al ver que pedía una copa había decidido acompañarla.

Mientras observaba a Molly, no podía apartar de su cabeza la idea de que algo iba mal. Estaba más que nerviosa. Por la forma en que lo miraba, no podía evitar preguntarse por qué había ido a verlo. Estaba rígida, como si se sintiera incómoda. Había eludido casi todas sus preguntas, como si no quisiera hablar de su vida personal.

Sintió la atención de otros empresarios. La ciudad era lo bastante pequeña como para que todo el mundo se conociera, si no de nombre, de vista. No solía llevar a muchas mujeres a aquel lugar, y las que llevaba no se parecían a Molly. Le gustaban altas, morenas y de piernas largas. Había desarrollado una debilidad por aquel tipo de mujer después de salir con la hermana de Molly, Janet.

—Sé lo que estás pensando —dijo Molly.

—Lo dudo.

—Te estás preguntando por qué estoy aquí. Quiero decir, que estoy segura de que te alegras de verme y todo eso, pero ¿qué es lo que quiero?

Buena suposición por su parte. Varias posibilidades pasaron por su cabeza. ¿Dinero? ¿Trabajo? ¿Esperma? La última idea casi le hizo sonreír. No importaban los años que habían pasado, no podía imaginar a la pequeña Molly pidiéndole esperma a nadie.

—La verdad es que quiero algo —dijo, y metió la mano en su bolso. Hurgó en su interior y sacó un pequeño objeto, luego lo dejó sobre la mesa.

Dylan no imaginaba qué sería, pero se quedó atónito al ver el anillo de oro sobre la superficie de madera.

—Esto es tan inesperado —dijo, tratando de bromear porque no sabía qué decir.

—No es lo que piensas —le dijo Molly.

—Bien, porque no sé qué pensar.

—¿Te acuerdas del anillo?

—Claro —Dylan lo tomó en su mano. Sólo había comprado un anillo de boda en su vida y había sido para Janet, cuando pensó que no podría seguir viviendo si ella. Era evidente que se había equivocado. El tiempo lo curaba todo... lo mismo que las lecciones de la vida—. Lo compré para tu hermana.

—Luego me lo diste a mí, el día de su boda.

Dylan asintió. Creyendo que contemplar parte de la ceremonia cerraría sus heridas, se había presentado en la iglesia. Molly había salido a despedirle. Recordaba haberle dado el anillo, pero no recordaba por qué. Molly inspiró profundamente.

—No quería que te fueras. Por razones diversas, aunque la única que podía decirte en aquel momento era que me habías prometido llevarme contigo de aventura cuando fuera mayor. Así que me diste el anillo y me dijiste que te lo trajera cuando estuviera lista —Molly carraspeó. El color empañaba sus mejillas y bajó la cabeza, de modo que se quedó mirando la mesa—. Bueno, estoy lista si tú todavía quieres hacerlo.

Capítulo 2

Molly se sintió como si alguien hubiera instalado una licuadora en su estómago. Y como si el violento triturado no bastara, tenía la horrible sensación de que iba a vomitar. Eso sí que sería una imagen agradable para el recuerdo.

Nervios, se dijo. Sólo eran nervios... y el tequila en el estómago vacío. ¿En qué había estado pensando? El problema era, claro, que no había pensado en absoluto. No había querido hacerlo, porque ninguna persona en su sano juicio le habría pedido a Dylan lo que ella acababa de pedirle.

Hizo un esfuerzo para mirarlo y vio cómo sus ojos oscuros la contemplaban con leve sorpresa. No parecía dispuesto a salir corriendo, lo que era muy amable por su parte, a fin de cuentas. Molly dudaba que ella hubiera sido igual de educada en aquella situación. Se aclaró la garganta.

—Si hace que te sientas mejor, no puedo creer lo que he dicho.

—Entonces, ya tenemos algo en común.

Al menos, no había perdido el sentido del humor.

—Está bien, es una locura, lo reconozco. Seguramente pensarás que estoy loca de verdad, y tal vez lo esté, pero no te preocupes, no soy peligrosa.

Dylan contempló el anillo que estaba en la palma de su mano. La hilera de callos en la base de sus dedos atrajeron la atención de Molly. Era evidente que había pasado mucho tiempo haciendo trabajo manual. Seguramente durante los primeros años desde que montó su negocio, había hecho él mismo casi todo el ensamblaje. Posiblemente de noche, solo en un almacén. Dylan siempre había sido decidido y resuelto, y dudaba que hubiera cambiado. No era la clase de hombre que renunciaba fácilmente, ni había prosperado tanto escuchando propuestas alocadas. Iba a decirle que no.

Le dio vueltas a aquella posibilidad y se sorprendió aceptándola fácilmente. Bastaba con que se lo hubiera pedido. Por una vez, había sido ella quien había tomado la iniciativa. No había esperado, había ido tras algo que era importante para ella. Tal vez hubiera esperanza. La invadió un sentimiento de orgullo y se cuadró de hombros. Aquél era un diminuto paso en dirección a su nueva vida.

—Aquí tienen —dijo la camarera, pasándoles unos platos enormes con hamburguesas gigantescas y una montaña de patatas fritas. Sacó unos botes de ketchup y mostaza de un bolsillo de su delantal y un montón de servilletas extra del otro—. Que aproveche —añadió con una amplia sonrisa.

La comida olía maravillosamente. El estómago de Molly rugió

con expectación, pero dudaba que fuera capaz de probar bocado.

Dylan extendió un poco de mostaza sobre la hamburguesa y la cubrió con la parte de arriba del panecillo, pero no hizo ademán de llevarse la hamburguesa a la boca. Levantó la vista y la miró a los ojos.

—¿Por qué?

Molly sabía que podía fingir no comprender lo que le estaba preguntando, pero eso era hacer trampas. ¿Por qué? Una pregunta muy simple, pero por desgracia, no tenía una respuesta simple. Al menos, ninguna que estuviera dispuesta a compartir con él. Era demasiado personal y humillante, pero Dylan se merecía una explicación de algún tipo. Molly tomó la mostaza y extendió un poco en la cara interna del panecillo.

—He llegado a un punto muerto en mi vida. Hay muchas cosas sobre las que debo pensar, algunas decisiones que tomar. No puedo concentrarme en nada, así que he decidido dejarlo todo atrás. No tenía ni idea de qué hacer o a dónde ir.

—Siempre está el circo —dijo.

Le brindó una media sonrisa. Todavía sentía los labios un poco aturdidos por la margarita.

—Supongo que sí, pero creo que soy un poco vieja para eso. Además, nunca me han gustado los elefantes. Me dan miedo.

—A mí no me haría gracia que me dieran un pisotón —corroboró Dylan.

Molly tomó la hamburguesa en las manos, luego la dejó otra vez sobre el plato.

—Como te he dicho, no había decidido a dónde ir, pero supuse que tendría alguna inspiración y empecé a hacer la maleta. Mientras vaciaba los cajones, encontré el anillo. Me dio una idea, y aquí estoy.

A decir verdad, lamentaba un poco haber cedido al impulso. Con cada minuto que pasaba, se sentía más y más tonta. ¿En qué diablos había estado pensando? Bueno, en realidad no había pensado.

—Ya te he confesado que ha sido una locura. No suelo dejarme llevar por mis impulsos, así que no puedo explicarlo. Supongo que no debía haber venido. Lo siento, Dylan. Olvida todo lo que te he dicho.

Apartó el plato a un lado y se preguntó cómo podría salir airosamente de aquella situación. Después de todo, habían ido al restaurante en el coche deportivo de Dylan. Aunque no estuviera muy lejos andando, no tenía ni idea de dónde estaba su oficina. Dylan mordisqueó una patata y dijo:

—Todavía no he dicho que no.

—No puedes estar considerando mi propuesta —Molly sintió que lo miraba con ojos muy abiertos.

—Tal vez lo haga —sonrió.

Aquella sonrisa era diferente de la primera que le había dedicado nada más verla, agradable pero más impersonal. Eran cien vatios de calor masculino, y los sintió hasta en los dedos de los pies. Estaba segura de que si bajaba la vista, vería el humo saliendo de sus mocasines.

—¿Te das cuenta de que si la consideras, tú también estarás loco? —dijo Molly.

—No sería la primera vez que alguien dice que lo estoy.

Dylan le dio un mordisco a su hamburguesa y masticó. Molly se esforzó por dejar de mirarlo, pero no podía controlar sus ojos. Parte de su tristeza y miedo se disiparon. Era suficiente que no le hubiese dicho que no bruscamente. No importaba, recordaría aquellos momentos, y cuando la realidad se pusiera demasiado fea, buscaría aquel recuerdo para sonreír.

La luz del sol entró en el restaurante, pero no llegó a su mesa. Las lámparas eléctricas del techo derramaban una suave luz en su dirección, iluminando a Dylan como focos en el escenario de una película. Era lo bastante atractivo como para ser el personaje principal, pensó, complacida de ver que aunque había madurado, todavía estaba tan maravilloso y perfecto como siempre. Había algo muy grato en pasar unas horas en presencia de un hombre atractivo. No importaba que ella no estuviera a su altura físicamente o que ni siquiera fuera su tipo. No lo deseaba como lo había hecho a los diecisiete años, cuando estaba enamorada platónicamente de él.

Estéticamente, la atraía. Su pelo oscuro, corto, que ni siquiera le llegaba al cuello de la camisa. Años antes, lo llevaba más largo, casi hasta los hombros. Decidió que le gustaba más el estilo conservador. Sus ojos eran como los recordaba, aunque había leves arrugas a su alrededor. Sus labios eran firmes, y su mandíbula bien marcada. El pendiente de oro había desaparecido, y estaba un poco más ancho. Por lo que percibía a través de la camisa del traje y los pantalones, estaba tan en forma como antes. Seguía siendo el hombre más increíble que había conocido.

Irradiaba una seguridad que dejaba traslucir su poder. Seguramente era mejor que no fueran a ninguna parte juntos. Después de todo, no sabía si podría controlar sus hormonas. Lo último que necesitaba en su vida era volver a enamorarse de él. Era estúpido.

Una vocecita en su cabeza le dijo que en aquellos momentos podía permitirse un poco de estupidez, pero ignoró las palabras. Tal vez podrían olvidarse del viaje y caer juntos en la cama. Una noche de sexo salvaje la despejaría durante un mes.

Molly se puso rígida al instante, apretó los labios y rezó con todas sus fuerzas para no haber expresado en voz alta aquel último

pensamiento. Inspiró profundamente y vio cómo Dylan daba otro mordisco a su hamburguesa. Su expresión no parecía haber cambiado.

De acuerdo, no había pasado nada. Dylan no se sentiría incómodo ni se reiría de ella. Molly levantó su copa y tomó otro sorbo de margarita. ¿Qué le pasaba? Sabía que no debía pedir la luna. Los hombres como Dylan Black estaban interesados en mujeres como su hermana, esbeltas y de piernas largas con rostros perfectos de modelo. Ella no... no era así. Algunas personas pensaban que su pelo ondulado era poco corriente, pero para ella era un fastidio, por eso lo solía llevar en una trenza. Sus ojos castaños eran de color del lodo y, aunque su sonrisa no estaba mal, sus labios eran demasiado pequeños. La nariz demasiado grande, aunque las orejas eran bonitas. Tenía la piel traslúcida, aunque la adolescencia no le había sentado bien a su piel. Luego estaba la cuestión de los nueve kilos que había estado intentando perder desde que nació.

—Estás furiosa por algo —dijo Dylan.

—Nada importante.

—¿Tienes problemas, Molly? —el buen humor de Dylan se disipó—. ¿Estás huyendo de algo?

Sí, pero no de lo que él imaginaba. Además, no estaba dispuesta a explicárselo.

—Si lo que me preguntas es si he cometido un delito, la respuesta es no —le dijo—. Estoy huyendo, pero sólo de mí misma. No he hecho nada malo —y aquello era parte del problema, pensó. Si tuviera que lamentarse por lo que había hecho en lugar de lamentarse por lo que nunca había llegado a hacer...—. Sólo quería desaparecer un tiempo —añadió, y todavía pretendía hacerlo, independientemente de lo que Dylan dijera. Dejó la copa sobre la mesa y se inclinó hacia él —. ¿Nunca te has sentido como si se te cayera el mundo encima? No importa a dónde vayas o lo que hagas, no hay salida. Como si las cosas no cambiaran o nunca fuesen a cambiar, aunque la realidad te indica que ya nada es lo mismo —se encogió de hombros—. Sé que lo que digo no tiene sentido.

—Te sorprendería saber cuánto sentido tiene lo que dices —dijo Dylan, mirándola fijamente.

—Sólo quiero dejarlo todo durante unos días —continuó—. Quiero tener la oportunidad de aclarar las ideas, de pensar las cosas bien —le brindó otra media sonrisa—. Tal vez tenga suerte y encuentre la manera de ser otra persona.

—¿Quién querrías ser?

—Cualquier persona que no sea yo.

—¿Qué tiene de malo ser Molly Anderson?

Ah, no. No iba a seguir respondiendo a más preguntas.

—Tendrás que creerme, Dylan. Simplemente, es malo.

Permanecieron en silencio durante varios minutos. Molly pensó en comer una patata, pero la verdad era que no tenía hambre. Debían de ser los nervios. Cielos, si seguía así durante unos meses, tal vez perdiera esos nueve kilos.

—Llegas en un buen momento —dijo Dylan, y se recostó en el asiento. Tomó su botella de cerveza y bebió un trago.

Algo saltó a la vida en el pecho de Molly. Hasta aquel momento, no había querido albergar esperanzas de que Dylan estuviera siendo algo más que educado. Incluso cuando le había dicho que todavía no había rechazado su propuesta, no había querido creerlo. Sintió una aceleración casi trepidante.

—¿En qué sentido? —le preguntó.

—Yo también me estoy enfrentando a decisiones difíciles. Principalmente sobre mi negocio —le quitó importancia con un gesto de la mano—. No voy a aburrirte con los detalles, pero por diversas razones, ahora mismo estoy en una encrucijada.

Sus ojos oscuros la miraban con intensidad. Sintió como si estuviera tratando de ver su alma. Molly quiso apartar la vista porque sabía que allí no había muchas cosas que pudieran impresionarlo. Deseaba ser diferente, ser maravillosa e interesante para que un hombre como Dylan la deseara. Pero sabía la verdad. No era más que Molly, inteligente pero no brillante, agradable, a veces divertida. No era terriblemente atractiva ni ingeniosa o encantadora, ni ninguna de esas cosas que normalmente atraían a hombres como él.

Ojalá fuera hermosa como Janet. O delgada, también como Janet. Suprimió una sonrisa. Si Janet estuviera allí, bromearía con ella diciendo de sí misma que era demasiado fastidiosa como para ser amada. Su sentido se disipó al pensar en lo bien que se había portado su hermana en todo aquel asunto. Molly estaba muy agradecida de que por fin se llevaran bien y estuvieran unidas.

—¿Qué tenías pensado como aventura? — preguntó Dylan.

Si Molly hubiera estado bebiendo en aquellos momentos, se habría atragantado, pero tuvo que limitarse a mirarlo con expresión atónita.

—¿Perdón?

—Tu aventura —tomó el anillo en una mano y se lo enseñó—. Por eso estás aquí. ¿Qué querías hacer?

Molly abrió la boca, luego la cerró. Su mente se quedó en blanco.

—¿Estás diciendo que sí?

—Lo estoy considerando, hay una diferencia. Quiero saber qué tenías pensado.

Molly se removió en su asiento, dividida entre la excitación más absoluta y el *shock* más rotundo. Una cosa era pensar en una

aventura con Dylan, las fantasías eran divertidas y seguras, pero aquello era la vida real. ¿De verdad estaba pensando en irse con ella?

Después de todo, no lo había visto hacía diez años y casi era un extraño. Estaría loca... Inspiró profundamente. No, no estaba loca. Dylan tenía veintitrés años la última vez que lo había visto y conocía básicamente cómo era. Molly se había prometido no volver a lamentarse por nada. Ya tenía muchos lamentos a sus espaldas.

—No había pensado en ningún sitio en concreto —le dijo con sinceridad—. No me importa dónde sea ni lo que hagamos, sólo quiero irme. Mi única condición es tener acceso a un teléfono. Tengo que oír los mensajes de mi contestador automático todos los días.

—Déjame adivinarlo. Intentas poner celoso a tu novio.

Si su afirmación no hubiera estado tan lejos de la realidad, tal vez se habría reído.

—No es eso. Ahora mismo no salgo con nadie, y aunque lo hiciera, no es mi estilo. Nunca se me han dado bien esa clase de juegos.

—Bien. No creía que fuera ése el caso, pero tenía que preguntarlo —su mirada se volvió más perspicaz—. Estoy tratando de averiguar cuánto queda de la Molly que yo recuerdo.

—Bastante. He crecido, pero no creo haber cambiado mucho.

Todavía tenía la habilidad de hacer latir su corazón, pero no iba a decírselo. Dylan se frotó la mandíbula. Era tan atractivo. Molly se quedó por un momento impresionada de haber tenido el valor de hacerle la propuesta. Aunque el tequila le hubiera dado el empujón, todavía le correspondía a ella casi todo el mérito.

—Quince días —dijo sin previo aviso—. Podría tomarme ese tiempo libre. Podemos llevarnos un teléfono móvil para que puedas oír tus mensajes. Elegiré el primer lugar al que iremos, luego tú podrás decidir qué haremos cuando estemos allí. Después negociaremos los destinos entre los dos.

Dylan hizo una pausa y la miró con expectación. Molly sólo podía observarlo mientras trataba de asimilar lo que estaba diciendo. ¿De verdad lo había oído bien? El corazón le latía, pero por primera vez en semanas, no era por miedo sino por emoción.

—Está bien —dijo con cautela, sin saber a ciencia cierta si realmente estaba accediendo o sólo barajando ideas.

Pero Molly quería creer que era verdad, que había dicho que sí. Dylan siempre había sido su fantasía. Los dos habían cambiado y madurado y dudaba que siguiera enamorada de él, pero le gustaría tener la oportunidad de averiguar si el adulto era distinto del joven que recordaba.

—Dormiremos en habitaciones separadas e iremos a medias en los gastos —añadió Dylan—. ¿De acuerdo?

Molly tuvo que resistir la urgencia de poner los ojos en blanco. Sin duda, el pobre estaba aterrorizado de que fuera a arrojarse a sus brazos en cuanto se quedaran solos. Suspiró. Tenía sentido. Después de todo, había estado seriamente enamorada de él hacía diez años y seguía siendo increíblemente atractivo, pero haría lo posible para controlarse en su presencia.

Por un momento, quiso creer que había especificado que dormirían en habitaciones separadas para que se sintiera segura. Ojalá fuera cierto. Ojalá Dylan pudiera mirarla y encontrarla atractiva. Pero sabía que era pedir la luna. Y no sólo por su aspecto. Su Dylan supiera la verdad sobre ella, saldría corriendo tan lejos y tan rápidamente, que dejaría marcas en la carretera.

—Me parece justo —accedió.

—Entonces, ya está. ¿Trato hecho?

—¿Estás dispuesto a hacerlo? —preguntó Molly, y luego se sintió estúpida al instante. Pero quería estar segura—. ¿Vamos a irnos juntos de aventura?

—Yo estoy dispuesto si tú lo estás.

«Ten cuidado con lo que deseas», le susurró una voz en la cabeza. Molly la ignoró y sonrió.

—Mi equipaje ya está hecho.

—Estupendo —Dylan extendió el brazo. Démonos la mano para sellar el acuerdo.

Sus largos dedos envolvieron los suyos y el calor pasó de uno a otro. Molly sintió un ligero hormigueo por todo el cuerpo, y no le importó que sus reacciones fueran el resultado de tomar una copa con el estómago vacío, o tal vez las reminiscencias del enamoramiento que había tenido hacía años. No le importó ser ella la única que experimentaba todas las reacciones. Bastaba con que Dylan hubiese accedido. Cuando le soltó la mano, Dylan tomó su hamburguesa.

—Necesitaré el resto del día y parte de la mañana para poner mis asuntos en orden. Podríamos irnos mañana después del mediodía, si te parece bien.

Molly se sintió de repente muerta de hambre, así que extendió un poco más de mostaza en el panecillo.

—Perfecto. Estoy lista para partir en cualquier momento. Si me das tu número de teléfono, te llamaré y te diré dónde voy a alojarme esta noche.

—¿Dónde vives?

—En Los Ángeles. Pero me refería a que buscaría un hotel para pasar la noche por aquí.

—No te preocupes, puedes alojarte conmigo —sonrió—. Tengo una casa enorme en una de esas colinas. Me enamoré de las vistas, pero el sitio es demasiado grande para mí. Hay cinco dormitorios, y

un par de ellos están preparados para los invitados.

—No me gustaría molestar —vaciló Molly.

Lo cierto era que se sentía incómoda ante la idea de pasar la noche en su casa. Sería demasiado íntimo.

—Entiendo. ¿Quieres que hagamos un viaje juntos pero no quieres pasar la noche en mi casa? Tiene sentido.

—Vaya —Dylan tenía razón. Molly sintió cómo se ruborizaba—. Supongo que estás en lo cierto. Entonces, gracias, acepto tu invitación.

Al menos, echaría un vistazo a su mundo. ¿Qué aspecto tendría su casa? ¿Qué haría...? Estaba a punto de darle un mordisco a la hamburguesa cuando se detuvo bruscamente y la volvió a dejar sobre el plato. Se le quedó la boca seca al darse cuenta.

—No se me ha ocurrido preguntártelo —tartamudeó—. No estarás casado o algo por el estilo, ¿verdad? No es importante para el viaje, pero no quiero causarte problemas.

En realidad, estaba mintiendo. Si Dylan estaba casado, no querría ir a ninguna parte con él, pero reconocerlo parecería extraño, como si tuviera un plan romántico secreto.

—Si estuviera casado, no habría accedido —le dijo—. Acabo de salir de una relación, así que no son necesarias las explicaciones. No tienes que preocuparte, jovencita... vivo en una casa normal. No encontrarás ningún monstruo en el armario.

Su sonrisa bromista fue como un directo en el estómago. Casi gritó de terror. No le aliviaba que no estuviera casado, y no iba a enamorarse de él. De ningún modo. Ya tenía bastantes cosas en qué pensar en su vida para añadir una más.

Aclarado aquello, terminaron de comer. Dylan robó una servilleta limpia del bolsillo de la camarera cuando pasó a su lado y dibujó un mapa.

—Ésta es la oficina —dijo, indicándole un pequeño recuadro que había dibujado en la servilleta—. El camino a la casa parece complicado, pero en cuanto estés en la carretera es bastante sencillo. La mayoría de las veces sólo se puede girar en un sentido —le explicó los detalles, sacó su llavero del bolsillo del pantalón y extrajo una de las llaves—. Ten. Confío en que no huyas con la vajilla de plata de la familia.

Molly cerró la mano alrededor del pequeño objeto de metal. Todavía estaba caliente del contacto con su cuerpo.

—Gracias, Dylan —le dijo—. Tanto por tu disposición a acompañarme como por la confianza. No te decepcionaré.

—Si pensara que fueras a hacerlo —repuso él, encogiéndose de hombros—, no te daría la oportunidad. Además, he visto ese pequeño coche que conduces. Podría alcanzarte en menos que canta un gallo.

—No lo dudo.

Molly contempló sus anchos hombros, que casi sobresalían por debajo de las costuras de su camisa. Era muy corpulento. ¿Cómo sería ser tan fuerte y no tener miedo de que alguien te hiriera? Era algo que los hombres daban por hecho.

—¿Nos vamos? —le dijo, haciendo ademán de levantarse.

—Todavía no hemos pagado.

—Me lo cargan directamente a mi cuenta. La pago cada mes.

—¿Y qué pasa con nuestro acuerdo? íbamos a pagarlo todo a medias.

—Jovencita, tienes razón —repuso Dylan—. Me debes diez dólares.

—Eso está mejor —rió Molly.

Sacó el billete de su cartera y se lo dio.

Fuera del restaurante, el cielo estaba despejado. En Los Ángeles había una combinación de nubes bajas y niebla. Más allá del restaurante, había espacios abiertos. La ciudad de Riverside era más bien rural y el condado se extendía hasta Arizona. Se sentía como si estuviera a miles de kilómetros de su casa, en lugar de a sólo noventa y cinco.

—Volveremos a la oficina para que puedas recoger tu coche —le dijo mientras le abría la puerta del Mercedes—. Así podrás ir a casa a descansar durante la tarde. Si eres una mujer típica, tendremos que tener una charla sobre el equipaje.

—Me ofende la insinuación —dijo Molly, tratando de no pensar en la enorme maleta que llenaba su maletero.

—Voy a darte una bolsa de tela y nada más.

—No irás a comportarte como un tirano, ¿verdad? —preguntó Molly, todavía sin saber a dónde quería llegar con todo aquello. ¿Qué le importaba cuántas maletas llevara y por qué quería que utilizara una de las suyas?

—Estoy siendo práctico —le tocó la punta de la nariz y sonrió—. No vamos a llevarnos el coche para nuestra aventura. Iremos en una de mis motos.

Molly recordó al instante que aquél era Dylan, y lo recordó salvaje y vestido de cuero negro sobre una motocicleta. Abrió los ojos con sorpresa, y la imagen fue tan poderosa que no pudo decir palabra. Lo único que pudo hacer fue reír de puro deleite.

Dylan observó cómo Molly se alejaba en su coche y luego se volvió hacia su oficina. Al oír cómo se alejaba el ruido del motor, se dijo que debía entrar, que necesitaba hacer miles de cosas, pero se quedó allí de pie, contemplando las colinas pardas y la tierra seca y desértica.

No podía creer que le hubiera dado a una desconocida la llave

de su casa y le hubiese dejado ir allí ella sola. Hasta Molly se había sorprendido por su ciega confianza. ¿En qué había estado pensando?

Lo cierto era que no había estado pensando en absoluto. Su instinto le decía que podía fiarse de Molly, y eso había hecho. Resultaba extraño, considerando que no había confiado nunca en nadie. ¿Qué veía en ella? ¿Era el pasado en común, o tal vez la vulnerabilidad de su mirada? Algo había reclamado su consuelo o protección.

Despacio, se dijo. Ya sabía que no debía fantasear sobre las mujeres. Sólo buscaban lo que podían sacar de un hombre, fuese un buen rato en la cama o una vida de seguridad económica. La vida le había enseñado bien aquella lección, y eso hacía que sus motivos para confiar en Molly fueran aún más sospechosos. Excepto que no creía que quisiera nada de él. No podía decir por qué lo sabía, pero se había comportado como si así fuera. Tal vez los años lo estaban volviendo senil. La realidad era que todo el mundo quería algo, incluso Molly.

Una vez recuperada su filosofía claramente cínica, entró en el edificio. Evie estaba sentada detrás de su mesa y lo miraba con curiosidad.

—¿Y bien? —preguntó, sin pretender parecer sutil—. ¿Quién era y qué quería?

Dylan se apoyó en la mesa.

—Una vieja amiga, la conozco desde hace años. Salía con su hermana mayor.

—Ah, eso lo explica todo —Evie arrugó la nariz—. Estoy segura de que es buena chica y todo eso, pero no es tu tipo. Quiero decir, que tiene el pelo rizado y eso podría ser interesante, pero es muy normalita y está un poco gordita.

—No es normalita —Dylan se enderezó, y la irritación confirió fuerza a su voz—. Janet fue siempre la belleza de la familia, pero Molly tiene muchos rasgos bonitos. Y no es gordita, sólo tiene curvas —frunció el ceño y esperó a que Evie lo contradijera.

Ni siquiera quería pensar por qué sentía la necesidad de defender a Molly. Tal vez fuera porque era una de esas personas de buen corazón. Y qué si no tenía una belleza tradicional, tenía otras cualidades que Dylan admiraba.

—Perdona —dijo Evie, levantando las manos en señal de rendición—. Sólo estaba un poco sorprendida, eso es todo. Suelen perderte las mujeres con tipo de modelos. Creo que es estupendo que busques algo más que una cara bonita.

—No estoy buscando nada —gruñó—. Somos amigos, nada más.

—Ya lo sé —dijo Evie, y se removió con incomodidad—. Siento haber dicho algo que no debiera.

—No, la culpa es mía. Yo... —¿qué le estaba pasando? ¿Por qué le parecía mal todo de repente?—. Estaré en mi despacho, le dijo, y se dirigió a la parte de atrás del edificio.

Se estaba reblandeciendo, eso era. Menos mal que iba a irse de viaje, podría aprovechar el tiempo para aclarar sus ideas.

Al disponerse a trabajar, sintió un leve hormigueo en el estómago. Después de unos minutos, fue capaz de identificarlo como expectación. Dylan, que normalmente detestaba cualquier cosa que lo apartara de su trabajo, estaba deseoso de tomarse unos días libres.

Capítulo 3

Había un buzón con el número de la casa al pie de la colina. Mientras Molly metía la primera marcha para poder subir por la pendiente, se preguntó si había cometido un error. ¿Realmente vivía Dylan allí?

Al tomar la última curva y ver aparecer la casa ante sus ojos, se convenció aún más de que debía de haber tomado un desvío que no era. Era una mansión enorme, toda de madera y cristal. La parte posterior se fundía con la colina que se elevaba detrás de la casa. La fachada daba a la ciudad y al desierto que había más allá. Desde donde estaba, podía ver un garaje de cuatro plazas y lo que parecía formar parte de un jardín.

Molly inspiró profundamente. Tenía que ser allí. Sólo había otros tres buzones en la calle y ninguno de los números se parecía. Sabía que los inmuebles eran más baratos por aquella zona, pero, diablos, no esperaba encontrar una mansión. Al contemplar aquella impresionante estructura, se alegró de no haberlo sabido de antemano, de lo contrario, nunca habría reunido el valor para abordar a Dylan.

Aparcó el coche a un lado, delante de una de las puertas dobles del garaje, y apagó el motor. Decidió dejar la maleta en el maletero hasta estar completamente segura de que era allí. Se dirigió por el camino de entrada hasta la amplia puerta delantera y sacó la llave que Dylan le había dado.

Giró con facilidad en la cerradura. Le había dicho que no había alarma, así que se limitó a entrar. El techo del vestíbulo se elevaba al menos a seis metros de altura. Unas ventanas enormes dejaban entrar la luz del exterior, iluminando vigas oscuras de madera, paredes blancas de estuco y muchas plantas exuberantes. La sala de estar estaba justo en frente, pero para llegar hasta allí, tenía que cruzar un puente de adobe y un arroyo interior. ¿Un arroyo?

Molly parpadeó varias veces, pero la corriente de agua no desapareció. Siguió deslizándose sobre una formación de rocas a su derecha, luego bajo el puente hasta formar un pequeño estanque a su izquierda. Varios peces nadaban en el agua clara. ¿Dónde diablos se había metido?

Entró en la sala de estar. Los muebles eran gigantescos. Sofás de cuero azul oscuro, mesas de cristal y más ventanas. La vista era espectacular. Giró lentamente en círculo, fijándose en las bonitas lámparas de pie, las obras de arte, el comedor que había detrás. Supuso que todo su apartamento cabría cómodamente en el espacio ocupado por aquellas dos habitaciones. Y todavía quedaba mucha casa por ver.

Hacía casi once años, cuando Janet había pensado en cortar con Dylan, Molly recordó haber escuchado detrás de la puerta mientras su hermana hablaba con su madre, decidiendo qué podía hacer. Janet se mostraba preocupada por sus diferencias en estilo de vida y expectativas. Dylan se había criado en el barrio pobre de la ciudad, en una casa remolque. Lo único que parecía importarle eran su moto y Janet. Janet quería un hombre ambicioso y, en aquel momento, Molly había pensado que su hermana era rematadamente estúpida. La ambición estaba bien, pero hablaban de Dylan Black. Valía por diez médicos o abogados.

Mientras Molly estudiaba la impresionante estancia, comprendió que había tenido razón, y una sonrisa se dibujó en sus labios. Había llegado muy lejos después de dejar su vieja casa remolque. Tal vez, mientras estuvieran de viaje, podría pedirle que le contara cómo había progresado tanto.

Volvió a su coche y descargó la maleta, luego entró de nuevo en la casa. Dylan le había descrito la distribución general y le había dicho que se pusiera cómoda. No era por naturaleza fisgona y, aunque hubiese querido echar un vistazo, aquel lugar la intimidaba demasiado para su gusto, así que no asomó la cabeza por las puertas abiertas a lo largo del pasillo, sino que se dirigió directamente a la última habitación a la izquierda, la habitación de invitados que Dylan le había indicado.

La cama de matrimonio con baldaquino era atractiva, así como los muebles sencillos de madera de pino. El motivo de la colcha hacía juego con las cortinas y unos cuadros de buen gusto decoraban las paredes pintadas de color crema. Detrás de una puerta a la izquierda estaba el baño, enorme y muy completo, con jacuzzi incluido. Todo estaba perfectamente limpio. Era evidente que Dylan tenía un servicio, o una señora de la limpieza que iba varios días a la semana.

Dejó la maleta sobre la cama y la abrió. Dylan le había dicho que tendría que llevar pocas cosas para su aventura. Después de todo, iban a viajar en una de sus motocicletas. Sintió un hormigueo de excitación en el vientre. No podía creer que realmente fuera a hacer una cosa así. Ella, la pequeña Molly Anderson, iba a correr una aventura con Dylan Black. Era un milagro, y últimamente los milagros escaseaban en su vida.

Repasó la ropa y decidió que las prendas informales serían lo mejor. Optó por los vaqueros, las camisetas y unos cuantos artículos de tocador. Una camiseta larga de algodón le serviría de camisón.

Quince minutos después, había metido con cuidado la ropa que iba a llevarse en la cómoda y había dejado el resto en su maleta. Contempló el anillo que Dylan le había devuelto. Se sentía extraña llevándolo consigo, pero no estaba dispuesta a dejarlo allí. Se encogió

de hombros, luego tomó un Kleenex de un contenedor de cerámica del baño, envolvió el anillo y lo metió en el bolsillo interior de su neceser.

Molly miró su reloj. Tenía unas cuantas horas antes de que Dylan regresara a casa. Le había hablado de una biblioteca en el otro extremo del edificio. Un buen libro sería una gran distracción, pero primero tenía que hacer unas cuantas llamadas de teléfono. Después de sacar su tarjeta telefónica de la cartera, se acomodó sobre la cama y colocó el teléfono en su regazo. Tecleó el número de su casa, luego introdujo el número de su tarjeta y, cuando oyó saltar el contestador, marcó el código de dos dígitos que le permitía escuchar los mensajes. El rápido pitido le indicó que no había ninguno.

En realidad, era demasiado pronto para esperar una respuesta, se dijo en silencio, desechando cualquier sentimiento de decepción. Pero era tan difícil no albergar esperanzas, no desear un milagro... sólo uno más. ¿Acaso era pedir demasiado?

Al ver que no había respuesta, marcó otro número. Descolgaron el teléfono al segundo timbrazo.

—¿Sí?

—Hola, soy yo.

— ¡Molly! —la voz de Janet era afectuosa y alegre—. ¿Cómo estás? O mejor dicho, ¿dónde estás? Ya te has ido, ¿verdad?

—Sí. Estoy... —Molly se quedó mirando la hermosa habitación de invitados y sonrió—. Nunca adivinarías dónde estoy.

—Detesto las adivinanzas —rió su hermana—. Se me dan fatal, ya lo sabes. De acuerdo. Estás en Nueva York.

—No, un segundo intento, y después te lo diré. Pero te daré una pista. Hace calor y hay unas vistas increíbles.

—Ah, eso es fácil, Hawai. ¡Qué maravilla!

—Lo siento, Janet —rió Molly—, ni siquiera te has acercado. Estoy en la habitación de invitados de Dylan Black.

Se produjo un absoluto silencio. Molly podía imaginar a su hermana quedándose boquiabierta. Estaría tratando de vocalizar sin decir palabra durante treinta segundos.

—¿Que estás dónde?

—Lo sé, lo sé, parece muy extraño, ¿pero te acuerdas del anillo del que te hablé?

—Claro. En realidad, era mi anillo.

—Le diste calabazas —le recordó Molly—. Cuando lo encontré, recordé que me había prometido que correríamos juntos una aventura. No podía pensar en ningún otro lugar al que ir, así que aquí estoy.

—Cielo, ¿te encuentras bien? —Janet habló en voz baja impregnada de preocupación—. Sé que fue tu amor platónico y todo eso, pero han pasado años. Ya no lo conoces. ¿Estás segura de estar a

salvo?

Molly reflexionó por un momento.

—No me dices nada que no me haya dicho ya a mí misma. Sé que parece una locura, y en cierto sentido lo es, pero no sabía qué hacer. Al menos, Dylan es una distracción fabulosa, y eso es lo que necesito ahora mismo.

—No es un asesino en serie, ¿verdad? Aunque no te lo diría si lo fuera.

—No creo que los asesinatos den para tanto —dijo Molly mirando a su alrededor—. Tiene una empresa muy próspera. Su casa es fantástica. Es gigantesca, y está en lo alto de la colina... —a Molly se le pasó una idea por la cabeza—. Janet, ¿estás enfadada porque esté aquí? ¿Te molesta?

—Si lo que me preguntas es si todavía siento algo por él, por favor, no te preocupes. Hace años que lo he olvidado. Ya sabes que quiero a Thomas. Han pasado diez años y seguimos igual de enamorados. Dylan fue mi primer novio serio y siempre tendré recuerdos gratos de él, pero no habría funcionado. Los dos lo sabíamos —Janet inspiró hondo—. Estoy segura de que le va bien el negocio, pero él no ha cambiado, Molly. Sigue siendo un hombre peligroso. Me parece que no está casado, y no creo que sea capaz de aceptar esa clase de compromiso.

—Vamos a hacer un viaje juntos —dijo Molly mirando el teléfono fijamente—, no a tener una relación.

—Esas cosas pasan. Sólo quiero que tengas cuidado, ahora mismo eres vulnerable y no quiero que te haga daño.

—No tienes por qué preocuparte. Tendría que estar mínimamente interesado en mí para hacerme daño y las dos sabemos que eso no va a ocurrir.

—No digas eso —le suplicó Janet—. Eres adorable. Cualquier hombre se sentiría muy afortunado de tenerte.

Molly tiró de sus vaqueros, separando la tela de sus generosos muslos.

—Es verdad, tengo tantos problemas con todos esos hombres que hacen cola delante de mi apartamento... Fue muy difícil salir de casa esta mañana, pero intento ser amable cuando los rechazo.

—Eres tonta.

—Hace un minuto has dicho que era adorable.

Janet rió.

—Molly, me vuelves loca. ¿Tenías algún mensaje?

—No —Molly perdió el humor al instante.

—Es demasiado pronto.

—Lo sé.

—Todo saldrá bien.

—También lo sé.

Lo sabía, pero no lo creía.

—Entonces, ¿a dónde pensáis ir?

—No tengo ni idea —dijo Molly—. Dylan elegirá nuestro destino.

—¿Estás segura de lo que haces?

—No estoy segura de nada, Janet, pero si lo que me preguntas es si estoy segura de querer ir con Dylan, la respuesta es sí. No hay nada que desee más en este mundo. Necesito dejarlo todo unos días y él es la manera perfecta de hacerlo. Así que procura no preocuparte.

—No me preocuparé si me prometes mantenerte en contacto.

—Te lo prometo.

—Te quiero, hermanita —suspiró Janet—. Cuídate.

—Yo también te quiero. Dale a Thomas y a las niñas un beso de mi parte. Adiós.

Colgó el teléfono. Sin el apoyo de Janet no habría sobrevivido a los últimos diez días. Era agradable que alguien se preocupara por ella. Sin embargo, durante los próximos días no iba a pensar en nada más que en pasárselo de maravilla en aquella aventura.

Dylan apretó automáticamente el botón del control remoto que abría la puerta del garaje. Al frenar, vio el utilitario azul de Molly aparcado a un lado e hizo una pausa. No estaba acostumbrado a llegar a casa y encontrarse a alguien. Durante los dos años que llevaba viviendo allí, había tenido compañía nocturna tal vez en tres ocasiones. Cuando tenía una relación con una mujer, solía quedarse en la casa de ella. Prefería poder irse cuando quisiera y no tener que pedirle qué se fuera si quería estar solo.

Se quedó mirando el coche. Era un vehículo modesto, ni divertido ni llamativo. Pero claro, a Molly no le iba lo llamativo, al menos cuando era una adolescente. Dejó el coche en su plaza y apagó el motor. Después de tomar su cartera, cerró la puerta del garaje y entró en la vivienda.

—Estoy en casa —anunció, y luego frunció el ceño al preguntarse si alguna vez había pronunciado aquellas palabras. Era un viejo cliché televisivo: «Cariño, ya estoy en casa».

—Hola —contestó Molly. A juzgar por la procedencia de su voz, debía de estar en la biblioteca.

Dylan dejó la cartera en el mostrador de la cocina, sacó un par de cervezas de la nevera y fue en busca de su invitada. La encontró acurrucada en uno de los sillones de cuero, leyendo. Una lámpara de pie irradiaba un cálido círculo de luz sobre ella y el libro. Tenía las rodillas dobladas y los pies ocultos bajo su cuerpo, y había tenido el cuidado de dejar los zapatos a un lado del sillón.

No se había fijado en él y parecía absorta en la lectura. Por un

momento, Dylan se limitó a observarla. No podía olvidar la extraña sensación de saber que había estado en su casa mientras él trabajaba. En el despacho había conseguido concentrarse en la tarea y olvidarse del almuerzo con Molly, pero de vez en cuando se había sorprendido recordando algo de lo que ella había dicho o imaginando un rápido movimiento de sus manos. Aunque no le había emocionado la idea de ir a su casa y encontrarla allí, tampoco le había asustado. En las pocas ocasiones que había permitido que alguna de sus mujeres pasara allí la noche se había sentido atrapado e incómodo. Tal vez la diferencia era que hacía muchos años que conocía a Molly. Seguramente se debiera a que no tenían una relación ni era probable que la tuvieran. Se acercó a ella.

—Seguramente debería haberte preguntado si te gusta la cerveza —le dijo, tendiéndole una de las botellas—. Aparte de agua y café, casi es todo lo que tengo. No suelo tener invitados.

Aceptó la bebida y sonrió.

—Gracias, me gusta. Confieso que eché un vistazo a la nevera y tomé una manzana. Ya me di cuenta de que no pasas mucho tiempo cocinando.

—No sabría cómo hacerlo —Dylan se sentó en un sillón delante de ella. Después de un largo trago de cerveza, se aflojó el nudo de la corbata y luego se la quitó.

—Con riesgo de parecer una esposa de un barrio periférico, ¿cómo te ha ido el día? — dijo en tono de broma.

A Dylan le agradó que se sintiera lo bastante cómoda como para bromear. Antes, en el restaurante, la había notado muy tensa y había tomado la margarita como si su vida dependiera de ello... o tal vez la copa le había proporcionado el valor para pedirle que la llevara con él a alguna parte. Fuera lo que fuera, le complació ver que por fin se había relajado un poco.

—He estado ocupado. Tengo que repasar muchas cosas antes de que podamos irnos —se inclinó hacia delante, apoyó los codos en las rodillas y sostuvo la botella con ambas manos—. No voy a ser un buen anfitrión esta noche —le dijo—. Tengo una cartera llena de trabajo que debo terminar antes de mañana. Supongo... —la vio sonreír—. ¿Qué tiene tanta gracia?

—Nada, no es más que... —Molly se encogió de hombros—. Digamos que no eres exactamente lo que esperaba. El Dylan que yo recuerdo llevaba vaqueros y una chaqueta negra de cuero. Llevas traje y corbata, y eres tan respetable.

—Dímelo a mí —gruñó—. Nunca creí que llegaría a serlo. Solía trabajar en vaqueros. Pasaba la mitad del día ensamblando motos o haciendo diseños. Ahora sólo hago papeleos. Me he convertido en todo lo que odiaba cuando era niño. Llevo corbata, algo

que juré que nunca haría. Conduzco un Mercedes. Tengo un teléfono móvil. Llevo mi ropa a la tintorería.

—Eres un ciudadano responsable.

—Peor. Soy viejo. La semana pasada estaba en un vídeo club y vi a tres chicos armando ruido. Sin pensarlo, les dije que bajaran la voz. Se fueron, pero no sin antes llamarme viejo. Me di cuenta de que tenían razón.

Molly se echó a reír.

—Ni siquiera tienes treinta y cinco. Eso no es ser viejo.

—Para un chico de quince años, sí.

—¿De verdad te preocupa lo que piensan esos chicos?

—No, no es más que... —no podía explicarlo. Sin saber cómo, todo había cambiado. No sabía cuándo o cómo había ocurrido, pero era una de las razones por la que quería irse a algún lugar lejano. Necesitaba aclarar sus ideas y ver qué era lo importante—. Me he vendido —dijo en tono lúgubre, y se preguntó si iba a hacerlo otra vez. ¿Haría lo que su abogado y otras personas habían sugerido y vendería su compañía, o mantendría su independencia?

—Te has convertido en un hombre de negocios —dijo Molly—. Hay una diferencia. Deberías estar orgulloso de ti mismo.

Varios mechones de pelo rizado se habían escapado de la trenza. Oscilaban en torno a su rostro y le rozaban el hombro. En un momento durante la tarde se había subido las mangas de la camisa, dejando ver muñecas y antebrazos. Tenía curvas. A juicio de Evie, era gruesa. Dylan no estaba seguro de qué pensaba de Molly, no era a lo que estaba acostumbrado en una mujer. De acuerdo, nadie la llamaría hermosa, pero a la luz de aquella lámpara, gesticulando mientras hablaba y sonriendo, era bonita. Tenía una sinceridad que le gustaba. Molly era una persona de verdad.

—¿Te preocupa que el precio sea demasiado alto? —le preguntó—. ¿Crees que has tenido que renunciar a demasiadas cosas para conseguir lo que querías?

Molly veía más allá de lo que Dylan quería que viese.

—Una conversación demasiado seria —dijo en tono desenfadado, y se puso en pie—. Si echaste un vistazo a la nevera, te habrás dado cuenta de que no tengo comida en casa. ¿Te apetece una pizza para cenar?

—¿Por qué no?

—Conozco una pizzería que las envía a domicilio. ¿Qué te gusta que lleve?

—Cualquier cosa —Molly también se puso en pie—. ¿Quieres que llame yo?

—No, me sé el número de memoria. Un hombre soltero que vive solo... No es ninguna sorpresa, ¿verdad? Voy a ponerme unos

vaqueros y llamaré a la pizzería. Luego tendré que ponerme a trabajar.

Molly le enseñó su libro.

—No te preocupes por hacer de anfitrión. Estaré entretenida.

—Te lo agradezco. No me gusta dejar asuntos pendientes si vamos a estar fuera unos días —se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo al recordar algo—. Me gustaría que nos fuéramos mañana a mediodía. Pensé que podríamos pasar por tu casa y dejar allí tu coche. De lo contrario, tendrías que volver aquí para recogerlo y eso te llevaría una hora.

—Bien —repuso Molly—. Entonces, ¿no vamos en dirección este?

Si lo hacían, dejar su coche allí tendría más sentido.

—No, pero no pienso decirte nada más.

—Creo que me gusta la idea de una agradable sorpresa —le dijo.

Charlaron durante un par de minutos más y, luego, Dylan la dejó en la biblioteca y se dirigió hacia su dormitorio. La habitación de invitados estaba al otro extremo del pasillo. Se había olvidado de preguntar a Molly si había encontrado todo lo que necesitaba, pero cuando regresó a la biblioteca, ya no estaba allí. Pidió la pizza, fue a por su cartera y se dispuso a trabajar.

Aproximadamente media hora después, oyó un golpe suave en la puerta.

—Pasa —dijo con aire ausente, sin apartar la vista del ordenador.

—La cena está lista —le dijo Molly.

Le dejó en la mesa un plato enorme con varios trozos de pizza humeante y un botellín de cerveza. Antes de poder darle las gracias, se había ido.

Dylan se quedó mirando la puerta cerrada, dividido entre el trabajo y la curiosidad. Luego pensó que lo mejor sería volver a prestar atención a sus papeles.

Casi era la una y media de la tarde cuando Molly cerró la puerta delantera de su apartamento. Lanzó una mirada a través del jardín hasta la calle, donde Dylan la estaba esperando. Había aparcado su utilitario, subido la maleta al apartamento y mirado si tenía algún mensaje en el contestador. Ya estaba lista para empezar la aventura.

El estómago se le encogió por la emoción y los nervios. Por un segundo, pensó en tirar la toalla. Después de todo, apenas conocía a Dylan. ¿En qué diablos había estado pensando cuando le pidió que la llevara con él a correr una aventura?

—No voy a echarme atrás ahora —dijo en voz baja—. Si lo hago, me quedaré sola. Me niego a pasar los próximos quince días esperando a que suene el teléfono.

Zanjada la cuestión, se cuadró de hombros y bajó a la entrada del edificio. Cuando Dylan la vio, se enderezó y tomó el casco de pasajero que había dejado en el asiento detrás de él. Ya había cargado la pequeña bolsa de ropa con su neceser. Molly vio el casco, luego la moto y se lo pensó dos veces.

—Sé qué estás pensando —dijo Dylan, acercándose a ella para tenderle el casco—. Llevo conduciendo en moto años, así que no tienes nada de qué preocuparte.

—Por extraño que te parezca, mi integridad física no me preocupa —le dijo alegremente—, sino mi estabilidad mental. Esto es una locura, ¿o no te habías dado cuenta?

Dylan le colocó el casco y le ajustó la cinta bajo la barbilla.

—Entonces, los dos estamos locos porque he accedido a hacer esto, ¿no?

—Supongo que sí.

—Oye, se supone que esto debería hacerte sentirte mejor.

Descalzo, Dylan le sacaba más de veinte centímetros. Con botas, se cernía sobre ella. Al mirarlo a los ojos, algo se agitó en su interior. Una sensación, un estremecimiento de calor, pero desde luego captó su atención. Se sentía atraída por aquel hombre. A sus veintitrés años, Dylan había sido un seductor. A los treinta y dos, era irresistible.

Pero que Dylan le resultara atractivo era tan útil como utilizar una cucharilla de té para sacar un barco del mar. Aun así, sería una distracción. Siempre que no perdiera el sentido común, estaría bien.

—¿Tienes todo? —le preguntó—. No esperaba que metieras todas tus cosas en esa bolsa, así que te dejé un poco de espacio en la mía.

—Puedo seguir instrucciones —le dijo—. No te preocupes por mí, tengo todo lo que necesito.

Por razones que todavía no comprendía, había vuelto a guardar el anillo. Quería tenerlo cerca. Tal vez como una especie de talismán que la protegiera de lo que iba a ocurrir.

—Entonces, pongámonos en marcha —le dijo, y le entregó una chaqueta de cuero—. Te quedará un poco grande, pero la necesitarás para no quedarte fría. La brisa es un poco cortante yendo en moto.

La ayudó a ponérsela y luego se la cerró. Sus atenciones le hacían sentirse como una niña. Seguramente era así cómo pensaba en ella, pero no iba a protestar. Por una vez, era agradable tener a alguien que cuidara de ella. Cuando terminó, Dylan le tocó la cara.

—Todavía estás a tiempo de cambiar de idea —le dijo.

—Lo mismo te digo.

—No. Yo me voy.

—Entonces, voy contigo.

—Estupendo.

Dylan le obsequió con una rápida sonrisa que le hizo estremecerse hasta los muslos y luego subió a la motocicleta. Bajó el visor de plástico de su casco y le indicó que subiera detrás de él.

Molly tragó saliva. Vaya, no había pensado en todo. No se había dado cuenta de que viajar en moto con Dylan significaba que iría detrás de él, abrazada a él de forma increíblemente íntima. No sabía si reír o gritar. Al final, emitió un gemido forzado, se bajó el visor de plástico y se acercó a la moto. Tenía que pasar la pierna derecha por encima del asiento y luego colocarse en su sitio. No lo hizo airosamente. Se sintió torpe e incómoda y muy pesada al colocarse sobre el asiento. El vehículo se hundió con sus movimientos. Dylan puso en marcha la moto.

—Tendrás que agarrarte con fuerza —le dijo por encima del ronroneo del motor—. Puedes meter las manos en los bolsillos de mi chaqueta o sujetarte a mi cintura. Lo que te resulte más cómodo.

—Claro —dijo Molly, como si no tuviera importancia. De acuerdo. Ella, como millones de mujeres norteamericanas, se pasaba gran parte del día en una moto detrás de un hombre, tocándolo, abrazándolo, sintiendo...

La moto avanzó hacia delante. Molly lanzó un grito y se agarró a Dylan, que aceleró calle abajo y luego tomó una curva. Los tres, él, ella y la moto, se inclinaron hacia el suelo. Molly volvió a chillar y se agarró con todas sus fuerzas, rodeándole la cintura con los brazos y apretando con fuerza.

—Nunca habías subido a una moto, ¿verdad?

Molly lo negó con la cabeza, pero luego comprendió que no podía verla.

—No —le dijo, hablándole directamente al oído.

—Relájate. No te resistas, ni a mí ni a la moto. No pasará nada. Conmigo estarás segura.

Claro. A Molly no le cabía ninguna duda.

Pasados un par de minutos, se dio cuenta de que estaba apretando los dientes. No era probable que contraer los músculos de esa manera impidiera una muerte súbita, así que trató de relajar esa parte del cuerpo. Salieron a Wilshire Boulevard y se dirigieron a la autovía 405.

¿Iban a la autovía? ¿Acaso no sabía que tendrían que ir a cien kilómetros por hora? No podrían alcanzar esa velocidad en motocicleta. Como mínimo, se le meterían insectos entre los dientes.

La vía de incorporación estaba delante de ellos. Molly escondió la cabeza tras la espalda de Dylan y gritó al sentir que aceleraban. Cerró los ojos con fuerza, rezó y esperó.

Pasaron los minutos. No hubo un choque brusco, ni derrapes

ni una sensación de muerte inminente. Poco a poco, levantó la cabeza. El visor transparente le apartaba el viento de la cara y de los ojos. Si mantenía la boca cerrada, el problema de los insectos estaría controlado.

Se dirigían hacia el norte. No sabía a qué velocidad iban, pero parecía que volaban. El aire era fresco, pero tanto Dylan como la chaqueta la mantenían en calor. Había recorrido aquella autovía miles de veces, pero en aquella ocasión parecía diferente. Era como si estuviera viendo el mundo por primera vez.

Se enderezó un poco y redujo la presión en los abdominales de Dylan. La motocicleta era más estable de lo que había pensado. Por nada del mundo querría conducirla, pero no estaba mal ir en el asiento de atrás. La opresión de miedo en el pecho se suavizó un poco. Por primera vez en semanas, pudo inspirar profundamente sin sentir dolor. El propósito del viaje era vivir el momento, se dijo. No podía cambiar lo que iba a pasar, sólo podía enfrentarse con el ahora.

Pasado un rato, Molly empezó a leer señales de tráfico. Acercó los labios al oído de Dylan.

—¿San Francisco? —preguntó.

Él lo negó con un movimiento de cabeza.

—Vas a tener que esperar.

—No puedo. Dímelo ya.

—De eso nada.

Molly rió. Metió las manos en sus bolsillos y trató de no ser demasiado consciente de su cuerpo contra el suyo. ¿O era ella la que se apretaba contra él? No importaba. Sólo era un hombre, se dijo. Estaba familiarizada con todos los órganos y Dylan no podía ser muy diferente a los demás. No había posibilidades de que estuviera interesada en ella y sólo se exponía a que le rompiera el corazón si imaginaba lo contrario. Aunque no había nada malo en disfrutar de su fabuloso cuerpo en aquella motocicleta, sería mejor que recordara que se trataba de un simple medio de transporte.

Sus hormonas rebeldes no parecían escucharla. Cada vez le resultaba más y más difícil no fijarse en cómo los muslos presionaban su fabuloso trasero. Molly contuvo una risita. Bueno, tendría que soportar aquella tortura, había cosas peores en la vida. Y si volvía a enamorarse de él, ya lo superaría, como todo en su vida últimamente. Aquellos días eran para ella, y si eso significaba apretarse contra el cuerpo musculoso de Dylan, cerraría la boca y disfrutaría.

Capítulo 4

El tráfico se intensificó como siempre lo hacía en lo alto del puerto de Sepúlveda. Dylan se desplazó al carril derecho para poder salir de la vía. No le importaba lo que pasara después, pero quería estar un par de días junto al océano. Sólo podía ser una rata del desierto durante cierto tiempo antes de necesitar oler el aire salado.

El motor de la moto reverberó. Aunque no había tenido oportunidad de conducir en moto durante semanas, siempre las mantenía en perfectas condiciones. Era una costumbre contraída durante sus años en las carreras, y no se había molestado en cambiarla. Tomó la curva de la vía de salida y luego salió a la autovía 101. Molly ya se había acostumbrado a la moto y se movía con él en lugar de luchar contra él en cada curva. Aprendía deprisa, pensó, tratando de ignorar el contacto de sus manos levemente sujetas a su cintura.

Para distraerse, contempló los coches que rodaban entre ellos y las señales de tráfico. No tardarían mucho, tal vez una hora o dos en llegar a su primer destino. Podrían hacer acopio de comida, tal vez cocinar en la playa y ver la puesta de sol. Sólo habían pasado unas horas desde que se había ido de la oficina, pero ya se sentía más ligero. Como si hubiera sido capaz de dejar atrás sus preocupaciones.

Había estado trabajando demasiado y hacía tiempo que se merecía unas vacaciones. Pero entre las presiones del trabajo, los diseños de las nuevas motos y los esfuerzos por hacer competitiva su empresa dentro de la industria, no había dispuesto de mucho tiempo libre.

También necesitaba controlar sus hormonas, pensó bajando la vista a su entrepierna. Dylan frunció el ceño, deseando poder cambiar de postura. No había anticipado aquel problema. Maldijo entre dientes y trató de comprender qué iba mal. De acuerdo, estaba en una motocicleta con una mujer. Había llevado a muchas mujeres en moto y no era nada fuera de lo normal. En aquel caso, la mujer no era más que la pequeña Molly, la hermana pequeña de su primera novia. De acuerdo, se había hecho mayor, pero eso no significaba nada. ¿Por qué diablos no podía ignorar la presión de su cuerpo contra el suyo? Al parecer, había dejado pasar demasiado tiempo desde su última relación.

El problema no era Molly, se dijo. No era su tipo y no estaba interesado en ella. Era demasiado redonda para su gusto. Le gustaban las mujeres esbeltas con las mínimas curvas posibles. Evie había dicho que era gruesa y pensó que había sido un poco brusca, pero desnuda Molly tendría un cuerpo... lujurioso.

La palabra surgió de la nada y Dylan deseó que desapareciera de igual modo, pero una vez formada en su cerebro, pareció asentarse ahí, como si no fuera a irse en mucho tiempo. Dylan pensó en lo blanda que sería. Sin ángulos ni huesos marcados de cadera, sólo piel lisa. Sus senos se derramarían fuera de sus manos. Sin querer, se imaginó tomando en ellas sus generosas curvas, acariciando su piel pálida hasta que Molly se estremeciera de placer.

Podía sentir su calor en aquellos momentos. Maldición, al parecer, era ése el problema. Sus posiciones en la moto hacían que estuviera pegada a su trasero. ¿Era culpa suya que fuera tan cálida? Aunque sabía que era su imaginación, pensó que podía inspirar el aroma dulce de su cuerpo. Los dos llevaban chaquetas, así que no había forma de que sus senos le presionaran la espalda, pero Dylan juraría que podía sentir su peso. Sus manos... quería que bajara un poco las manos. Ojalá se rozara contra él hasta...

—¿Hasta qué? —murmuró, consciente de que Molly no podía oírle—. ¿Hasta que te distraigas tanto que tengas un accidente?

Pero no podía borrar las imágenes. Cruzaban por su mente: Molly bajo su cuerpo, sus muslos y su vientre como una almohada para él. Ella encima de él, y sus senos balanceándose con cada embestida. Él...

Volvió a maldecir, de forma lenta y gráfica, utilizando palabras que casi había olvidado que existían. La solución era sencilla. Cuando regresara a casa, llamaría a alguna de las mujeres con las que salía de vez en cuando y buscaría un poco de alivio. Mientras tanto, Molly era sólo una amiga. A Dylan no le gustaban las relaciones personales y dudaba que ella hubiera echado una cana al aire en la vida. Además, todo aquello era pura especulación. La verdad era que, cuando pensaba en verla desnuda, dudaba que tuviera el poder de excitarlo.

—Se va al infierno no sólo por robar sino también por mentir —murmuró para sí.

Así que ignoró el contacto de su cuerpo, su calor y el aroma imaginario. Había, reconoció, cierto placer en desear a alguien. Hacía mucho tiempo que no deseaba algo que no podía tener. Últimamente, la vida, y las mujeres, se habían vuelto demasiado fáciles. Las que elegía, mujeres que sólo estaban interesadas en el juego, siempre estaban disponibles. Querían algo de él, y mientras se lo proporcionara, le darían cualquier cosa a cambio.

Kilómetros más tarde, casi se había acostumbrado a la incomodidad del deseo. De hecho, le producía un placer perverso. Menos mal que Molly no podía saberlo. Si supiera que tenía una erección, posiblemente le entraría el pánico. No porque fuera virgen, al menos no lo creía. Dylan frunció el ceño al comprender que no

sabía nada de la vida personal de Molly. Podría estar casada y tener media docena de hijos. Tal vez debía haberle hecho algunas cuantas preguntas. Movió la cabeza. Bueno, ya no importaba. Iban a hacer un viaje juntos, no a empezar algo juntos. Pasados los quince días, habría tomado una decisión sobre qué hacer con su compañía y Molly... Bueno, esperaba que ella también hubiese resuelto sus problemas.

Casi había pasado una hora cuando salió de la autovía 101 y entró en la pequeña ciudad de Carpenteria. Aparcó la moto a un lado de la carretera.

—Ya hemos llegado —dijo Dylan—. ¿Qué te parece?

Molly miró a su alrededor.

—Pensé que iríamos más al norte. ¿Qué estamos, a veinte minutos al sur de Santa Bárbara?

—Exacto. He alquilado una casa en la playa por un par de días. Podemos prolongar la estancia o irnos a otro sitio, depende de ti. Ya he estado aquí antes, es una ciudad muy agradable. Fuera de temporada, como ahora, es un lugar tranquilo, sólo veremos a unos pocos turistas. Podemos hacer excursiones... Hay muchas alternativas.

—Me gusta —asintió Molly.

—Bien.

Siguió conduciendo calle abajo. Estaba lo suficientemente familiarizado con la ciudad como para encontrar la inmobiliaria sin problemas. Molly se quedó en la moto mientras él rellenaba los formularios y pagaba con la tarjeta de crédito. Cuando regresó a la motocicleta, Molly frunció el ceño.

—No vas a ponerte macho conmigo, ¿verdad? —le preguntó —. Quiero pagar mi parte.

—Eso es lo que acordamos —Dylan se metió el recibo de la tarjeta de crédito en el bolsillo de la chaqueta—. Había pensado que pagáramos cada uno una cosa y que, al final de los quince días, hiciéramos recuento de los gastos. El que haya pagado menos puede extender un cheque al otro por la mitad de la diferencia. No quiero hacer cuentas todos los días, ¿de acuerdo? —Molly le sonrió—. ¿Qué te hace tanta gracia?

—No puedo creer que seas la misma persona que pensaba que una transacción financiera era hacer una carrera ilegal apostando cerveza.

—Todos hemos crecido. Incluso yo.

—Creo que has hecho más que eso, Dylan.

La casa era pequeña y antigua, probablemente construida en los años cincuenta. Las paredes laterales eran de madera, y las ventanas, pequeñas. Dudaba que toda la construcción ocupara más de trescientos metros cuadrados. Muy distinta a su mansión de las colinas, pero le gustaba. Las demás viviendas de la calle también eran

de alquiler y la mayoría estaban desocupadas. Molly y él disfrutarían de paz y tranquilidad, y lo mejor era que la parte de atrás de la casa daba a la playa, y más allá, estaba el Océano Pacífico.

—Hogar, dulce hogar —dijo al apagar el motor.

El graznido de una gaviota irrumpió en el repentino silencio. Molly se desató el casco y se lo quitó. Tenía el pelo revuelto, la trenza deshecha, y sus mechones ondulados ondeaban en torno a su rostro. Se los apartó con impaciencia.

—Puedo oler el mar. Es agradable.

Dylan bajó de la moto y le tendió una mano. Molly vaciló antes de aceptarla, pero cuando levantó la pierna para pasarla por encima del sillín lo agarró con más fuerza.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, dando un paso vacilante—. Me siento como si hubiera estado en un barco.

—Estás tensa del viaje. No estás acostumbrada a ir en moto, así que estabas rígida. Además, estás utilizando músculos diferentes. Camina un poco, te sentará bien.

Molly dobló las rodillas un par de veces, luego caminó arriba y abajo junto a la moto. Dylan trató de no mirarla, pero no pudo evitar fijarse en cómo llenaba los vaqueros. Su trasero era bonito y redondo. Supuso que podría agarrarla bien de allí, o tal vez de sus caderas.

Dylan maldijo entre dientes y luego se concentró en descargar sus escasas pertenencias. «Olvídalo», se dijo. No debía pensar en tener una aventura con ella. Disfrutar del viaje desde Los Ángeles había sido una cosa, pero ya era hora de que aprendiera a dominarse.

El sermón sirvió... un poco. Consiguió no pensar en sus curvas, ni siquiera cuando se desabrochó la chaqueta y dejó ver el suave jersey que llevaba puesto. La redondez de sus senos sólo fue de interés pasable. Al menos se mantendría así si apartaba la vista enseguida.

—Tengo la llave —dijo con voz ronca, luego tuvo que aclararse la voz.

Dylan fue delante, principalmente para que Molly no se diera cuenta de su erección.

Había dos peldaños delante del porche de madera. La puerta de la entrada parecía endeble, pero Dylan supuso que no tenían nada que mereciera la pena robar, así que aquello no sería un problema. Por dentro, la casa olía un poco a cerrado. Molly se dirigió a la parte de atrás y abrió las contraventanas. Al instante pudieron ver el océano. Ella contuvo el aliento.

—Es tan hermoso. El cielo y el agua son de un azul perfecto.

Molly le sonrió, una sonrisa ingenua que no esperaba nada a cambio. Extrañamente, Dylan se sorprendió queriendo darle algo, él que se consideraba el último cínico viviente. Molly arrugó la nariz.

—Apuesto a que nadie ha vivido aquí durante meses. Vamos a

airear la casa —abrió las ventanas y luego miró a su alrededor—. Es pequeña pero agradable.

Dylan siguió su mirada. Había un sofá tapizado con motivos florales de color verde y azul y una mecedora de madera, los dos mirando hacia la fachada. La televisión era antigua, pero Dylan no creyó que fueran a utilizarla demasiado. A su izquierda estaban el comedor y la cocina; a su derecha un corto pasillo con tres puertas. Supuso que dos darían a las habitaciones y la tercera sería el cuarto de baño. Molly se dirigió hacia allí y abrió la puerta de en medio.

—Vaya —dijo, y rió—. No sabía que había azulejos de este color. Dylan, ven a mirar.

La siguió y luego miró por encima de su hombro. El baño estaba alicatado de un color amarillo viejo horrible. Había un pequeño tocador enmarcado en azulejos amarillos y el suelo había sido en su tiempo de color amarillo, lo mismo que las paredes, que en aquellos momentos eran de color crema. Los apliques eran del año de Maricastaña y lo único que salvaba a la estancia era la enorme bañera de patas con ducha. Molly se volvió hacia él.

—Me traes a los lugares más bonitos.

—Oye, al menos hay agua corriente. No estamos de acampada.

—Bueno, eso es ver el lado bueno de las cosas —sonrió—. Ahora me da miedo mirar las habitaciones.

—Apuesto a que no estarán tan mal.

Tenía razón. La habitación que daba a la fachada era pequeña, con una cama individual y una cómoda. La habitación de atrás tenía una cama de matrimonio, una cómoda y dos ventanas grandes que daban al mar. Molly ladeó la cabeza.

—¿Por qué no te quedas con ésta? —dijo señalando la cama de matrimonio—. Es más grande.

—¿Y necesito la más grande por...?

—No lo sé —Molly frunció el ceño—. Me pareció educado ofrecértela.

A Dylan no le sorprendió. Según su experiencia, había dos clases de mujeres: las que lo daban todo y las que lo esperaban todo. Ya sabía a cuál pertenecía Molly.

—Quédatela tú —le dijo, sin saber exactamente por qué era importante para él.

—No necesito tanto espacio.

—Ninguno de los dos lo necesita, pero no se trata de eso. ¿Siempre sacrificas lo que quieres por los demás?

—Sí —le dijo con enojo—. ¿Y de qué se trata, si puede saberse?

—De nada.

—Ah, sí. ¿Dónde hiciste la carrera de psicología, doctor Black?

Eres un hombre de muchos talentos, ¿verdad?

—Tienes razón —le dijo, entrando y dejando la bolsa de Molly sobre la cama de la habitación más grande—. Me he pasado, pero me gustaría que te quedaras con ésta. En el próximo sitio al que vayamos, yo me quedaré con la habitación que tenga mejores vistas, ¿de acuerdo?

—Siento haberte hablado en ese tono. Supongo... —Molly se quedó callada.

—No importa. Yo también puedo ser un quejica.

—No estaba quejica, sino irritable.

—Ah, ¿y existe una gran diferencia?

—Por supuesto.

Dylan vio el brillo de humor en sus ojos.

—Tantas sutilezas se me escapan —le dijo. Tendrás que explicármelas durante la cena.

—Haré lo que pueda. Aunque siendo hombre, como eres, tal vez me lleve un tiempo.

—De modo que vamos a jugar a eso, ¿eh? —sonrió Dylan—. A que las mujeres son superiores.

—Ah, ya lo sabes, qué bien. Así todo resultará más fácil.

—Creída —le espetó con enojo burlón.

—Fanfarrón.

—¿Hemos terminado ya con los halagos?

—Creo que sí.

—Entonces, llevaré mi bolsa a mi habitación. Ah, antes de que se me olvide —abrió la cremallera del bolsillo lateral y sacó su teléfono móvil—. Está cargado, y he traído la batería. ¿Dijiste que sólo tenías que llamar? Si quieres recibir llamadas no me importa darte el número.

Molly se quedó mirando el teléfono. Había algo extraño en aquella mirada, Dylan trató de descifrar qué era pero no pudo. ¿Por qué querría tener acceso a un teléfono? ¿Había peleado con su novio? ¿Iban a darle un soplo sobre unas acciones? ¿Qué era tan importante para ella? Pero Dylan no se lo preguntó y ella no contestó, sino que le brindó una rápida sonrisa que no pareció del todo sincera.

—Gracias —dijo, acercándose al teléfono. No recibiré llamadas, pero me gustaría oír los mensajes de mi contestador todos los días.

—No hay problema. Lo dejaré sobre el mostrador de la cocina —Dylan empezó a salir de la habitación, luego se volvió hacia ella—. ¿Qué te gustaría cenar?

Su mirada pensativa se desvaneció al instante y la sonrisa que le dedicó pareció genuina.

—No lo sé. ¿Qué te gustaría cocinar?

Dylan se sorprendió riendo con ella. Molly era una extraña combinación de una niña asustadiza y una mujer confiada. Le gustaba eso de ella, en realidad, le gustaban muchas cosas. Dylan sabía que muy poca gente le caía bien y que era muy difícil ganarse su confianza.

—Yo conduje —le recordó—. Estoy de acuerdo en repartirnos las labores de la cocina, pero creo que hoy me debes una.

—¿Ah, sí? —suspiró con dramatismo—. Bueno, si tanto te importa ir a medias en todo, cocinaré. Pero que sea algo sencillo.

—Hay barbacoas en la playa. Podemos comprar carbón en el supermercado.

—Tendrá que ser una bolsa pequeña, si vamos en moto.

—Cabrá.

—Si tú lo dices.

Mientras hablaba, se quitó la chaqueta de cuero que le había dado. El movimiento hizo que el jersey se ciñera a sus senos y Dylan se sintió hipnotizado con sus curvas. Nunca se había obsesionado con el pecho de una mujer. Siempre que ellas estuvieran contentas con lo que tenían, él también. Tal vez su actitud se debiera a que la mayoría de las mujeres con las que había salido tenían más bien poco pecho. Pero empezaba a darse cuenta del atractivo de las curvas generosas.

La fantasía creció, lo mismo que su reacción, y desechó rápidamente la imagen de él lamiendo lentamente cada centímetro de aquellas curvas blancas. Carraspeó.

—Primero me gustaría deshacer el equipaje. ¿Estarás lista para ir de compras en quince minutos?

—Claro. No es ningún problema.

Dylan se dirigió a su habitación. Era evidente que no había pensado a fondo en aquel viaje. Iba a haber complicaciones... complicaciones que no había anticipado.

Molly se sentía como si fueran las dos últimas personas en el planeta. Se apoyó en el grueso tronco que había junto al fuego y contempló el cielo. Sólo eran las nueve de la noche, pero parecía más tarde, tal vez porque estaban completamente solos. Al atardecer, habían visto pasar a varias personas haciendo *jogging*, pero desde entonces no habían visto ni un alma.

Era una noche perfecta, pensó. El sonido del mar llenaba sus oídos. Le gustaba sentir cómo las olas chocaban en la orilla, aunque no podía distinguir sus siluetas en la oscuridad. Inspiró el aroma del aire salado y del agua. No había criaturas nocturnas que los distrajeran, ni pájaros ni nada que se moviera a su alrededor.

Levantó la copa que tenía en la mano y tomó un sorbo. El whisky era suave. Nunca había bebido mucho, pero tal vez aprendiera a disfrutar haciéndolo, pensó con pereza. Al otro lado del fuego, Dylan

suspiró.

—La cena estaba fantástica.

—Sí. Gracias por ayudarme.

—Una hoguera al aire libre, carne cruda, no pude evitarlo —dijo señalando las llamas—. Creo que es algo genético.

—Sólo faltaba que hubiéramos comido carne de mamut.

—He oído que la carne de mamut se parece mucho al pollo —sonrió Dylan.

Molly rió entre dientes. Habían hecho la cena enseguida. Envolvieron patatas en papel de aluminio y sirvieron una ensalada ya hecha. Dylan había asado la carne, y en la casa había un kilo de helado en la nevera. A veces, pensó Molly, la vida era hermosa.

Sus ojos se posaron en su acompañante. Dylan era increíblemente hermoso. Sabía que le horrorizarían sus palabras, pues los hombres no debían ser hermosos, pero él lo era. Sus rasgos marcados y los pómulos salientes se difuminaban a la luz del fuego. Tenía una sólida mandíbula y los labios perfectamente moldeados. Llevaba vaqueros y un jersey negro y casi desaparecía entre las sombras. Por un momento, se preguntó si seguía allí. ¿Acababa de imaginarlo?

Luego recordó el viaje en motocicleta, cómo había sentido su cuerpo tan próximo al suyo. No, aquello no había sido una fantasía, aunque la situación daba pie a muchas. Bueno, se dijo, había peores destinos que enamorarse de Dylan. Sí, era un poco vergonzoso a su edad, pero eso la distraía y le hacía recordar que seguía viva.

Así que podía permitirse enamorarse de él... como una colegiala. Y cuando pasaran los quince días y volviera a su vida... Molly suspiró. No sabía qué haría entonces, pero por el momento, no importaba.

—Te has puesto seria —dijo Dylan—. ¿En qué estabas pensando?

—En nada interesante.

Su expresión no reflejó nada más que educado interés, pero Molly dudaba que hubiera aplacado su curiosidad. Su siguiente pregunta confirmó sus sospechas.

—¿Quieres contarme por qué estás aquí? —preguntó.

Molly no fingió haberle entendido mal. No tenía sentido. Dylan quería saber por qué, después de todos aquellos años, lo había buscado y le había invitado a hacer un viaje con ella. Había aparecido sin previo aviso, así que seguramente le debía una explicación.

—¿Me creerías si te dijera que he pasado una semana realmente desastrosa?

—Si es la verdad...

—Por sorprendente que te parezca, lo es. Es evidente que algo

me ha impulsado a querer escapar del mundo —cambió de postura, doblando las rodillas para acercarlas a su pecho. Se había quitado los zapatos y los calcetines y sentía la arena fresca bajo sus pies—. He pasado la peor semana de mi vida —le dijo—. Todo empezó el lunes pasado, y lo que más me molesta es que no sabía lo que se me venía encima. Supongo que siempre es así. La gente sigue haciendo lo mismo día tras día hasta que, de repente, cambia. Sin previo aviso.

—Tendemos a sobrevalorar nuestra capacidad para controlar el destino —dijo Dylan.

—Exactamente —Molly se colocó un mechón de pelo suelto detrás de la oreja—. Pero lo que realmente me irrita es que he vivido una vida tan intrascendente... Antes no me daba cuenta, pero ahora sí. Tengo una licenciatura en empresariales y trabajaba como contable en una compañía de comunicaciones. Hace poco nos compró una de las empresas más grandes del mercado y el lunes pasado me dijeron que habían prescindido de mis servicios.

Tomó otro sorbo de whisky. El fiero líquido ardió hasta legar a su estómago, desde donde le calentó todo el cuerpo.

—La cuestión es —continuó—, que me habían entrevistado. Se suponía que tenía trabajo. Luego mi nuevo jefe me llamó a su despacho y me dio la noticia —Molly recordó la conversación—. El canalla de él ni siquiera me miró a los ojos. Dijo que habían cambiado de idea y que me dejaban marchar. Al menos la compensación fue razonable. Tengo el sueldo de seis meses en mi cuenta de ahorros. Lo que de verdad me frustra es que rechacé otras dos ofertas de trabajo al pensar que la nueva compañía quería quedarse conmigo. Ahora, esos dos puestos ya están ocupados.

—Parece una situación difícil. ¿Crees que tendrás problemas para encontrar otro trabajo?

—Ninguno en particular. Quiero decir que no hay garantías. No es más que... —se encogió de hombros—. Eso no es todo lo que pasó la semana pasada.

Dylan estiró sus largas piernas delante de él y las cruzó a la altura de los tobillos.

—Sigue.

Molly se sentía como un personaje de una película de tercera, con demasiados problemas y sin ningún sitio a dónde ir.

—El martes mi prometido... —Molly movió la cabeza—, mejor dicho, mi ex prometido, me llamó desde México. Al parecer, él y su ayudante se habían quedado a trabajar hasta tarde y una cosa había llevado a la otra... Huyeron juntos a México. Grant confiaba en que lo entendería —Molly sintió que se ponía tensa y hasta le costaba respirar. Tuvo que hacer un esfuerzo para relajar conscientemente los músculos—. Dijo que quería decírmelo lo antes posible porque

valoraba la sinceridad en todas sus relaciones. Ah, y me llamó a cobro revertido.

—Ese tipo es basura.

—Eso pensé yo —Molly vació la copa de whisky. Lo cierto era que se sentía bastante orgullosa de sí misma.

Había conseguido decirlo todo sin derramar ni una sola lágrima. Claro que no iba a decirle a Dylan lo que le había pasado el miércoles de aquella infame semana. No podía hablar de ello con un hombre como él, no había posibilidades de que lo entendiera. Era demasiado perfecto.

—Hay algo más, ¿verdad?

Hizo la pregunta en voz baja y preocupada. Su perspicacia la sobresaltó y la asustó. Seguramente, podría haberlo superado si Dylan no pareciese sinceramente preocupado. Molly empezó a sentir que le ardían los ojos y parpadeó frenéticamente.

—¿Acaso no es bastante? —dijo, tratando de bromear—. ¿O te gustaría algo más sangriento?

—Sólo tuve la impresión de que había algo más. Pero tienes razón, es más que suficiente.

—Exactamente —mintió—. Así que decidí desaparecer unos días. Quería aclarar las ideas, pensar las cosas bien. Tal vez incluso elaborar un plan. Nunca he corrido riesgos en la vida, siempre he decidido lo más sensato. Al final no importa lo que hagas, o lo cuidadosa que seas, al final la vida puede sorprenderte cuando menos te lo esperas. Por eso estoy ocultándome durante un tiempo, para poder lamer mis heridas. No soy valiente, como tú.

Dylan se puso en pie, tomó la botella de whisky y se sentó junto a Molly.

—Soy muchas cosas, Molly, pero valiente no es una de ellas.

De repente, Dylan estaba muy cerca y podía inspirar su fragancia. Tuvo que concentrarse para poder decir una frase completa.

—Claro que lo eres. Mira todo lo que has hecho con tu vida, no has tenido miedo. Supiste lo que querías y has ido tras ello. Te admiro mucho.

—No te molestes. Es fácil ser valiente cuando no tienes nada que perder.

Dylan no la tocó, lo cual era bueno y malo. Por un lado, quería que la estrechara entre sus brazos y jurara que siempre la amaría. La idea casi le hizo soltar una risita. Como si eso fuera a ocurrir.

Recuperó el sentido del humor y decidió que enamorarse de Dylan iba a sentarle bien. Permanecieron sentados en silencio durante un rato. Después de que Dylan le sirviera un poco más de whisky, Molly continuó saboreando el líquido oscuro. No sentía la necesidad de hablar o de explicarse, y aquella libertad era un cambio agradable.

Con Grant, los silencios siempre la habían puesto nerviosa.

La noche continuó cerrándose en torno a ellos. Tal vez el resto del mundo había desaparecido y eran los únicos que quedaban. La idea le dio valor para hacerle la pregunta que había querido formularle nada más verlo.

—Tengo una pregunta.

—Tal vez tenga una respuesta. Dispara.

—Se trata de Janet. ¿Lamentas que lo vuestro no saliera bien?

Dylan estiró los brazos por encima de la cabeza, y luego se recostó en el tronco del árbol.

—Si me lo hubieras preguntado el día de su boda, te habría dicho que sí. Realmente pensé que la amaba. Casi me muero al verla con el traje de novia.

Molly se dijo que no era más de lo que esperaba, pero le dolía oír su confesión.

— Entiendo.

—La cuestión es que, después de seis semanas, estaba de rodillas dando gracias a Dios por haberme ido de la ciudad. Supongo que debí sentirme agradecido porque Janet hubiera tenido la sensatez de cortar conmigo. Éramos unos críos. Por aquel entonces era divertido, pero no estábamos hechos el uno para el otro. Ahora lo sé.

—¿No la echas de menos?

—En realidad, no. Me fui decidido a demostrarle que podía ser alguien, pero enseguida decidí demostrármelo a mí mismo. Janet fue el desencadenante de que me fuera, y me alegro, pero no cambiaría el pasado. Con la experiencia de un adulto, creo que Janet y yo no nos queríamos de verdad. Fue una cosa de adolescentes.

Aquello le hizo sentirse mejor. Después de todo, Janet estaba felizmente casada. Además, realmente le molestaría a ella, a Molly, que Dylan siguiera enamorado de su hermana.

—Cuando te fuiste, probaste suerte en las carreras, ¿verdad? —le preguntó.

—No era más que un insensato sobre dos ruedas. Tenía más corazón y valor que talento. Después de un tiempo me di cuenta de que estaría mejor diseñando que corriendo.

—¿Ganaste con la moto o sólo con las mujeres? —le preguntó, bromeando.

—Se me dio un poco mejor con las damas —sonrió—. El banderín de llegada siempre me rehuía. A decir verdad, las mujeres dolían más que los golpes.

—¿Te caíste? —repuso Molly con gravedad.

—Un par de veces —se encogió de hombros—. Son gajes del oficio —dijo, y se inclinó hacia ella—. Te propongo una cosa, Molly. Yo te enseñaré mis cicatrices si tú me enseñas las tuyas.

Molly supo que Dylan no podía comprender lo que aquellas palabras significaban para ella, pero aun así se sintió como si la hubieran abofeteado. Un sollozo emergió de su garganta, se cubrió la boca y se puso en pie. Tenía que salir de allí, enseguida. ¿Cómo lo había adivinado? Pero no se molestó en preguntárselo. Salió corriendo y se refugió en la oscuridad.

Capítulo 5

Dylan se quedó mirando a Molly hasta que desapareció en la oscuridad. ¿Qué había pasado? ¿Qué había dicho? Pero lo que en realidad importaba era que era de noche en la playa y Molly estaba sola. No había querido decir nada que la molestara y el nudo que sentía en el estómago le decía que más le valía no volver a hacerlo.

Se puso en pie y fue tras ella. La luna irradiaba luz suficiente para distinguir su silueta. Se había detenido junto a la orilla y estaba en cuclillas. ¿Para desaparecer, se preguntó, o para contener el dolor?

El sonido de sus sollozos fue mitigado por el ruido de las olas, pero aun así podía oír su llanto desgarrador. El estómago se le encogió un poco más. Se maldijo. Era evidente que había malentendido su broma sobre compartir cicatrices. Seguramente, pensaba que se estaba riendo de que su novio le hubiera dado calabazas. El hombre era un canalla, pensó lúgubremente. Cualquier hombre capaz de una bajeza así era de la peor calaña. Molly estaba mucho mejor sin él, aunque dudaba que lo creyese todavía. Con el tiempo, vería que había tenido suerte de escapar, pero en aquellos momentos sufría y era por su culpa.

—Molly, lo siento —dijo, acercándose por detrás y tocándole el hombro.

Ella se estremeció.

—Estoy bien. Vete.

—No estás bien y no voy a irme. No quería decir nada con lo que dije. Estaba bromeando, pero ahora veo que lo tomaste a mal. No pretendía comportarme como un idiota.

Molly movió la cabeza, pero no entendió qué quería decir. ¿Estaba rechazando su disculpa o diciéndole que no importaba? Sin saber qué más podía hacer, la puso en pie y la atrajo hacia él. Molly se quedó inmóvil, no se relajó pero tampoco se resistió. Dylan la rodeó con sus brazos y otro sollozo la convulsionó.

—Calla —murmuró—. No pasa nada.

—Claro que sí. De eso se trata. No creo que pueda superarlo.

¿A qué se refería? ¿A su trabajo? ¿A Grant?

—Lo superaremos juntos esta noche —le dijo—. No te preocupes por mañana, ¿de acuerdo? Sólo ocúpate de esta noche.

Le puso una mano en la nuca y la instó a apoyar la cabeza sobre su hombro. Era tan pequeña. Estaba acostumbrado a mujeres altas, pero le gustaba que Molly fuera distinta.

También era suave. Al frotarle la espalda, sintió carne dócil, no costillas. Los dos tenían las chaquetas abiertas y sus senos le presionaban el pecho. Estaban como los había imaginado cuando

había pensado en ella durante el trayecto en moto. Cálida y suave, curvas llenas que parecían fundirse con su cuerpo.

La necesidad lo invadió, un deseo que sólo podía soportar mientras el calor y la sangre descendían a su entrepierna. Pero no la ciñó con más fuerza, no quería que supiera que sus pensamientos se habían vuelto apasionados, sobre todo, porque todavía podía sentir las oleadas de dolor que la recorrían. Necesitaba mucho más de lo que él podía ofrecerle.

—Lo siento —volvió a decir, porque no se le ocurrían otras palabras.

—No lo sientas —le dijo, y sorbió las lágrimas—. No has hecho nada malo.

—Pero yo...

Molly levantó la cabeza y se quedó mirándolo. A la pálida luz de la luna, su rostro era bonito, comprendió con cierta sorpresa. La luz se reflejaba en los regueros de lágrimas.

—No pasa nada, Dylan —le dijo—. Tú sólo estabas bromeando y yo reaccioné incontroladamente —se secó el rostro con el dorso de la mano—. Te propongo una cosa. Tú dejas de sentirte mal y de disculparte y yo dejo de llorar, ¿qué te parece?

Tenía los ojos grandes, de un color avellana que en la noche eran oscuros y misteriosos. Dylan tenía la extraña sensación de que podía perderse en esos ojos. Quería, no, necesitaba, estar junto a ella. En ella, no en el sentido de hacer el amor, aunque eso también le gustaría, sino dentro de la persona, una parte de lo que ella era.

El anhelo fue tan fuerte como inesperado. No lo comprendía y debería haberlo asustado, pero no lo hizo. Cuando no halló la manera de introducirse en su interior y ser parte de ella, hizo lo mejor que se le ocurrió. La besó.

Molly estaba advertida. Al menos lo habría estado si realmente hubiese creído que Dylan iba a hacer lo que parecía que quería hacer. Tan pronto la había abrazado y consolado como a una niña pequeña como había tomado su rostro entre las manos y estaba bajando la cabeza. En aquella fracción de segundo podría haber dado un paso atrás o haber protestado, pero no creía de verdad que fuera a besarla. Después de todo, aquél era Dylan y ella sólo era... Bueno, Molly.

Sus labios se posaron en los suyos. Molly medio esperaba que el mundo se detuviese, y al ver que eso no ocurría, esperó a que Dylan se diera cuenta de quién era ella y de lo que estaba haciendo y retrocediera con disgusto. Pero no lo hizo, sino que siguió apretando sus labios contra los suyos. Aquel contacto firme y cálido le hizo estremecerse de pies a cabeza y hundió los dedos en la arena.

Tragó saliva, sin saber qué hacer. Un grito se formó en su interior, pero lo suprimió. Aquél no era el momento de gritar. Se

sentía un poco extraña allí de pie con las manos atrapadas entre sus cuerpos. ¿Realmente había querido besarla?

Eso parecía, porque seguía sosteniendo su rostro entre las manos con suavidad, como si fuera alguien importante para él. Comprendió que tenía los ojos cerrados y, al abrirlos, se quedó atónita al ver que él también los tenía cerrados. Por extraño que pareciera, aquello hacía que el beso fuera todavía más íntimo, aunque no sabía exactamente por qué.

Sus labios se movieron. Por un instante, tuvo miedo de que los retirara, pero no lo hizo, sino que siguió besándola hasta presionar suavemente su labio inferior con la punta de su lengua.

A Molly le dio un vuelco el corazón y las llamas prendieron por todo su cuerpo al verse invadida por la pasión. Sintió que se ponía a temblar y tuvo que agarrarse a su cintura para no caer. Era magia... no, mejor que magia, porque era real. Allí, en la playa, Dylan la estaba besando.

Dylan enterró una de sus manos en su pelo, y la acción hizo que ladeara un poco la cabeza. Se movió para seguir besándola, y luego abrió la boca sobre la suya. Molly respondió sin pensar, separando los labios y luego diciéndose que era una tonta. Dylan no querría besarla de esa manera, ¿no?

Al parecer, sí. Molly sintió la primera caricia de su lengua detrás del labio inferior. Contuvo el aliento. Luego, él profundizó la incursión. Sabía a whisky y a pecado, combinados con una dulzura que tenía que ser su esencia. Se apoyó en él, dejando que la sostuviera mientras trabajaba exquisitamente con su boca.

Todo su cuerpo reaccionó al beso. Sintió los senos llenos, anhelantes de caricias. Entre los muslos, el centro de su ser se humedeció para prepararse para todo lo que podía ofrecerle. Su piel se sensibilizó hasta notar el roce más leve de tela o del aire. En su bajo vientre, el deseo se hizo necesidad.

Aquél no era el breve abrazo que le había dado hacía diez años, no era un beso entre amigos, sino entre un hombre y una mujer, un beso de pasión y promesa. La única pregunta era por qué.

Dylan se separó lo suficiente para susurrar su nombre y luego deslizó una hilera de besos por su mandíbula. Desde allí trazó una línea húmeda hasta su oreja. Molly se estremeció mientras él la mordisqueaba y la lamía. Se apretó más a él, deseando más, deseando que no parara nunca. ¿Qué importancia tenían los porqués? De momento, era bastante que estuviera viva y que pudiera sentir.

Molly se apretó contra él, y al hacerlo, él se movió un poco. En las profundidades de su mente, penetró la realidad. Los pensamientos cobraron forma y, aunque trató de ignorarlos, persistieron. No se estaban tocando por debajo de la cintura. Molly se acercaba cada vez

más a él, pero Dylan se retiraba una y otra vez. Había algo sobre lo que no quería que se apoyara. ¿Por qué?

Entonces lo supo. La verdad fue fría y brutal y casi le desgarró el corazón. Aquello no le importaba. No quería que se apretara contra él porque no quería que viera que no estaba mínimamente excitado por lo que estaban haciendo.

El dolor fue tan intenso que se quedó sin aliento. Aun así, el orgullo fue aún mayor. Tenía que salir de aquella situación para poder estar sola. Una vez en su habitación, hallaría la manera de sobrevivir a la humillación y reuniría el valor para volver a enfrentarse a Dylan otra vez. O tal vez haría el equipaje y saldría corriendo.

Ni siquiera era culpa de Dylan, pensó con tristeza. Sólo estaba tratando de portarse bien y ofrecerle consuelo. Se enderezó y luego se separó de él. Dylan la soltó, pero cuando lo miró, parecía aturdido.

—¿Molly? —parecía confuso y ligeramente abrumado.

Si no se hubiera percatado de la falta de evidencia física de su deseo, habría jurado que estaba tan absorto en el momento como ella.

—No tienes por qué hacer esto —le dijo, y se alegró de oír que su voz parecía normal—. Te pedí que me llevaras a correr una aventura, pero los besos piadosos no son parte del trato. La compasión está bien, puedo soportarla, pero no me gusta que me compadezcan. Así que, ¿por qué no olvidamos lo que ha pasado?

Por segunda vez aquella noche, Molly desapareció en la oscuridad. Dylan se quedó mirándola, preguntándose qué había ido mal. Estaba besando a Molly pensando que podía explotar de un momento a otro y, de repente, ella lo empujaba y hablaba de besos piadosos.

—Maldita sea, Molly, te he besado porque quería hacerlo, no por un retorcido sentido de la piedad —gritó a sus espaldas, pero era demasiado tarde. Ya había entrado en la casa.

Maldijo entre dientes y volvió a la hoguera para recoger sus pertenencias. Ojalá hubiera sido piedad. Entonces no se sentiría tan incómodo en aquellos momentos, con la necesidad presionándole en la entrepierna. Empezó a apilar los platos. ¿Por qué pensaría que sólo estaba fingiendo? ¿Por qué iba a hacerlo?

No encontraba las respuestas, ni a su comportamiento ni al de Molly. Se dijo que no importaba, pero no era cierto. ¿Por qué iba a desear a Molly? No era su tipo, al menos físicamente. Era la hermana pequeña de Janet, nada más.

Pero no la había sentido como una hermana pequeña en sus brazos. Era toda una mujer y la deseaba. Había accedido a hacer el viaje con ella porque necesitaba el descanso y pensó que podían pasarlo bien juntos, pero las cosas ya empezaban a complicarse. Molly no era la mujer que había creído que era, o tal vez era él el que había

cambiado.

Cargó las cosas y las llevó al interior de la casa. Una cosa era segura, no estaba dispuesto a disculparse. En primer lugar, no había quebrantado ninguna regla, y en segundo lugar, le había gustado demasiado besarla como para olvidar que había ocurrido.

Molly seguía despierta a medianoche. Había oído entrar a Dylan hacía un par de horas después de hacer varios viajes para recoger las cosas de la playa. Se sentía mal por dejarle hacer todo el trabajo, pero no habría podido enfrentarse a él. No estaba segura de poder volver a verlo. Tal vez lo mejor para los dos era que se fuera.

Salvo... que no quería irse. No quería tener que buscar otro lugar donde esconderse y no quería dejar a Dylan, lo que significaba que tendría que reconciliarse con lo que había ocurrido entre ellos.

¿Acaso había sido tan terrible?, se dijo. Pensando en ello racionalmente, casi podía convencerse de que no tenía importancia. Habían hablado de su vida y de cómo se había venido todo abajo; él había tratado de bromear y ella había reaccionado mal. Luego, Dylan la había seguido para asegurarse de que estaba bien y, cuando había visto que no lo estaba, le había ofrecido consuelo.

Aquél era todo su crimen. No se había excitado al besarla, pero eso no iba en contra de la ley. No era culpa suya que se hubiera vuelto a enamorar platónicamente de él y de que lo que había ocurrido fuera, para ella, una experiencia pasional increíble. Dylan no había hecho nada malo, debía entenderlo porque era cierto. En realidad, había sido un cielo. Huir en aquel momento sería una cobardía, por no decir una estupidez. Le gustaba estar con él. Durante los quince días siguientes iba a necesitar una distracción y él era la mejor que se le ocurría. Además, le caía bien.

Molly se acercó a la ventana y contempló la oscuridad. ¿Y qué si le habían pisoteado un poco el orgullo? Había sobrevivido en peores situaciones. El truco era superarlo y seguir adelante, porque en el fondo de su corazón, sabía que no quería irse.

—Me prometí a mí misma que no seguiría lamentándome —susurró en la oscuridad—. Que no me reprocharía nada ni pensaría en lo que podría haber sido. Me prometí que iba a vivir la vida en lugar de tomar siempre la opción más segura.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire como una acusación. Por la mañana haría las paces con Dylan, se disculparía por su comportamiento y se olvidaría de lo ocurrido. Podría seguir disfrutando de su amor platónico a solas y dejaría de esperar que él participara en ningún sentido. «Nada de seguir lamentándome por todo», se dijo. «Me limitaré a vivir».

Cuando Dylan salió de la ducha, olió a comida y su estómago rugió, lo cual no tenía sentido. Normalmente le bastaba con un café y

un donut si Evie los llevaba a la oficina. Pero, de repente, la idea de desayunar le parecía espléndida.

Se dio prisa en vestirse y afeitarse, luego se peinó el pelo todavía húmedo y se dirigió a la cocina. Se paró a la entrada y miró a Molly. Estaba removiendo algo en un enorme cuenco. Había una jarra de café en la mesa y el beicon se freía en una sartén. Aquella escena doméstica debía haberle espantado, ya que si a alguna de sus compañeras de cama se le ocurría empezar el día de aquella manera, Dylan salía por la puerta antes de que pudieran decirle «Buenos días». Claro que raras veces pasaba toda la noche con ellas, y así evitaba todo aquel asunto.

Con Molly no sentía deseos de salir corriendo. Al contrario, se imaginó acercándose a ella por detrás y rodeándole la cintura con los brazos. Quería inspirar la fragancia de su suave piel, rozar los labios contra su nuca y luego besarla por la espalda hasta que se le pusiera la carne de gallina. Pensó en quitarle el cuenco de las manos y dejarlo sobre la mesa para luego estrecharla entre sus brazos y besarla. El mostrador parecía un poco alto, pero apostaba a que la mesa tenía la altura adecuada. La imaginó sentada y vestida sólo con una camiseta, con las piernas abiertas y dándole la bienvenida mientras él...

—Buenos días.

Dylan oyó las palabras y tuvo que hacer un esfuerzo por volver a la realidad. Tragó saliva, luego se movió, confiando en que Molly no se hubiera percatado del repentino cambio en la delantera de sus pantalones.

—Ah, hola —consiguió decir en tono ligeramente ronco.

Molly llevaba una camiseta blanca de mangas largas remangada hasta los codos que le llegaba hasta la mitad del muslo. Tenía los pies desnudos y la cara limpia. Se había recogido el pelo en una trenza que le caía por la espalda. Tenía que tener veintisiete o veintiocho años, pero estaba igual que a los diecisiete. La recordó como había sido entonces, con el aparato ortopédico en la boca y los granos. De acuerdo, se corrigió, tal vez estuviera diferente, pero no mucho. Molly le dedicó una rápida sonrisa y luego le señaló el cuenco con la cabeza.

—Estoy haciendo tortitas, espero que te gusten.

—Me encantan, y estoy muerto de hambre.

—Bien, siéntate.

Dylan entró en la cocina.

—¿Puedo ayudarte?

—No, lo tengo todo controlado —se mordió el labio inferior—. Dylan, respecto a lo de anoche... —Dylan levantó una mano para detenerla.

—No tienes que explicarte.

—Bien, porque no iba a hacerlo, pero sí que voy a disculparme. No puedo cambiar el modo en que reaccioné, pero puedo intentar hacer las paces —sostuvo en alto el cuenco—. Por eso he hecho las tortitas. Deberían arreglar la situación.

A Dylan no le importaba que le guardara secretos, Dios sabía que él también tenía unos cuantos, pero le gustaba que reconociera que se había comportado de forma un poco extraña.

—Tortitas de disculpa, ¿eh? —dijo, mientras se acomodaba en una de las sillas de metal detrás de la pequeña mesa—. No sé si es una buena idea. Las estás sometiendo a mucha presión, ¿crees que podrán funcionar como tortitas? Apuesto a que las has dejado marcadas de por vida. Ahora tendrán que someterse a terapia durante mucho tiempo.

Molly se quedó mirándolo durante un par de segundos, luego se echó a reír.

—Si nos las comemos, el problema queda resuelto, ¿no?

—No lo había pensado. Parece una solución extrema, pero seguramente funcionará.

—Y yo que pensaba que era la única loca —dijo, mientras se disponía a verter la masa en la sartén.

Unos pocos minutos después, colocó un plato con una pila de tortitas y una fuente con beicon en la mesa. Después de servir el café, Molly se sentó.

—Tienen un aspecto fabuloso —le dijo Dylan.

—Esperemos que sepan igual.

—Lo harán.

Habló con soltura, pero en el fondo sabía que no importaba lo que decía. En aquellos momentos no podía saborear nada, sólo podía mirarla y recordar lo que había sentido la noche anterior al abrazarla y besarla. La deseaba... otra vez. Se estaba convirtiendo en un problema de todos los días. La cuestión era que no iba a hacer nada al respecto.

Le sirvió unas tortitas y luego se llenó su plato.

—Gracias, Molly. No tenías por qué hacer esto, pero te lo agradezco. ¿Qué te parece si empezamos otra vez y somos amigos? Me caes bien. Creo que podríamos divertirnos mucho juntos.

La sonrisa la hacía bonita. Qué curioso que hacía diez años no se diera cuenta de lo preciosa que era su sonrisa. Tal vez era demasiado joven y estaba demasiado preocupado por aparentar. Tal vez nunca se había tomado la molestia de fijarse en ella.

—Me parece bien —le dijo—. Tú también me caes bien, Dylan, y siempre lo hemos pasado bien juntos. No hay razón para pensar que eso haya cambiado.

—Me has leído el pensamiento —repuso Dylan.

Era un hombre adulto, no había razón por la que no pudiera mantener su libido bajo control. O empezaría a ponerse pantalones más holgados.

Molly masticó una tortita durante un minuto, luego tragó saliva.

—Pero todavía siento lo de anoche, perdí por completo el control. He estado sometida a mucha presión últimamente, en el trabajo y con Grant.

—Eh, gracias por la disculpa, pero es hora de olvidarlo. Cualquiera habría reaccionado de esa forma. Ya es terrible que te hayan despedido, pero si encima estás saliendo con un idiota como ese Grant, ¿qué otra cosa puedes hacer sino enfadarte?

Molly se quedó mirándolo. Tenía un ligero rubor en el rostro, seguramente por haber cocinado. Le gustaba el color de sus mejillas.

—Grant no es un idiota en realidad.

Dylan dejó el tenedor en el plato.

—Explícame eso. Las mujeres siempre hacéis lo mismo. Algunos tipos os tratan como basura y luego los defendéis.

Molly abrió la boca, luego la cerró y movió la cabeza.

—Tienes razón, no puedo creerlo. Las mujeres hacemos eso. ¿Por qué? No sé por qué lo he dicho. Realmente es un cretino. A veces deseo encontrármelo y darle una paliza. Pienso olvidarlo lo antes posible, pero eso no significa que no tenga derecho a estar furiosa.

—Bien, porque si realmente tienes algo bueno que decir de él, te perderé el respeto.

—Si me sorprendes defendiéndolo otra vez, dímelo, ¿vale?

—Claro —Dylan se inclinó hacia delante y apoyó los codos sobre la mesa—. Lo digo en serio, Molly. No creo que nadie deba seguir en una relación si no es feliz, pero hay muchas formas menos cobardes de irse. Lo que Grant hizo fue una canallada, tienes suerte de haberte librado de él. Estoy segura de que ahora no lo sientes así, pero es cierto.

—Te agradezco lo que me dices, aunque te extrañará saber que lo echo muy poco de menos. Y eso indica que nunca debí haber accedido a casarme con él. Pero es que pensé...

Molly se quedó callada, y sus ojos perdieron parte de su luminosidad.

—¿Qué pensaste?

—Que era una apuesta segura. Es abogado y está en un bufete respetable. El tipo de hombre que mi madre habría elegido. No lo sé. No hago más que pensar en mis elecciones y no me gusta lo que veo.

—Está bien que te hayas dado cuenta ahora. Los tipos como él se pasan la vida haciendo canalladas. Si se fue con una mujer antes de la boda, imagínate lo que habría hecho después.

—¿Es furia lo que detecto en tu voz? —le preguntó Molly—. Este tema te importa.

—Por supuesto. Soy un fiel partidario de la monogamia. Tal vez mis relaciones no duren mucho, pero cuando estoy con alguien, estoy ahí. Está bien, como adolescente me importaba más la cantidad, pero todo el mundo madura. Grant es un perdedor y estarás mejor sin él. Si te hace sentir mejor, me encantaría darle una paliza por ti.

Molly se echó a reír.

—Dylan, eres un cielo, pero no, gracias. Creo que el destino o como quieras llamarlo le pasará la cuenta a Grant a su debido tiempo —ladeó la cabeza—. No habría imaginado eso de ti. Lo de la monogamia.

—¿Porque soy de los que les gusta alternar?

—No —Molly frunció el ceño—. Qué raro. Nunca habría dicho que te gusta alternar, pero tampoco que te había creído un hombre fiel.

—Pues es una cosa, o la otra —dijo en tono desenfadado, para que no supiera que el hecho de que pensara bien de él le resultaba importante.

—Supongo que pensé que resultabas tan atractivo a las mujeres, que no podías evitar que te tentaran constantemente. Pero no digo que no sería culpa tuya. Es algo complicado. Bueno, supongo que en el fondo lo que pasa es que estoy impresionada.

Dylan tomó un sorbo de café.

—No creo que haya dicho nada tan especial.

—Desayuno con tortitas y clase de filosofía —dijo, y sonrió—. ¿Qué conseguiré si hago unos gofres?

—Poesía francesa —bromeó Dylan.

Capítulo 6

La pequeña ciudad holandesa de Solvang estaba diseñada para los turistas. Durante el verano y los fines de semana estaba abarrotada de gente, pero entre semana y fuera de temporada, como aquel día, sólo había un puñado de personas mirando los escaparates y entrando en los numerosos restaurantes. Molly levantó la cara hacia el sol cálido y sonrió. La vida era agradable. Pensó que se lo pasaría bien con Dylan, pero no había imaginado que llegaría a disfrutar tanto. Los cuatro días que llevaban juntos habían estado llenos de diversión y conversaciones agradables. Le gustaba estar con él, y no sólo porque diera gusto mirarlo.

Estaban tomándose las vacaciones día a día. Aquella mañana habían decidido ir en motocicleta a Solvang, que estaba a una hora de distancia de su playa en dirección norte. Por la tarde visitarían las bodegas de la localidad.

—Tienen un molino de verdad funcionando —dijo Dylan cuando se pararon delante de un escaparate.

Varios molinos de cerámica azul y blancos brillaban a la luz del sol.

—Es parte del atractivo —dijo Molly—. Pero también tienen arte exclusivo, encaje y cosas bonitas para la casa. Y comida. Una comida deliciosa.

—Entonces, ¿nos quedamos a almorzar? —preguntó Dylan, mirando su reloj.

—Me gustaría. Tienen unos pasteles de ensueño.

—¿Habías estado aquí antes?

Molly asintió.

—Pero cuando era niña. Pasé un fin de semana con una amiga y su familia. Fue muy divertido.

Al volverse para seguir bajando por la calle, Dylan le rozó con el brazo. Se había acostumbrado a los contactos casuales que formaban parte del día a día. Se había acostumbrado, pero no podía ignorarlos. No importaba en qué estuviera pensando, si Dylan la tocaba de alguna forma, todo su cuerpo se ponía en alerta roja. A veces era una grata distracción. Si podía conseguir que la tocara cuando estaba preocupada o ansiosa, nunca tendría que enfrentarse con su trauma personal.

Avanzaron hasta el establecimiento siguiente. En aquél vendían cristal. El escaparate estaba lleno de pequeñas figuras de dragones y grifos, jarras preciosas, jarrones y copas.

—No te encapriches con nada —la advirtió Dylan—. Lo que compres tiene que caber en tu bolsa de tela.

—Siempre podría hacer que me lo enviaran a casa —le recordó.

—Buena idea.

Molly pensó en su motocicleta. Se había acostumbrado a montar en ella y le gustaba. Aunque preferiría conservar el coche para los desplazamientos diarios, no le importaría tener una moto para dar un paseo los fines de semana.

—¿Cómo entraste en el mundo de las carreras de motos? —preguntó mientras caminaban por la calle.

A su izquierda había un amplio parque, a su derecha, más tiendas. Al final de la calle había un restaurante que recordaba por su deliciosa comida. Tal vez podrían almorzar allí.

—Por la puerta de atrás —dijo Dylan—. Cuando me fui de casa tenía veinte dólares en el bolsillo. Viajé hacia el este durante un par de días, hasta que me quedé sin dinero, y luego conseguí un trabajo en un taller de reparación. Era bastante bueno, sobre todo con las modificaciones. Uno de mis clientes, Bill Jensen, tenía varias motos de carreras y me ofreció que pilotase una los fines de semana.

—¿Qué tal se te dio?

—En las regionales, bien, pero cuando fui a las nacionales, no tanto. Se me daba muy bien hacer cambios en las motos, pero la carrera en sí era más difícil de lo que creía.

Dylan bajó la cabeza y sus miradas se cruzaron. Su pelo negro, sus ojos oscuros, sus rasgos atractivos. Era una tentación viviente, pensó. Y simpático. Tuvo que morderse el labio inferior para no sonreír, consciente de que Dylan querría saber qué era tan divertido.

—Nunca volviste —dijo para cambiar de tema.

—No tenía nada a lo que volver —hundió las manos en los bolsillos del pantalón. Llevaba una camisa de mangas largas de color burdeos, con las mangas recogidas en los codos—. Pensé en volver a casa, ¿pero para qué? Dudo que mis padres llegaran a notar que me había ido.

—Comprendo perfectamente lo que dices. Cuéntame cómo empezaste a diseñar motocicletas.

Dylan la miró.

—¿A qué vienen tantas preguntas?

—Estoy interesada. Somos amigos, ¿no? Los amigos siempre se cuentan sus vidas. ¿O es que me estoy adentrando en terreno personal?

—Creo que puedo compartir algunos de mis secretos contigo, pero tienes que prometerme que no se los contarás a nadie

Su tono de voz era desenfadado y alegre. Pareció deslizarse por su espalda y Molly se estremeció de placer.

—Te lo prometo —se llevó la mano al corazón—. Llevaré tus

secretos a la tumba. Ahora, háblame de tus diseños.

—Sólo si vamos a almorzar, estoy muerto de hambre. ¿Qué tal allí? —dijo señalando el restaurante al final de la calle.

—Bien.

Emprendieron la marcha hacia el restaurante. Después de entrar y sentarse a una mesa, miraron la carta y pidieron.

—Empecé echándole una mano a un compañero —dijo Dylan, recostándose en su asiento—. Sabía lo que le había hecho a mi moto y estaba teniendo problemas con la suya, así que le eché un vistazo e hice un par de modificaciones. Ganó las tres carreras siguientes. Corrió el rumor, hice algunos cambios más y preparé mi primer diseño.

—Parece un comienzo difícil.

—Lo fue. Las cosas iban despacio, no tenía ahorros ni dinero. No me habrían venido mal —Dylan sonrió—. Hace siete años, mis motos empezaron a ganar en las competiciones regionales. Hace cinco, fuimos al campeonato nacional. Monté mi negocio con apenas dinero, sólo mucho sudor y un par de encargos. Al principio fue duro, pero me encantaba. Las primeras doce motos las hice yo solo. En la puerta de al lado había una tienda de maquinaria y a veces utilizaba su equipo para hacer algunas de las partes. Fue una locura.

—Pero divertida —dijo Molly al ver en su expresión el placer que le producía aquel recuerdo.

—Sí, eran buenos tiempos.

—Apuesto a que les sorprendiste a todos.

La camarera apareció con sus refrescos. Le dieron las gracias y se fue.

—Supongo que sí. Nadie pensó que llegaría muy lejos, ni siquiera yo.

—Pues lo has hecho —corroboró Molly. Mira qué casa tienes. Es increíble.

Dylan quitó el envoltorio de papel a su paja de refresco y se encogió de hombros, un poco nervioso.

—Sé que es un poco grande para una persona.

—¡Un poco! Podrías alojar a todo pequeño ejército. Dylan, tienes un arroyo y un estanque interiores. Esa casa ha salido de una película, no de la vida real.

—Lo sé. Estaba en venta cuando quise comprar una casa. Fue una ganga —Dylan parecía un niño explicando por qué había comido chocolate antes de la cena.

—Ya, ¿y pretendes que me lo crea? Además, eso es lo de menos. No tienes que justificarte por tener esa casa. Te la has ganado.

—Creo que por eso la compré —su expresión se tornó seria—. Porque podía permitírmelo. No tiene nada que ver con la casa

remolque en la que crecí. Odiaba ese lugar, en lo único en lo que pensaba era en irme de allí.

—Pero no te fuiste hasta que no acabaste el instituto.

—No podía. Cuando mi padre murió, no quise dejar a mi madre. Bebía tanto que sabía que no duraría mucho —bebió un buen trago de su refresco—. Así fue. Luego me quedé por Janet. Cuando eso terminó, nada me retenía allí.

Molly había oído historias, todos en el pueblo lo habían hecho, de que sus padres bebían. Que su padre pegaba a su mujer y a su hijo. Que las visitas a urgencias por magulladuras y huesos rotos no eran inusuales. Aunque su infancia había sido menos que perfecta, no era nada comparada con la de Dylan.

—Lo siento —le dijo.

—Yo también, pero no puedo hacer nada al respecto. Pienso en el alcoholismo. Dicen que puede ser genético, así que me controlo. De joven solía ir a fiestas y bebía, pero ahora sólo tomo un par de cervezas a la semana. Esa botella de whisky que compramos ha sido la primera copa de verdad que he tomado en dos o tres años. No me obsesiono, pero sé que no debo tentar la suerte.

—Me alegro —dijo Molly—. No me gustaría que te pasara nada malo.

—Gracias.

Dylan la miró y algo se agitó en sus ojos. Por un segundo, Molly quiso saber en qué estaba pensando, pero luego abandonó la idea. Sólo quería saber si la miraba con ojos lujuriosos, y aquello era tan improbable, por no decir imposible, que no pudo evitar sonreír. Seguramente, Dylan había visto a la camarera llevándoles la comida.

Como si el destino quisiera demostrarle que tenía razón, la joven apareció junto a su mesa y les dejó los platos.

—Que aproveche —les dijo—, pero resérvense para el postre. Tenemos unos pasteles muy ricos, hechos esta mañana.

—Estupendo —dijo Dylan, y tomó su sándwich entre las manos.

Molly se quedó viendo cómo la camarera se alejaba.

—Tal vez me limite a mirar cómo te tomas el trozo de pastel.

—¿No quieres postre?

—Claro. Pero... —Molly se interrumpió—. Tengo nueve kilos de más.

—¿Acaso renunciar a un trozo de tarta va a servir de mucho?

En lugar de contestar, Molly le dio un mordisco a su sándwich. Era una locura, pensó. ¿Qué había creído? ¿Que negaría que tenía que perder peso? Como si Dylan no pudiera ver que estaba gorda. Comparada con las mujeres con las que salía, era una foca. Una foca enorme. Mejor, una vaca. Tal vez podría mugir y ver cómo

reaccionaba.

«¡Basta!», se dijo. No iba a sentirse mal por su reacción ni a auto compadecerse. La realidad era que tenía que perder algunos kilos. Y Dylan se había dado cuenta, por supuesto, pero, ¿qué importaba? Seguían siendo amigos. Seguía cayéndole bien. Aunque de repente perdiera esos nueve kilos, no iba a convertirse en la clase de mujer que le hiciera perder el control. Debía recordar que era ella la que lo amaba platónicamente, no él.

Charlaron sobre temas diferentes durante el almuerzo. Cuando la camarera volvió, Molly pidió un trozo de tarta. Dylan pidió un postre distinto y le propuso que los compartieran. Molly accedió.

Aquello bastaba, pensó. Aquellos fragmentos de felicidad eran lo que le daban sentido a la vida. No debía olvidarlo.

Molly se apoyó en el mostrador de la bodega y tomó otro sorbo de vino.

—¿Sabes? —le dijo a Dylan—, vamos en moto. No podemos comprar vino, aunque nos encante, ¿dónde lo pondremos?

Tenía color en las mejillas y sonreía abiertamente. Dylan quería creer que se debía a algo más que al hecho de que habían estado catando vinos durante casi una hora. Quería creer que los días que estaban pasando juntos la estaban ayudando en aquellos momentos difíciles de su vida, pero no podía adjudicarse todo el mérito. Decididamente, era el vino.

—Podemos comprar un par de botellas — le dijo—. Tienes razón, no tenemos sitio para llevarlas con nosotros de vuelta a casa, así que podemos beberlas estos días.

—No quiero causar problemas —Molly frunció el ceño, y Dylan tardó un par de minutos en comprender que se estaba refiriendo a los antecedentes de alcoholismo de su familia.

—Creo que no será ningún problema beber un poco de vino contigo durante unos días.

Molly vació la muestra de vino que tenía en la copa y la dejó sobre el mostrador.

—El Merlot es muy agradable —comentó, y Dylan se dirigió a la mujer que les había estado sirviendo el vino.

—Nos llevaremos dos botellas de Merlot y tres de Chardonnay.

—Mm, me has leído el pensamiento —dijo Molly, y luego se llevó la mano a la frente—. Estoy un poco mareada. Ni siquiera son las cuatro de la tarde y estoy borracha. Qué patético.

—La hora no es el problema, sino que en total sólo has tomado dos copas de vino. No sales cara.

—Todo el mundo tiene alguna habilidad —dijo Molly—. Supongo que ésa es la mía —parpadeó como para aclararse la vista.

—Está bien, vámonos —dijo Dylan, la tomó del brazo y miró a

la vendedora—. Volveremos en unos minutos.

—Les envolveré el vino.

—Gracias.

Dylan condujo a Molly al exterior. Había varios árboles junto al aparcamiento, así como varias mesas de picnic.

—Sentémonos en la sombra —le dijo a Molly, guiándola hacia los bancos.

—Podemos cantar canciones del colegio. No sé si me acuerdo de muchas, pero entre los dos no será difícil reconstruirlas.

—Estás borracha, pero feliz. No está mal.

—No estoy borracha —Molly lo miró con enojo, obviamente indignada—. Si estuviera borracha, me habría arrojado a tus brazos.

Dylan pensó en el trayecto en moto hasta Solvang, y en cómo había sentido el cuerpo de Molly apretado contra el suyo.

—Me pregunto si habrá alguna licorería donde vendan tequila —murmuró.

—¿Qué? —dijo Molly.

—Nada, siéntate —la agarró del brazo hasta que se hubo sentado sobre el banco, luego tomó asiento en el banco que había frente al suyo, utilizando la mesa como respaldo.

—No estoy borracha, de verdad.

—Lo sé. Sólo estás feliz.

—Tienes razón —dijo Molly después de quedarse pensativa un momento—. Estoy feliz y no lo había estado hacía mucho tiempo —se inclinó hacia atrás y apoyó los codos en la mesa que estaba a sus espaldas—. Creerás que estar prometida a Grant me habría hecho feliz, pero no fue así. Qué cretino. Cobarde. Canalla. Menudo capullo sin corazón...

—¿Molly?

—¿Qué pasa? —Molly lo miró fijamente—. Estaba usando palabras que empezaran por ce.

—Ya lo sé, pero los dos sabemos ya que Grant no es un tipo agradable.

—Es una rata.

Dylan rió entre dientes y esperó a ver si Molly recitaba una retahíla de calificativos que empezaran por erre, pero no dijo nada más, sino que miró al cielo. Su postura, con los brazos hacia atrás y los codos casi a la altura de los hombros, hacía que sus senos sobresalieran en dirección hacia él. Trató de no mirar, pero la tentación fue demasiado fuerte. Llevaba una sudadera, una prenda lo bastante holgada como para ocultar sus curvas, pero sabía que estaban allí. Que estuvieran y que no pudiera verlas lo estaba volviendo loco. Todo en ella lo volvía loco, pero le gustaba. Le gustaba desear y no tener. Le gustaba estar con ella. Le gustaba ella. Lo cierto era que no

tenía muchos amigos y que le gustaba pensar en Molly como en uno de ellos. La miró a la cara y vio que lo estaba observando.

—¿Qué pasa?

—Estaba pensando. Hace unos días me preguntaste por qué quería desaparecer durante quince días. ¿Qué motivos tienes tú, Dylan? ¿Por qué lo dejaste todo para acompañarme?

—Muy fácil. Tengo que tomar algunas decisiones y no estoy seguro de qué hacer. Pensé que el descanso me ayudaría.

—¿Cuál es el problema?

—Relámpago Black.

—¿Tu compañía? Pensaba que iba muy bien.

—Es cierto. Tengo más trabajo del que puedo abarcar. Rechazamos pedidos todas las semanas. Pronto empezaremos a expandirnos, pero no quiero hacerlo demasiado deprisa para no perder el control de calidad. No me gusta pasar tanto tiempo en el despacho, en lugar de en la fábrica, y tampoco he estado haciendo muchos diseños últimamente. El problema es que una multinacional de motocicletas quiere comprarme. Me han prometido un puesto en la empresa, mi propio equipo de diseño y mucho dinero. Podría hacer lo que me gusta, pero perdería el control. Al final, a eso se reduce todo: dinero o libertad. Si acepto la oferta, ¿estoy siendo inteligente o me estoy vendiendo?

—Buena pregunta. ¿Qué te dice tu instinto?

—Ahora mismo no dice nada.

—Mentiroso —Molly estiró los brazos por encima de la cabeza y luego dejó caer las manos en el regazo—. ¿Quieres saber lo que pienso?

Por sorprendente que pareciera, sí quería. De repente, su opinión era muy importante para él, aunque, de momento, no pensaba pararse a analizar el porqué.

—Sí.

—¿Te importa el dinero? He visto tu casa. No se puede decir que seas pobre.

—De acuerdo —rió Dylan—. La verdad es que no me va mal. Parte del atractivo de la oferta es que podría expandirme enseguida. Tendría el capital y el tiempo para mantener el control de calidad. Si espero, quién sabe cuánto tiempo, tendré que esperar a tener el capital necesario.

—¿No te afectará trabajar para otro? —preguntó—. No estás acostumbrado al trabajo en equipo, Dylan, siempre has hecho las cosas a tu manera. ¿Crees que podrías sobrevivir acatando órdenes?

—Buena pregunta —dijo Dylan, y reflexionó al respecto—, pero no tengo la respuesta. Me siento como si el diablo me estuviera tentando.

—Tal vez. Creo que el diablo tiene la habilidad de hacer que sus ofertas parezcan muy estimulantes. A fin de cuentas, es su trabajo. Mi consejo es que escuches lo que te dice el corazón. Hasta que no sepas lo que Relámpago Black significa para ti, no sabrás lo que perderás renunciando a ella.

Sus palabras tenían mucho sentido.

—Agradezco tu aportación.

—De nada. Me parece que los dos tenemos muchas cosas en qué pensar.

Ella más que él, se dijo Dylan. La compañía lo amenazaba con retirar su oferta si no respondía, pero sabía que volverían a intentarlo. Tenía tiempo, pero Molly... Tenía que tomar algunas decisiones difíciles. Grant, su trabajo. Teniendo en cuenta por lo que estaba pasando, parecía muy serena.

—¿Y tú qué vas a hacer? —le preguntó.

Un mechón de pelo se soltó de su trenza y cayó sobre su rostro. Molly se lo colocó detrás de la oreja.

—No lo sé. Ahora mismo, ni me importa. Tengo dinero en el banco, así que no tengo prisa. Supongo que es una suerte, aunque no me considero afortunada precisamente —dijo, y suspiró.

—¿Te gustaría volver a hacer el mismo trabajo?

—Tal vez. Me gustaba, pero no me apasionaba. Echaré de menos más a la gente que al trabajo.

—¿Qué es lo que te apasiona? Tal vez puedas empezar por ahí.

Se quedó inmóvil, y luego la tristeza empañó su rostro. Por un momento pensó que iba a llorar y trató de suprimir el pánico. ¿Qué había dicho? Pero Molly no lloró, se limitó a encogerse de hombros.

—Antes te habría dicho que me apasionaba Grant, pero ahora me pregunto si era cierto —volvió a suspirar—. Ya ni siquiera quiero ponerle calificativos, así que creo que los efectos del vino se están pasando. Como respuesta a tu pregunta, te diré que no sé qué es lo que me apasiona. Tal vez sea eso lo que tengo que averiguar.

—Hay centros de orientación laboral —dijo Dylan—. Podrías hacer unos tests para saber qué se te da bien. Tal vez la misma clase de trabajo en un área distinta.

—Tal vez —Molly se puso en pie—. No quiero hablar de este tema ahora mismo.

—No puedes esperar siempre. Algún día tendrás que buscar trabajo.

—Lo sé, pero hoy no —le dijo con mirada firme—. Si no te importa, me gustaría que volviéramos a la casa.

—Molly...

Molly levantó la mano.

—Sé que me lo dices con buena intención, es natural en un

hombre querer arreglarlo todo. Pero no tengo arreglo, todavía no. Olvídalo, Dylan. Créeme cuando te digo que hay cosas que no entiendes.

Dylan quiso decir algo más, pero Molly se alejó antes de que tuviera oportunidad de hacerlo. Fue a recoger el vino y luego la siguió hasta la motocicleta.

Por primera vez, durante el trayecto de vuelta a la casa, no se apoyó en él. Supuso que se estaba agarrando a la barra que había bajo el asiento, y se sorprendió añorando el contacto de su cuerpo contra el suyo.

Molly llevaba fuera demasiado tiempo. Dylan miró por la ventana de atrás de la diminuta casa y se preguntó si debía ir a buscarla. Después de regresar de la bodega le había dicho que quería dar un paseo para despejarse por completo del vino. Ya casi había pasado una hora, pronto anochecería y empezaba a preocuparse.

Aunque se dijo que no era asunto suyo, tomó su chaqueta y salió por la puerta delantera. Sabía que estaba mal. La había presionado demasiado al hablar de su trabajo, y ella había querido hacer aquel viaje para olvidarse de lo que la preocupaba, no para que él se lo echara en cara. Aunque no le gustaba la generalización, sabía que era cierta: como hombre que era, quería arreglarlo todo.

Unas pocas nubes aparecían suspendidas en el horizonte. Tenían un color dorado y amarillo pálido debido al sol. El mar estaba agitado, podían verse olas a lo lejos. La marea estaba alta aquella noche y las olas rompían con fuerza en la orilla.

Se dirigió al norte porque ésa era la dirección que tomaban cuando paseaban por la playa. Un viento frío agitaba su chaqueta y le revolvía el pelo. Mientras caminaba, escrutaba la playa, buscando algún rastro de ella, y trataba de ignorar la voz que le decía que Molly le estaba ocultando algo.

Su instinto podía mantenerse callado en lo referente a la venta de su empresa, pero hablaba por los codos sobre Molly Anderson. Para empezar, era muy explícito en el hecho de que la deseaba. Apartó aquella idea por el momento. También estaba la cuestión de qué secreto le estaba ocultando. Después de todo, escuchaba los mensajes de su contestador automático todos los días. No podía imaginarlo, pero tal vez fuera el motivo por el que había reaccionado tan emotivamente horas antes.

Había una zona de juegos más adelante, con varios bancos. A aquella hora del día, cuando ya hacía fresco, no había ningún niño a la vista. Vio a un anciano sentado en un banco con un perro grande a su lado. Alguien más estaba más próximo a la orilla, sobre la arena. Al acercarse se dio cuenta de que era Molly. A su alrededor, trepando sobre ella, lamiéndole la cara y mordisqueándole los dedos, había

media docena de cachorros negros de perro labrador.

El anciano levantó la vista al verlo y señaló a Molly.

—¿Es su esposa?

Por un instante, Dylan quiso decir que sí. No sabía por qué, pero la necesidad de que la perteneciera era fuerte.

—Una amiga —dijo en cambio.

—Los cachorros nos ayudan en los momentos de aflicción.

Al oír las palabras del anciano, Dylan se fijó en Molly y vio que estaba llorando. A pesar de que acariciaba y jugaba con los perros, las lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

Molly no lo había visto y Dylan no hizo nada para llamar su atención. Cuando el anciano se movió para hacerle sitio en el banco, le dijo que no con la cabeza. Prefería volver a la casa y dejar a Molly a solas, pero se sentía mal por ella. ¿Por qué lloraba? ¿Por la conversación que habían tenido? ¿Tendría algo que ver con las llamadas que hacía todas las noches? Quería preguntárselo, pero no lo hizo.

El viento agitó su trenza y la deshizo casi por completo. Los largos mechones de pelo ondearon en torno a su rostro, y uno de los cachorros se lanzó a atrapar un rizo.

Molly se echó a reír y apartó al animal. Entonces, la luz del ocaso cayó sobre ella, acentuando el color rubio pálido de su pelo y el brillo de sus mejillas. Estaba increíblemente hermosa y triste a la vez. No sabía por qué no se había dado cuenta antes. Quería hacer o decir algo, pero no tenía derecho a irrumpir en su intimidad, así que dio media vuelta y volvió a la casa para esperarla allí.

Capítulo 7

El día era perfecto. Cielo azul, buena temperatura, una leve brisa. Molly se apoyó sobre los cojines de tela impermeable de la cabina del barco de vela y trató de mantener los ojos abiertos. El impulso de dejarse llevar, como el barco, era fuerte.

—¿Quieres que haga algo? —le preguntó a Dylan.

Estaba sentado junto a la caña del timón, también relajado, pero parecía estar más alerta que ella. Los dos llevaban vaqueros, camisetas y zapatillas de deporte.

—Pensé que no habías navegado antes.

—Cierto.

—Entonces, ¿cómo sabrías qué hacer?

—Supongo que tú me lo dirías. En realidad no quiero hacer nada, sólo estaba siendo educada.

—No te molestes. Pareces estar a gusto ahí sentada. Disfruta del viaje.

—Si insistes... Eso haré.

Hizo lo que le ordenó, y se hundió más aún en los cojines. El aire salado era un perfume punzante y el suave balanceo del barco de vela, por extraño que pareciera, le hacía sentirse a salvo.

—Pensé que pasaría miedo —dijo, manteniendo los ojos cerrados—, pero es agradable.

—Tenemos muchos chalecos salvavidas, lo comprobé antes de que zarpáramos.

—Eres muy organizado. Creo que eso me gusta.

Molly cambió de postura hasta quedar tumbada boca arriba, mirándolo. Apoyó la cabeza en el brazo. La vela mayor, como Dylan la había llamado, aguantaba firmemente la brisa.

—Dime una cosa. ¿Cómo un corredor y diseñador de motos como tú sabe tanto sobre vela?

—Una mujer con la que salía estaba obsesionada con este deporte —sonrió—. Salíamos todos los fines de semana. Toda su familia hacía vela y me enseñó todos los trucos. La relación no funcionó, pero me aficioné a navegar. Salgo en barco siempre que puedo aunque, en los dos últimos años, no tantas veces como yo hubiera querido. Si viviera más cerca del mar, me compraría un barco. Tal vez más adelante.

—Deben de haber sido una tonelada.

—¿De barcos?

—No, de mujeres.

—No he sido un santo, pero tampoco un mentecato.

Había tenido al menos tres novias formales antes de salir con

Janet, pero podrían haber sido más. Había pasado parte de los últimos diez años participando en carreras de motociclismo. Apostaba a que había tenido mujeres a raudales, sobre todo tratándose de él. No sólo porque era el típico hombre alto, moreno y peligroso, sino porque también era inteligente y divertido. Una combinación irresistible, y la prueba era que ella sentía un amor platónico por él.

—¿Cuántas? —le preguntó.

— ¡Molly! No puedo creer que me lo preguntes.

Ella tampoco, pero ya que lo había hecho, quería saber.

—Vamos, Dylan, ¿qué importa si me dices la verdad? Somos amigos, ¿no? Los amigos comparten información.

—No esa clase de información.

—¡Vamos, por favor! ¿Cuántas? —Molly se incorporó y se inclinó hacia él.

—No voy a hablar de mi pasado contigo.

Parecía serio, pero Molly vio el brillo en sus ojos.

—¿Cincuenta? ¿Cien?

—Menos que cien.

—Ah, eso es muy preciso, muchas gracias. ¿Cuántas son exactamente? ¿Noventa y nueve o noventa y ocho?

—No voy a decírtelo. Un caballero no va contando esas cosas.

—No te pido nombres ni un breve recuento de sus gustos o manías —le dijo—. Aunque sería interesante. Sólo quiero tener una idea de cuántas mujeres se han acostado contigo. Quieres decírmelo, y lo sabes.

—En realidad, no. ¿Cómo te sentirías si te hiciera la misma pregunta? Estoy seguro de que no te gustaría contarme tu vida amorosa.

Molly meditó en ello por un momento.

—En todo caso —le dijo—, me deprimiría.

—¿Por qué?

«Porque no soy como tú», pensó, aunque no podía decírselo. No lo comprendería y no querría pasar por la humillación de tener que explicárselo. Su vida era tan insignificante. A veces sólo de pensarlo quería llorar. Pero iba a cambiar, lo había prometido. De hecho, ya estaba cambiando. Estar con Dylan era distinto de todo lo que se había permitido hacer antes.

—¿Molly?

Habló en voz baja y preocupada, como si realmente se preocupara por ella. Molly suponía que lo hacía... a su manera. Después de todo, eran amigos. Suspiró al pensarlo. Amigos, genial. Dylan seguía viéndola como la hermana pequeña de Janet, mientras ella se quedaba despierta todas las noches imaginando lo maravilloso que sería hacer el amor con él.

—Dos —dijo, finalmente, porque no podía pensar en nada gracioso que decir—. Ha habido dos hombres en mi vida. Incluido Grant. Y el haberme acostado con ese cretino me deprime sólo de pensarlo.

—Bromeas.

Dylan no estaba boquiabierto, pero casi.

—¿Qué esperabas? —preguntó—. La vida es distinta para el resto del mundo. No todos podemos ser atractivos, sino meros mortales.

—Todos somos meros mortales. No comprendo por qué te desmereces tanto. Eres muy atractiva.

Aquél fue su turno para quedarse boquiabierta.

—¿Yo? —miró a su alrededor para comprobar si había alguien más a bordo—. Dylan, despierta.

—Estoy despierto, y digo la verdad. ¿No crees que eres bonita?

—No. Reconozco que no soy repelente, pero no soy lo que un hombre llamaría una mujer atractiva.

—Tonterías.

Parecía sincero, lo cual era de agradecer, e incluso preocupado, como si estuviera buscando la manera de convencerla de que decía la verdad.

—Creo que eres atractiva —le dijo—. Grant debía pensarlo también, de lo contrario no habría salido contigo. Son dos contra uno.

—Bueno, dos contra uno —a pesar de la nube negra que amenazaba con ponerla de mal humor, no pudo evitar sonreír—. Está bien. Eso lo cambia todo —se recostó sobre los cojines—. Supongo que ya no importa. Lo que piensa Grant de mí, quiero decir. Ya todo ha terminado. De hecho, empiezo a preguntarme si alguna vez lo amé —continuó Molly—. Bueno, en realidad, me pregunto si tan siquiera creo en el amor. No puedo encontrar ninguna prueba de que existe. Creo que los padres aman a sus hijos y viceversa. Creo en diferentes clases de amor, no sólo el amor romántico. Tal vez sea un montaje de los medios de comunicación para que todos enviemos flores y tarjetas de felicitación.

—Eres demasiado joven para ser tan cínica —dijo Dylan.

—La edad no tiene nada que ver. A veces siento que tengo un millón de años.

—No estás mal para tu edad.

Molly no pudo evitar sonreír.

—Justo cuando empiezo a auto compadecerme, vas tú y me haces reír. Debería odiarte por eso.

—Pero no me odias.

—No. Ojalá fuera diferente. Ojalá pudiera creer. Me gustaría que los hombres y las mujeres se amaran y de verdad quisieran estar

juntos. Quiero que quieran hacer el amor en lugar de buscar sólo la satisfacción física.

—¿Eso piensas? ¿Que se trata de una liberación física, no de un vínculo emocional?

—Sí —se encogió de hombros—. Tal vez, no lo sé. Tú eres el experto, ¿qué piensas?

—Todavía me sorprende ver tu lado cínico.

Molly se dijo que si supiera la verdad sobre ella no estaría tan sorprendido, pero no iba a compartirla con él. Era mejor dejarlo atónito antes que permitir que se compadeciera de ella, no podría soportarlo.

—No has respondido a mi pregunta —le recordó—. ¿Qué piensas del amor?

Se quedó callado durante largo tiempo. Molly volvió la cara al sol y absorbió su calor.

—Tenemos que volver —declaró Dylan, colocándose al otro lado de la caña del timón y soltando la vela para que pudieran dar la vuelta—. Cuidado con la cabeza.

Molly agachó la cabeza y se trasladó al otro lado de la cabina. Cuando se pusieron otra vez en marcha, rumbo al muelle y al club náutico, Dylan carraspeó.

—No he olvidado tu pregunta —le dijo—. No estoy seguro de cómo contestarla.

—No tienes por qué hacerlo. Podemos cambiar de tema.

—No me importa. No es algo en lo que paso mucho rato pensando. ¿Creo en el amor?

De repente, Molly se sorprendió anhelando oír su respuesta, como si pudiera afectar en algo a su situación. Lo cual era una locura, se dijo.

—No sé si alguna vez he estado enamorado —dijo finalmente, en voz baja y pensativa—. He tomado cariño a algunas mujeres, pero eso no es enamorarse. Sentía mucho por tu hermana, pero lo de Janet y yo era más hormonal que cariño de verdad.

—Se lo diré —bromeó.

—Vaya, gracias —su fugaz sonrisa se disipó. Con el cambio de rumbo, el viento había cambiado y un mechón de pelo le caía a Dylan sobre la frente. A Molly le gustaba ver sus cabellos despeinados por la brisa—. No sé si soy capaz de amar a alguien porque nunca he visto el amor en acción. Mis padres nunca me quisieron ni se quisieron entre ellos. Tal vez me falte un gen o algo así.

—¿Y qué me dices de las mujeres que te han amado?

—No ha habido ninguna.

—¿Mujeres? —Molly se quedó mirándolo fijamente—. Claro que las ha habido. Acabamos de hablar de ellas.

—Ninguna me amaba, Molly.

—¿Ninguna de las noventa y nueve?

—No.

—No me lo creo.

Dylan se echó el pelo hacia atrás.

—Algunas me tomaron cariño, pero la mayoría querían algo que yo podía darles: sexo, emoción, una buena pareja de baile.

—¿Bailas? —preguntó Molly.

Dylan soltó una carcajada y en aquella ocasión su humor era genuino.

—No, sólo intentaba respaldar mi argumentación.

—Qué pena, siempre he querido aprender a bailar.

—Algún día aprenderemos juntos —le prometió.

Quería creerlo. Quería pensar que habría «algún día», pero sabía que no. Su relación, si podía llamarla así, era estrictamente temporal.

—Lo que quería decir, era que todo el mundo quiere algo.

—¿Quién está siendo cínico ahora?

—De acuerdo, pero si alguien como tú no cree en el amor, ¿qué posibilidades tiene un hombre como yo?

—¿Quieres decir que la culpa es mía?

—No, lo que digo es que me gustaría que siguieras creyendo en el amor. Si alguna vez tengo la oportunidad, voy a dejar a Grant hecho trizas.

—Te lo agradezco, pero ya había empezado a cuestionarme las cosas mucho antes de que Grant se fuera con su secretaria.

—No tires la toalla, Molly —le dijo—. Mi vida es una serie de relaciones monógamas, pero tú puedes tener algo más.

—¿Así que sales con una mujer, luego cortas con ella y empiezas a salir con otra?

—Algo así.

Molly dobló una rodilla y rodeó la pierna con los brazos.

—¿Alguna vez las echas de menos cuando ya no están?

—Un poco, pero siempre menos de lo que debería.

«¿Me echarás de menos a mí?» Pensó la pregunta pero no la formuló. Tenía miedo de saber que se olvidaría de ella fácilmente. Molly sabía que lo recordaría. Mucho después de que su viaje terminara, lo recordaría y saborearía cada día que habían pasado juntos.

—No conecto con la gente, nunca lo he hecho. Aprendí de pequeño a mantener la distancia emocional. Mira lo que pasó con Janet. Creía que quería casarme con ella, pero seis semanas después, me alegré de haberme quedado libre —la miró—. ¿Cómo está?

—Muy bien. Cuando se casó con Thomas, pensé que lo hacía

por su dinero y su posición social, pero han pasado diez años y todavía está loca por él —Molly vaciló, sin saber si debía contárselo todo.

—Sigue —dijo Dylan—, me gustaría saber qué tal le va. No te preocupes, no estás abriendo viejas heridas.

—Tienen tres niñas, y todas tan bonitas como mi hermana. Janet se ocupa de las labores del hogar y le encanta. Viven cerca de San Francisco, en una gran casa. El bufete de Thomas es muy famoso. Voy a visitarlos siempre que puedo, me encanta ser tía.

Molly apretó los labios. Hubo una época en la que había deseado poder tener hijos, pero ya no estaba tan segura. Y sólo porque Grant la hubiese dejado plantada.

—Apuesto a que las malcrías.

—Siempre que puedo —lo miró, y vio torrentes de emoción en sus ojos, pero no pudo descifrarlos—. ¿Quieres que cambiemos de tema, Dylan?

—Claro que no. Me arrepiento de cosas que he hecho en la vida, pero Janet no es una de ellas.

—¿Pensaste en casarte con alguna otra? —le preguntó a Dylan.

—No, sólo con Janet. Desde entonces, fui más cauteloso —Dylan se inclinó y abrió la pequeña nevera que habían llevado con ellos. Sacó un refresco y se lo ofreció, Molly lo aceptó—. No sé cómo alguien puede saber que ha conocido a la persona con la que quiere pasar el resto de su vida. ¿Qué se siente? ¿Cómo se puede saber cuándo es de verdad?

—¡Exacto! —Molly se incorporó en su asiento—. Eso es lo que pienso yo. ¿Y si los dos están equivocados? Conozco muchos matrimonios que acaban en divorcio, pero lo detesto. Me gustaría que fuera para siempre, pero no creo que sea posible — abrió su lata de refresco—. Eso es lo que detesto de Grant, incluso más que el hecho de que me haya dejado por otra mujer. Me molesta no echarlo de menos. ¿Cómo he podido estar tan equivocada? Tal vez esté en estado de *shock* o algo así.

—Lo siento, pero creo que sentirías el dolor si tuvieras que sentirlo.

—Entonces, ¿cómo puede uno saber cuándo es de verdad? ¿Caen rayos del cielo?

Dylan levantó la vista hacia la amplia vela blanca.

—El mástil es de metal, tal vez debamos pedir otra señal.

—De acuerdo, entonces una voz del cielo.

—Eso llamaría mi atención —dijo Dylan, sonriendo.

Molly movió la cabeza.

—Está bien, ríete de mí, pero hablo en serio. La próxima vez

quiero estar segura.

—Estoy de acuerdo contigo. No pienso decirle a ninguna mujer que la amo hasta que no pueda contestar todas las preguntas de las que hemos estado hablando.

—Yo también. Si no, luego se pasa mal.

No odiaba a Grant por lo que había hecho, pero estaba enfadada, no por perderlo a él sino por perder su sueño de tener una familia. Dylan le leyó el pensamiento.

—¿Quieres tener hijos, Molly?

De todo corazón, ¿pero habría niños en su vida más adelante? Aquella pregunta podía hacerle llorar.

—No estoy segura —mintió.

—Te imagino siendo madre —le dijo—. Creo que serías fabulosa.

—Gracias —Molly tomó un sorbo de su refresco, confiando en que aquella acción física la distrajera—. Primero tendría que encontrar un marido, no creo que me guste ser madre soltera. Y después de haber desechado juntos el amor, no creo que vaya a casarme a corto plazo, así que hablar de niños parece un poco prematuro.

Dylan le tendió la mano. Molly se quedó mirándolo y luego le tendió la suya. Él se la apretó.

—Me lo estoy pasando muy bien —le dijo—. Gracias por hacer el viaje conmigo.

No sabía qué decir, ni siquiera si podía hablar. De repente, se le había cerrado la garganta y no era sólo por la electricidad que le subía por el brazo.

—Gracias —le dijo, consciente de que no habría sobrevivido a aquellos días sin él—. No podría explicarte lo mucho que esto ha significado para mí. Te debo una.

—De eso nada. Teníamos que salir de la rutina y no podría haberlo hecho sin ti —se rió entre dientes—. Te propongo una cosa. Cuando lleguemos a la orilla, echaremos un pulso para ver quién está en deuda con quién.

—Trato hecho.

Dylan le dio otro apretón y luego le soltó la mano. Molly se recostó en su asiento y sonrió. Aquél era el día más perfecto de todos. Si pudiera pedir un deseo, sería que el día nunca terminara.

—Vuelvo enseguida —dijo Molly, tomando el teléfono móvil para luego desaparecer tras la puerta de su habitación.

Dylan la vio marchar, preguntándose, como todas las noches, qué mensaje esperaba oír en su contestador y por qué. Las llamadas nunca duraban mucho, sólo un par de minutos, y no se le había pasado ni un solo día. Dylan seguía sin respuestas. ¿Acaso esperaba oír

un mensaje de Grant?

Se estiró en el sofá. No podía creerlo, sobre todo después de la conversación que habían tenido aquella tarde en el barco. Molly no quería a Grant otra vez en su vida. Claro que eso era su opinión, y sólo Dios sabía lo mucho que las mujeres lo habían sorprendido en el pasado. Tal vez había tenido alguna entrevista de trabajo y esperaba oír los resultados. Talvez...

—Diablos, así no voy a ninguna parte. Si siento tantos deseos de saberlo, será mejor que se lo pregunte.

Pero sabía que no lo haría, iba en contra de las reglas. Lo mismo que tocarla o abrazarla.

El deseo no había remitido, en contra de sus expectativas. Después de todo, ninguna mujer lo interesaba durante mucho tiempo. Pero con Molly, cada vez se sorprendía pensando más y más en ella. Pasar tiempo juntos no aliviaba los síntomas, al contrario, los agudizaba.

Se puso en pie, se acercó a la ventana y contempló la oscuridad. Detestaba cuando se encerraba en su habitación. Detestaba que tuviera secretos. Quería que hubiera algo especial entre ellos. Cuando era sincero consigo mismo, como en aquellos momentos, reconocía que realmente se lo estaba pasando bien, pero sobre todo porque estaba con ella. Podían hablar de cualquier cosa, y se reían juntos. Tenían gustos similares en música y comida, y les gustaba leer los mismos libros.

No podía recordar cuándo había permitido por última vez que alguien fuera amigo suyo, especialmente una mujer. Molly había empezado siendo la hermana pequeña de Janet, pero ya era mucho más. Le había tomado cariño. Se preocupaba por su futuro, y, por eso, sus llamadas nocturnas lo frustraban. Y seguía deseándola.

A veces le sorprendía lo mucho que pensaba en estar con ella. Tampoco era sexo solamente. No estaba de acuerdo con Molly en que la gente no hacía el amor, que sólo se liberaba físicamente, aunque tenía que reconocer que había tenido más sexo que amor en sus relaciones. Pero sabía que con Molly sería algo más, que querría disfrutar de la intimidad de poder abrazarla, tocarla, saborearla. Quería ver cómo cambiaba la expresión de su rostro. Quería darle placer y recordar haber estado con ella mucho tiempo después. Luego quería que le contara qué iba mal para poder arreglarlo.

La puerta del dormitorio se abrió y Molly salió a la luz de la sala de estar. Dylan no pudo interpretar su expresión. Normalmente, no hacía ningún comentario, pero aquella noche no pudo evitar preguntarle:

—¿Va todo bien?

—Sí —asintió Molly—. Todavía no hay mensaje.

Quería preguntarle si eso era bueno o malo, pero no tenía derecho y no quería molestarla. Deseó poder acercarse a ella y estrecharla en sus brazos. Aquello haría que los dos se sintieran mejor. Pero antes de que pudiera pensar si ella agradecería aquel gesto, Molly se acercó a la mesa de la cocina.

—¿Estás listo para seguir con nuestra partida de cartas? Sé que estaba ganando — Molly le brindó una fugaz sonrisa mientras hablaba, pero luego Dylan vio la tristeza en sus ojos.

El dolor. El miedo. Se acercó a ella y le tocó el hombro.

—Molly, deja que te ayude.

—No puedes hacer nada —dijo moviendo la cabeza—. Ojalá pudieras, pero tengo que superar esto yo sola.

—¿Es sobre Grant o tu trabajo?

Molly no lo miró a los ojos.

—¿Por qué no seguimos jugando? —susurró—. Lo mejor que puedes hacer es ayudarme a olvidar. Eso es realmente lo que quiero hacer, fingir que nada de esto me está pasando.

Sabía que no estaba hablando de su viaje sino de su problema. Quería insistir para que se lo contara todo, pero no lo hizo. En cambio, le ofreció una silla y se sentó en el lado opuesto de la mesa. Si jugar a las cartas la ayudaba a olvidar, entonces, haría eso por Molly. Haría cualquier cosa, hasta no volverle a preguntar qué iba mal.

Capítulo 8

-Era un viejo sedan. No tenía mucha potencia —dijo Dylan, y sonrió al recordarlo—. Primero rehice el sistema de escape, lo abrí para que el motor pudiera respirar. Podías oír cómo se acercaba a tres manzanas de distancia. Luego jugué un poco con el motor. Le di más potencia.

—¿Por qué? —preguntó Molly—. Creía que la señora Carson te caía bien.

—Sí, por eso hice cambios en su coche. Ella no tenía dinero, así que no le cobré nada. Hasta le compré las piezas yo mismo —su sonrisa se disipó—. Cuando mis padres estaban demasiado borrachos para prepararme la comida o incluso preocuparse por mí cuando llegaba a casa, la señora Carson me cuidaba. Estaba pendiente de mí, y si salía hasta muy tarde, me regañaba. Una vez se puso tan furiosa que creí que iba a pegarme —se encogió de hombros—. Claro que ni siquiera tenía metro y medio de estatura, y dudo que llegara a pesar cuarenta kilos. Aun así, verla en jarras mientras me sermoneaba desde el último peldaño del remolque bastaba para que me entrara el pánico.

—Me alegro de que alguien cuidara de ti —dijo Molly.

Dylan la miró. Paseaban juntos por la playa. Acababan de cenar y estaban viendo la puesta de sol.

—Casi tenía diecisiete años, podía cuidar de mí mismo.

—No se trata de eso —le dijo Molly—, todos podemos cuidar de nosotros mismos, pero no deberíamos tener que hacerlo todo solos. Me alegro de que pudieras contar con ella, y de que te preocuparas por ella tú también. Aunque destrozaras su coche.

—No lo destrocé, lo mejoré —levantó las manos en gesto de protesta—. Reconozco que aumenté la potencia del motor, pero perdía aceite y lo arreglé, y le di un repaso a todo el coche. Le cambié los amortiguadores y roté los neumáticos. Lo cierto es que, cuando acabé con él, casi podía volar. A ella le encantó. Se lo advertí, pero no me escuchó. Dos días después, vino a casa toda orgullosa y emocionada. A los sesenta y cuatro años de edad, por fin le habían puesto una multa por exceso de velocidad. Cualquiera habría dicho que había ganado el primer premio en un concurso de belleza.

—¿Quieres decir que se alegraba por la multa?

—Sonreía de oreja a oreja.

Molly puso los ojos en blanco.

—Lo peor de todo esto es que en el fondo quiero creerte.

—Reconozco que de niño era un poco salvaje —dijo Dylan—, pero no era malo. No me metí en muchos líos, al menos, no tantos

como creía todo el mundo.

—Eras el chico de moda —Molly hizo una pausa y señaló la arena—. ¿Te parece bien aquí?

—Claro.

Se dejó caer en la arena y Dylan tomó asiento a su lado. Molly dobló las rodillas para acercarlas a su pecho y rodeó las piernas con los brazos.

—Ya lo creo que lo eras —dijo, retomando la conversación—. Eras la tentación de todas las chicas bonitas. Todas estábamos platónicamente enamoradas de ti. Incluso yo.

Lo dijo con naturalidad. Dylan esperó a ver si se daba cuenta de lo que acababa de reconocer. Lo hizo. Se puso rígida y se cuadró de hombros.

—Lo que quería decir es... —se quedó sin voz.

—¿Sí? —Dylan no podía ocultar el tono placentero en su voz.

—Bueno, ya sabes —concluyó tímidamente.

—No, no lo sé. Me gustaría conocer los detalles.

Molly lo miró.

—Apuesto a que sí. Pero si lo hubieras sabido entonces, te habrías muerto de la risa.

—No digas eso, no es cierto —sin pensarlo, Dylan le tocó la mejilla—. Me habría sentido halagado. Siempre me has caído bien, Molly.

—Sí, pero no era más que la hermana pequeña de Janet.

—Pero eras alegre y divertida y me gustaba estar contigo.

Se había dejado el pelo suelto aquella noche y ondeaba suavemente al viento. Quería tocar aquellos mechones para comprobar si eran tan suaves como parecían. Quería enredar los dedos en sus rizos y acercar su rostro para besarla.

—Nunca estuviste interesado por mí.

—Pensaba que éramos amigos. Además, sólo tenías diecisiete años.

—Estás siendo amable y te lo agradezco —repuso Molly, apoyando la barbilla en las rodillas—, pero la verdad es que no me viste nunca como alguien especial. No te culpo —dijo rápidamente, antes de que pudiera interrumpirla—. La adolescencia no me favoreció. Era el patito feo.

—Ahora eres un hermoso cisne.

—Buena réplica —Molly levantó las cejas—. No es cierta, pero es bonita. Conozco mis limitaciones. Soy un pato decente. No soy fea, pero tampoco un cisne —se dio unas palmaditas en las caderas—. Un pato muy orondo, pero puedo abrirme paso por el lago.

Dylan no había mentido al decirle que era un hermoso cisne, pero tenía la sensación de que no iba a creerlo. También quería decirle

que le gustaban sus curvas. Sí, no era a lo que estaba acostumbrado, pero no podía dejar de pensar en ellas. Había algo muy acogedor en su cuerpo, una esencia femenina que lo atraía.

—En cambio, tú estabas fabuloso en el instituto.

—Exageras un poco. Pero algunas de las cosas que antes me importaban ya no me importan.

—¿Como qué?

—Me preocupa menos cuánto tiempo voy a tardar en llevarme a una chica a la cama. He aprendido que esperar es muy beneficioso. Quisiera creer que todavía no he vivido los mejores años de mi vida.

—Espero poder decir lo mismo.

Molly parecía relajada al hablar, pero Dylan sintió la tensión en su cuerpo. Tenía la mandíbula apretada y su sonrisa era un poco forzada. Estuvo a punto de preguntárselo. Abrió la boca y empezó a formar las palabras, pero no pudo. No sólo porque no quería husmear en su vida sino porque de repente tuvo miedo. No de Molly, sino de su secreto. Así que volvió a un tema que pudiera distraerlos a los dos.

—Cuéntame más cosas del amor platónico que sentías por mí —le dijo.

Molly se echó a reír y la tensión se disipó.

—¿Qué te gustaría saber?

—Todo. Empieza por el principio y habla lentamente. ¿Tenías un diario en el que apuntabas todas las conversaciones? ¿Ibas por la casa cuando me había ido y recogías una servilleta usada o una galleta a medio comer que yo había dejado? ¿Intentaste cortarme un mechón de pelo?

Molly lo miró fijamente.

—Eras mi amor platónico, pero no quería hacerte ningún conjuro. Cielos, no hice nada de eso.

—¿Ni siquiera un pequeño rizo? —Dylan fingió decepción.

—No, hacía otras cosas. Rondaba por ahí cuando venías a recoger a Janet.

—Lo recuerdo, solíamos hablar.

—Exactamente.

Molly dirigió la mirada al océano. Dylan hizo lo mismo y vio que el sol estaba próximo al horizonte. El cielo estaba lleno de vivos colores: rosa, amarillo, naranja. El agua aparecía oscura y misteriosa.

—Janet siempre se retrasaba arreglándose —dijo Molly—. Eso me gustaba de mi hermana, y por aquel entonces, era lo único. Solía pasar parte del día pensando en cosas ingeniosas que decirte. O iba a la biblioteca, leía libros de chistes y los memorizaba.

—No...

—Sí. ¿A que resulta humillante?

—En absoluto —dijo Dylan. No iba a reconocerlo, pero le

gustaba que se hubiese tomado tantas molestias.

—Tenía una fantasía —le dijo—. Solía pensar que un día te haría ver que Janet era una perdedora y haría que te enamoraras de mí. Nos fugaríamos juntos —arrugó la nariz—. Nunca supe a dónde. La universidad me parecía importante, pero no sabía si querrías que fuera. Era un problema logístico y no pude resolverlo.

—Yo habría respaldado tus estudios.

—¿De verdad? —Molly se echó a reír—. Si lo hubiera sabido entonces, lo habría intentado con más ganas.

¿Cómo habría sido?, se preguntó Dylan. Si se hubiera enamorado de Molly en lugar de su hermana. Movió la cabeza. Se había convertido en una mujer atractiva, pero era cierto que había sido un patito feo en el instituto. A sus veintitrés años, la belleza le había importado bastante.

Molly estaba contemplando la puesta de sol, pero su expresión indicaba que en realidad estaba recordando el pasado.

—No era sólo tu atractivo —le dijo—. Me gustaba cómo siempre tenías tiempo para mí. También sabía que eras inteligente. Mamá no hacía más que decir que no ibas a llegar a ninguna parte, pero yo creía que tenías mucho potencial. Me alegro de haber tenido razón. A pesar de la moto y de la pose, no eras el típico gamberro.

A Dylan le sorprendió que hubiese visto más allá de la fachada. Lo sorprendió y lo complació. Se apoyó en los codos, imitando su postura. Nunca había elegido bien en cuestión de mujeres, pero sabía que había tomado la decisión correcta respecto a Molly. Aunque sólo fuera amistad, se enorgullecía de tenerla en su vida. Aun así, cuando se tumbó boca abajo junto a él y le sonrió con dulzura, le costó recordar que sólo eran amigos. Quiso acariciarle la mejilla con los dedos y tal vez los labios. Iba en contra de las reglas y lo echaría todo a perder, pero maldición, era difícil resistirse a ella.

Por cierto... Dylan se incorporó y cambió de postura de modo que Molly no pudiera ver la manifestación física de sus pensamientos.

—¿Estás bien? —preguntó—. Te has quedado muy callado.

Dylan centró la atención en los últimos rayos de sol.

—Sí, sólo estaba pensando.

—¿En qué?

Pensó en una docena de réplicas graciosas, un comentario sobre el valor del dólar americano comparado con el yen japonés, o algo sobre el deporte de vela, pero al final no pudo mentirle. Tampoco podía decirle exactamente en qué había estado pensando, así que decidió mostrárselo.

Se tumbó de costado, se incorporó sobre un codo y se inclinó sobre ella. No la tocó, pero se movió lentamente, dándole numerosas pistas sobre sus intenciones para que pudiera echarse atrás si quería.

Pero no quiso. Molly se quedó exactamente donde estaba, y sus ojos se abrieron cada vez más hasta que fueron lo único que vio. Entonces, justo antes de besarla, cerró los ojos para poder sentir lo que pasaba entre ellos.

Era tan dulce y cálida como recordaba. Sus labios cedieron a los suyos, como si ellos también lo añoraran. La besó con cierta presión y luego separó los labios. Un gemido surgió del fondo de la garganta de Molly. Era casi un grito. ¿De placer? ¿De conmoción? ¿Le daba la bienvenida o quería salir corriendo?

A pesar de que se moría por abrazarla, vaciló, dándole tiempo para cambiar de idea. Entonces, Molly hizo la cosa más increíble: cambió de postura hasta quedar de costado frente a él y le puso la mano en la mejilla. Con un gemido ahogado, Dylan la rodeó con los brazos y la atrajo hacia él.

Molly oyó lo mismo que sintió el gemido de Dylan. Su pecho vibró con aquel sonido mientras ella se debatía entre besarlo y gritar de placer. No había hecho nada para que la besara, él había empezado todo. Seguro que un hombre como Dylan no daba besos piadosos más de una vez. Tal vez, sólo tal vez, la deseara.

Que la deseara sólo un poco sería suficiente, se dijo mientras se apretaba contra su cuerpo. Era tan fuerte. Sus piernas largas y musculosas, la amplitud de su pecho. Dylan tiró de ella para colocarla un poco sobre él, de modo que la cadera de Molly quedó apoyada en su estómago. Estaba cerca, pero no lo bastante cerca como para saber si estaba tan excitado como ella.

Entonces, Dylan le tocó el labio inferior con la lengua y ya nada tuvo importancia, excepto sentirlo a su lado. Su calor húmedo, el placer que despertaba en su cuerpo. No la invadió, sino que introdujo su lengua lentamente, torturándola, entrelazándola con la suya. Exploró su boca, encontrando lugares que le hicieron jadear de placer. Luego se retiró y ella lo siguió para descubrirlo y sentir la pasión que se desataba entre ellos.

Pensó vagamente que estaban en la playa y que todavía no había anochecido. La última vez que había mirado a su alrededor, estaban solos. Se preguntó si seguirían estándolo. Tampoco importaba, Dylan no iría más allá. No sólo porque estaban en una playa pública, sino porque no estaba interesada en ella de esa forma. Aun así, sus besos le bastaban.

Dylan rompió el beso y deslizó la lengua por su mandíbula. Luego pasó varios minutos jugando con su oreja. Después de hacerle temblar y susurrar su nombre, le apartó el pelo y le mordisqueó la nuca. Molly creyó que iba a morir allí mismo. Sería la forma perfecta de irse.

Mientras que con una mano le apartaba el pelo del cuello, con

la otra trazó una línea desde el hombro, bajando por la espalda, hasta la cadera. Después rodeó su trasero y lo apretó. Molly nunca se había sentido a gusto con su figura, pero cuando Dylan la tocaba, lo único que le importaba era cómo le hacía sentir.

Se arqueó contra él, instándolo a que continuara, deseando más. Deseándolo todo. Molly deslizó las manos por su espalda, maravillándose al sentir el movimiento de sus músculos. No importaba por qué hacía todo aquello, ni si era un terrible error. ¿Y qué si no eran una pareja y no iban a acabar en la cama juntos...? aquello era maravilloso y eso bastaba. Se merecía un descanso del trauma que era su vida.

—Molly —susurró su nombre como una oración—. Te deseo.

Las palabras eran mágicas, un encantamiento destinado a derrumbar sus últimas defensas. Molly se separó un poco y lo miró fijamente.

—¿De verdad?

Dylan rió entre dientes, un sonido jadeante que delataba un ápice de dolor.

—¿Qué creías? Y no vuelvas a hablar de besos piadosos. No puedes decirlo en serio.

—No —repuso Molly, sin saber lo que creía.

Dylan maldijo entre dientes.

—Te estoy besando y acariciando como un adolescente, en mitad de la playa. Si eso no es perder el sentido, tú me dirás.

Molly sonrió y le tocó el labio inferior. La piel estaba húmeda por los besos.

—Gracias.

—Ni las espero ni las merezco.

Dylan la atrajo hacia él y, mientras la besaba, se movió de modo que Molly quedó prácticamente encima de él. Entonces fue cuando sintió su erección contra el muslo.

Había confiado, lo había deseado, pero no había estado segura. Sin pararse a pensar, bajó la mano y la puso sobre él. Sintió cómo se agitaba por debajo de la tela vaquera y cómo su respiración se aceleraba. Dylan profundizó el beso, ladeando la cabeza para poder llegar más allá. La pasión se intensificó y Molly arqueó las caderas. Notaba cómo se humedecía su entrepierna para recibirlo.

Dylan subió la mano de su cadera a su cintura, y luego hasta sus senos. Tenía los pezones duros, Molly podía sentirlos apretándose contra los confines de su sujetador de deporte de algodón. Se moría por sentir allí sus caricias, a pesar de que las temía.

La mano de Dylan se cerró sobre su seno derecho y Molly se quedó inmóvil. Luego movió los dedos, jugando con el pezón, desencadenando punzadas de placer por todo su, cuerpo. Era

maravilloso... y repugnante. Tenía que detenerlo.

—¡No! —dijo en voz alta, y se soltó—. ¡No, para! No puedo.

El mundo se volvió borroso y comprendió que se había echado a llorar.

—Molly, ¿qué pasa?

Era demasiado humillante. Se puso en pie a duras penas, tratando de apoyarse en la arena, pero encontrando carne cálida en su lugar. Tropezó, se balanceó y por fin recuperó el equilibrio. Estaba oscuro. Por un momento, no supo dónde estaba, pero luego oyó las olas. Como siempre, el océano le proporcionaba un punto de referencia.

Sin poder respirar por los sollozos, ni ver por las lágrimas, Molly se dio media vuelta y echó a correr.

Dylan se quedó junto a la orilla durante largo tiempo, esperando a que Molly regresara finalmente a la casa. Hacía tiempo que había salido la luna y casi todas las estrellas cuando por fin se dirigió a su encuentro.

Había demasiadas preguntas, y no tenía ni una sola respuesta. Lo que sabía con certeza era que había quebrantado las reglas. Sin saber por qué, algo maravilloso había ocurrido entre ellos, pero lo había echado a perder y sólo él tenía la culpa. Tenía que disculparse, pero el problema era que no lamentaba lo sucedido. En realidad, lamentaba que Molly hubiera salido corriendo, porque hasta ese momento se había sentido muy feliz con el giro que había tomado su relación.

La cuestión era que había prometido no seducirla. Sin duda, Molly había creído que podía confiar en él y, en dos ocasiones, Dylan le había demostrado que se equivocaba. No importaba que no hubiera protestado o que hubiera reaccionado como si lo deseara tanto como él, había traicionado su amistad y se sentía fatal.

Inspiró profundamente y deseó que hiciera más frío en la playa. Había una suave brisa, pero no bastaba para enfriar su deseo. Era un canalla redomado, se dijo. A pesar de que se había ido llorando, todavía la deseaba. Deseaba llevarla a la cama y demostrarle que no habían hecho más que empezar y que la expresión «hacer el amor» era cierta. Quería amarla, con los labios, las manos, con todo el cuerpo. Quería hacerle olvidar dónde estaba... demonios, quién era. Quería llevarla tan alto que se quedara sin aliento, y escuchar sus jadeos y estremecimientos mientras se recobraba.

Pero en lugar de eso, iba a decirle que lo sentía. No por besarla, nunca podría pedirle perdón por eso. Había besado a muchas mujeres, pero Molly tenía algo especial. Algo maravilloso que le hacía olvidarse de sí mismo. No, le pediría disculpas porque era evidente que le había hecho daño y no quería echar a perder su amistad.

Avanzó hacia la casa con pasos lentos y firmes. Sintió un hormigueo en la nuca y una ligera sensación de miedo, como si no fuera a gustarle lo que iba a encontrar dentro. Al entrar, miró la mesa de la cocina. Las llaves de la motocicleta seguían allí, así como las dos bolsas de viaje en un rincón. Molly no se había ido.

Una luz tenue salía de la puerta abierta de su dormitorio. Cruzó la sala de estar y llamó. Estaba sentada en la cama con las piernas dobladas y pegadas a su pecho. Tenía el pelo revuelto, la cara pálida y los ojos muy abiertos. Levantó la vista hacia él.

Ya no lloraba, pero la expresión de dolor y tristeza de su rostro casi le desgarró el corazón. Tuvo que agarrarse al marco de la puerta para no caer de rodillas.

—Molly.

—Caramba, pensaba que ibas a pasar la noche en la playa —intentó esbozar una sonrisa, pero el gesto fue aún más trágico porque no lo logró.

—No, sólo estaba pensando.

—Ya sé en qué —le dijo—. Lo siento, no pretendía salir corriendo de esa manera.

—Oye, para —entró en la habitación. No había otro sitio donde sentarse salvo en la cama y eso sería como invadir su espacio personal. Metió las manos en los bolsillos de sus pantalones y se apoyó en la pared—. Soy yo quien tiene que disculparse, no tú.

—No tienes la culpa de nada.

—Sí, te asusté, y no pretendía hacerlo. Supongo... —se encogió de hombros—. Las cosas se me fueron de las manos y lo siento. Me olvidé de nuestro trato. Me importas, Molly. Te respeto. Es fácil ser compañeros de cama pero no amigos, y eso es lo que te considero. No quiero echar a perder nuestra amistad, eres demasiado importante para mí. Espero que me perdones por haberme pasado de la raya. Te juro que no volverá a ocurrir.

Lo decía en serio, pensó Molly. Qué giro de acontecimientos más sorprendente. La había besado y acariciado de una forma que le había hecho sentirse increíblemente especial. Él se había excitado, y a cambio, ella había salido huyendo sin más explicaciones. Y era Dylan el que se estaba disculpando.

—No es lo que crees —dijo lentamente, sin saber qué iba a contarle. La verdad, no. No querría oírla y no creía tener fuerzas para decírsela.

—Sé lo que es —le dijo Dylan enseguida—. No quiero que pienses que no me gustaba lo que estábamos haciendo, porque me gustaba. Los besos, las caricias... fueron maravillosos. Pero nuestra amistad significa mucho más para mí.

Dylan era un regalo maravilloso e inesperado en su vida.

Realmente se preocupaba por ella, y no sabía si alguien más volvería a hacerlo. No era amor, pero ya no confiaba en el amor. Aquello era mejor. Podrían ser amigos durante mucho tiempo, podría contar con él. Era un hombre bueno, además de divertido, inteligente, sexy y maravilloso. Una combinación irresistible. Molly sintió cómo volvían las lágrimas. Las contuvo porque estaba cansada de llorar, cansada de tener miedo y sentirse sola.

—Eres importante para mí, Molly. Por favor, dame otra oportunidad.

Molly cerró los ojos con fuerza y le tendió la mano. Dylan se acercó a ella al instante, y sus cálidos dedos envolvieron los suyos.

—Estás completamente equivocado —dijo, luchando por no perder el control—. No lamento los besos o las caricias, fueron maravillosas. Más que eso... Tan especiales. Nunca sabrás lo mucho que han significado para mí.

Molly contempló su rostro familiar. Los dos habían cambiado, sin embargo, sentía que siempre lo había conocido. Su enamoramiento seguía ahí, un poco distinto, porque ella era distinta, pero había vuelto con toda su fuerza.

Entonces, supo que era el momento de decirle la verdad. No sólo porque merecía saber por qué se estaba comportando de manera tan extraña, sino también porque lo necesitaba. Egoístamente, sabía que llegaría un día en que la fuerza de Dylan sería lo único que la impulsaría a seguir adelante, aunque sólo fuera un minuto más.

—Me gustaron —dijo, indicándole que se sentara en la cama, y Molly pudo sentir su calor cuando lo hizo—. Y eso es lo malo.

Vaya, qué difícil era. Contárselo a Janet había sido duro, pero aquello era peor. Seguramente porque no sabía cómo iba a reaccionar. ¿Se echaría hacia atrás? Se preparó para lo peor.

—Molly, me estás confundiendo. Y asustando. ¿Qué pasa?

—Nada. Todo —le soltó la mano para que tuviera libertad para irse si así lo deseaba, e inspiró profundamente—. Me gustaba lo que estábamos haciendo en la playa, los besos y las caricias, pero me quedé helada cuando me tocaste el pecho.

—¿Te hice daño?

—No.

Dylan estudió su rostro y ella pudo leer en el suyo las preguntas.

—¿Te ha atacado alguien? —preguntó después de maldecir entre dientes.

—No. ¿Recuerdas cuando me preguntaste por qué quería huir de mi vida y te hablé de la semana tan mala que había tenido? —Dylan asintió—. No te lo conté todo —Molly fijó la vista en su rostro perfecto y puso la mente en blanco—. El lunes me despidieron, el

martes Grant me llamó desde México. El miércoles por la mañana, mientras estaba en la ducha, noté un bulto en el pecho izquierdo.

Capítulo 9

Molly estaba temblando, pero no tanto como para no poder hablar. Inspiró. Ya estaba, ya lo había dicho. Dylan todavía no había salido corriendo, pero seguramente era porque estaba en estado de *shock*. En cuanto lo superara, partiría con rumbo desconocido. Sin embargo, hasta que eso ocurriera, decidió seguir hablando.

—Me estaba examinando el pecho, como hago una vez al mes —dijo Molly—. Muchas mujeres lo hacen. Cuando empecé, tenía miedo porque no quería encontrar nada. Sé que suena raro, porque si me estoy examinando el pecho parece que de alguna manera acepto que podría haber un bulto, pero después de unos meses, se olvida esa posibilidad —movió la cabeza—. Lo siento. No estoy yendo al grano.

—No pasa nada —dijo Dylan en voz baja y grave—. Cuéntamelo como te apetezca.

La luz de la mesilla de noche iluminaba la cama y el suelo, pero casi todo el cuerpo de Dylan estaba en sombras, incluido su rostro. A Molly le costaba leer su expresión, pero en parte podía ser porque no quería saber qué estaba pensando.

—Bueno, noté algo —continuó, tratando de mantener la calma. Sólo con recordarlo volvía a sentir el mismo terror que la había invadido al encontrar el bulto. Incluso en aquellos momentos le resultaba difícil no dejarse llevar por el pánico—. Llamé a mi médico y me recibieron aquel mismo día. Me examinó. Al principio, pensó que podía ser un quiste —Molly lo miró con expectación, y Dylan movió la cabeza.

—No sé qué es eso.

—Por lo general, es inofensivo. Los quistes se forman en el pecho. Son bolsas llenas de líquido. Son dolorosas, pero no dan grandes problemas. Normalmente, el médico utiliza una aguja para aspirarlos, ya sabes, para quitar el fluido. Pero el bulto que yo tenía no era un quiste, no había fluido. El siguiente paso fue la mamografía.

No quería pensar en ello. No quería recordar el terror frío de aquel día o la presión de la máquina. Había gritado durante la prueba, no porque le doliera sino porque tenía miedo y estaba sola.

—Después, mi médico siguió sin estar segura, así que sugirió extirparme el bulto. Lo examinarían y me harían saber qué era. Me lo quitaron el viernes de esa misma semana.

Molly se abrazó y forzó una sonrisa. Quería salir corriendo y dejar atrás todo el miedo y las preguntas. La cuestión era que no tenía dónde ir. Ya había huido y el problema la había seguido. Lo único que podía hacer era aceptarlo.

—¿Qué encontraron? —preguntó Dylan.

—No están seguros. Las células son atípicas. Creo que es una manera ingeniosa de decir que no saben lo que es. Mi médico mandó una muestra a un laboratorio para que la analizaran. El día que decidí venir a verte, me llamó desde el consultorio. Había recibido el informe, pero iba a pedir una segunda opinión a otro laboratorio —lo estaba explicando tan bien que las lágrimas fueron inesperadas. Contuvo el aliento mientras sentía cómo le abrasaban los ojos. Una sola lágrima se deslizó por su mejilla y se la secó con la mano enseguida—. Mi... Mi médico dice que sólo es una comprobación —continuó, con la voz gruesa—, que quiere estar segura y no preocuparse. Pero yo no puedo evitar pensar que la verdad es tan horrible que por eso necesita una segunda opinión. Me ha dicho que intente ser paciente, que llene los días con cosas que me ayuden a olvidar, pero es... difícil.

Más lágrimas. En aquellos momentos caían a más velocidad.

—Por eso llamo por teléfono todas las noches. Quedó en llamarme para decirme los resultados del segundo laboratorio. Estoy esperando noticias.

No podía mirar a Dylan, no quería saber qué estaba pensando. ¿Estaba horrorizado? Seguramente. Trató de recobrar la compostura y convencerse de que todo estaba bien mientras esperaba a que Dylan se pusiera en pie.

Aquella preparación no sirvió de nada. Cuando el colchón se movió, pensó que iba a vomitar. Luego, dos brazos fuertes y cálidos la rodearon y la estrecharon. El consuelo fue tan inesperado, tan maravilloso, que rompió en sollozos.

Dylan abrazaba a Molly con fuerza contra su pecho. Como no sabía qué otra cosa hacer, se quedó callado, dejando que se enfrentara al dolor a su manera. Él mismo no sabía cómo se sentía. Conmocionado, desde luego. Más bien atónito. No podía recordar todo lo que había imaginado cada noche cada vez que se metía en su cuarto para llamar por teléfono, pero no había sido nada parecido a aquello. Descansó la mejilla sobre sus cabellos.

—Molly —murmuró—, pequeña Molly. No puedo creer que hayas tenido que enfrentarte a todo esto. No me extraña que quisieras huir.

—A veces es difícil —dijo con palabras ahogadas—, Janet me ha apoyado mucho. Después de decirle lo del bulto, quiso venir para el día de la intervención. Pero tiene a sus hijas y a Thomas. Luego, quería que fuera a su casa. Prometió que mis sobrinas serían una gran distracción. Creo que si no hubieras querido venir conmigo, habría ido a verla — levantó la cabeza. Había lágrimas en su rostro y tenía los ojos rojos. A Dylan no le importaba, era hermosa—. Gracias —dijo Molly—. Por no salir corriendo o retroceder. Sea lo que sea, no es

contagioso.

Dylan le secó las lágrimas.

—Esa idea no se me ha pasado por la cabeza. No tengo miedo de ti, sólo... —se encogió de hombros—, estoy asimilándolo todo, supongo.

—Tal vez no debería haberte contado todo esto.

—No, no digas eso. Somos amigos, y los amigos comparten información.

Molly asintió, luego apoyó la cabeza en su pecho una vez más. Dylan maldijo en silencio. Desde luego, oír hablar a Molly de su vida le permitía ver sus insignificantes problemas con otra perspectiva. Todo aquel tiempo había estado preocupándose de si debía vender o no la compañía, mientras que ella se enfrentaba a una situación de vida o muerte.

Un frío nudo se formó en su estómago al repetir aquel último pensamiento. Tres palabras sobresalieron entre las demás. Vida o muerte. Dylan fue presa del pánico. Molly podía morir.

Resistió la urgencia de estrecharla aún con más fuerza, como si así pudiera mantenerla a salvo. Cielos, no quería perderla. No después de haberla encontrado. Molly era especial, una buena persona. No se merecía aquello.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó ella.

—En nada.

—Mentiroso. Acabas de ponerte rígido. Si quieres apartarte de mí, lo comprenderé.

—De ninguna manera, jovencita. Estás atrapada aquí conmigo —le acarició el pelo con la mejilla e inspiró el dulce aroma de su cuerpo—. Sólo estaba pensando en que no es justo.

—Olvídalo —le dijo—. Le he estado dando vueltas una y otra vez y no hay respuesta a esa pregunta. Tienes razón, no es justo. ¿Y qué?

Molly parecía fuerte y segura de sí misma.

—Soy un hombre. Quiero arreglarlo.

—No puedes.

—Lo sé.

Eso era lo peor de todo. Lo sabía.

—No te molestes en comprenderlo, Dylan. No te lo he contado por eso, sólo quería que entendieras mi situación. Teniendo todo en cuenta, estoy muy bien. Estos días han sido maravillosos, he sido capaz de olvidar y divertirme. Lo necesitaba.

—Lo has llevado muy bien. Estoy impresionado.

—No lo estés. Sólo estoy yendo paso a paso. No hay valor en eso.

—Te equivocas.

—Tus palabras favoritas —Molly se echó a reír.

—Tengo otras palabras que me gustan igual.

—No lo creo —Molly le sonrió.

Todavía había lágrimas en su rostro, pero el dolor y la pena habían desaparecido de sus ojos. La abrazó y ella le devolvió el abrazo.

Le gustaba sentir los brazos de Molly alrededor de la cintura y frotándole la espalda. Cómo no, todavía la deseaba. Su erección le presionó dolorosamente la tela de los vaqueros. Pero eso ya no importaba. Nunca haría nada para herirla o... De repente, la agarró de los brazos y la apartó para mirarla a los ojos.

—¿Te hice daño? —le preguntó con frenesí. Le habían extirpado el bulto y, aunque fuera una incisión muy pequeña, tenían que haberla intervenido—. ¿Cuando te toqué el pecho, te di donde te operaron? ¿Por eso saliste corriendo?

Molly se ruborizó, pero no desvió la mirada.

—No. Me tocaste el seno derecho y el bulto estaba en el izquierdo.

—Vaya, Molly —dijo lleno de alivio—. Tenía miedo de haberte hecho daño.

—No, no hagas eso —se soltó y le tomó las manos—. No me trates como si fuera a romperme, no podría soportarlo. Sí, me duele un poco, pero no es gran cosa. No me trates de forma distinta, por favor. Prométemelo. Sólo te lo he contado para que entendieras mi comportamiento.

¿Cómo podía hacer esa promesa? Claro que iba a ser diferente. Sabía que su vida corría peligro y quería encontrar la manera de protegerla o incluso de curarla. Ninguna de las dos opciones estaba a su alcance y no sabía cómo iba a poder sobrellevarlo.

Entonces, lo entendió. No se trataba de él, sino de Molly. Lo importante eran sus sentimientos. Había pasado las dos últimas semanas conviviendo con un miedo que no podía ni siquiera empezar a imaginar. Si necesitaba que la tratara como siempre, encontraría la manera de hacerlo. Era lo menos que podía hacer por ella.

—Te lo prometo —dijo llevándose la mano al corazón.

—Gracias —sonrió Molly.

Luego Dylan se recostó en la cabecera de la cama y la atrajo hacia él. Ella se resistió.

—No tienes por qué hacer esto —le dijo.

—Gracias por la información, pero si no te importa, me gustaría tener un poco de contacto humano —la miró a los ojos—. Lo siento, Molly. Estoy haciendo que te sientas incómoda, ¿verdad? —le dijo, y empezó a bajar de la cama.

Molly lo detuvo.

—No, no te vayas, Dylan. Pensé que sentías pena por mí. La verdad es que a mí también me gustaría sentir un poco de contacto humano.

Dylan se encontró echado sobre la cama. Molly estaba tumbada a su lado con la cabeza apoyada en su hombro y la mano sobre su pecho. Le acarició la melena.

Se hizo un cómodo silencio entre ellos. Dylan siguió pensando en todo lo que ella le había dicho y le pareció imposible de creer. ¿Molly? ¿Su Molly? Detestaba pensar que había pasado por todo aquello ella sola.

—Deberías haber llamado a Janet para que estuviera contigo —le dijo—. Es tu hermana, se preocupa por ti.

—Lo sé, pero no quería ser un estorbo.

Traducción: no se consideraba merecedora de ello. Reconoció el sentimiento porque tenía el mismo concepto de sí mismo. No importaba en alguien como él, pero Molly se merecía algo más.

—Es imposible que seas un estorbo. Eres una persona muy especial.

—No digas eso —gimió Molly—. Me prometiste que no me tratarías de forma distinta.

—Ayer pensaba que eras especial, lo que pasa es que no llegué a decírtelo.

—No sé si creerte.

Dylan se volvió hacia ella y le tocó el rostro.

—Es tu problema, no el mío. No te mentiría, creo que eres muy especial —deslizó el dedo desde su frente hasta la nariz, luego a sus labios—. Me alegro de que me lo hayas contado. Seguiremos divirtiéndonos para que te distraigas, ¿de acuerdo?

Molly asintió, y una lágrima se derramó por su mejilla.

—¿Qué pasa? —le preguntó Dylan.

—Nada. Sólo que estás siendo muy bueno conmigo.

—Estamos juntos. Ya no estarás sola.

Molly se inclinó hacia delante y lo besó suavemente en los labios. Dylan esperó, pero ella no profundizó el beso. A pesar de todo, seguía deseándola. La pasión ardía en su interior, pero en aquellos momentos era diferente. El fuego estaba moderado por la ternura. Aunque el deseo no se extinguía, lo transformaba en algo todavía más poderoso.

La estrechó entre sus brazos. Después de unos momentos, su respiración se hizo más pesada y se dio cuenta de que se había quedado dormida. Se movió lentamente para no despertarla, extendió el brazo y apagó la luz. No estaba seguro de poder dormir aquella noche, pero no importaba. Sólo quería estar allí, en la cama de Molly, con ella en brazos.

Era tan preciosa. No sólo de aspecto, aunque hubiera tardado en darse cuenta, sino que estaba llena de una gracia interior: en parte coraje, en parte aceptación y determinación de seguir adelante pese a todo. Le enorgullecía conocerla.

Cerró los ojos en la oscuridad y se concentró en el sonido de la respiración serena de Molly. Tenía tanto miedo de perderla. El mundo en general y su vida en particular serían mucho más insignificantes y oscuros sin su brillante sonrisa y su espíritu bondadoso. La verdad lo asaltó con toda la sutileza de un directo al estómago. Sin saber cómo, ya no podía concebir estar sin ella.

Molly se despertó lentamente. Debía de ser medianoche. Al principio no supo dónde estaba. Las sombras de la habitación eran familiares, pero su mente no podía centrarse en ellas. Luego comprendió la razón de su confusión. Había un hombre en su cama.

El cuerpo de Dylan la mantenía en calor, a pesar de que estaba encima de la colcha. Estaba acurrucada contra él, con las piernas entrelazadas con las suyas y él tenía la barbilla apoyada en su cabeza. No recordaba haberse quedado dormida, pero recordaba los detalles de su conversación, cómo la había escuchado mientras le contaba la historia, y la tristeza y preocupación de su rostro. Y, lo más importante de todo, cómo la había abrazado y consolado, en lugar de comportarse como si fuera un monstruo o estuviera deforme. Nunca le estaría suficientemente agradecida por ello.

—¿Por qué no estás dormida? —le preguntó Dylan en voz baja y ronca.

La intimidad del momento le hizo temblar y el deseo la invadió, una necesidad líquida que humedeció el lugar secreto entre sus muslos.

—Podría hacerte la misma pregunta.

—Estaba dormido —dijo él—. Me has despertado.

—Lo siento, no haré tanto ruido la próxima vez.

Dylan rió entre dientes, y el sonido vibró en su pecho. A Molly le encantaba estar allí tumbada junto a él. No quería moverse. Dylan murmuró su nombre y luego la envolvió con los brazos.

—Gracias por no hacer que durmiera solo —le dijo.

—¿De qué estás hablando? Estás haciendo esto por mí.

—No soy tan altruista. Confieso que tengo motivos muy egoístas.

—Y querrás que me lo crea.

Dylan levantó la cabeza y la miró. La barba empezaba a crecerle y le confería un aspecto siniestro. Aun así, no tenía miedo, porque veía el afecto en sus ojos.

—Si vas a echarme otra vez esa charla sobre la piedad, voy a tener que tomar medidas severas contigo —le dijo—. Me preocupo por

ti, no quiero que te pase nada. Y agradezco que estemos juntos esta noche. Si puedo abrazarte, puedo dormir, de lo contrario me quedaría despierto, mirando al techo.

—¿De verdad? —repuso Molly.

Quería creerlo con tanta intensidad. Quería pensar que era importante para él.

—Los hombres no mienten sobre nada que los haga parecer débiles. Créeme. Nos encanta ser héroes, no enclenques.

—Nunca serías un enclenque —sonrió Molly.

—Tengo mis momentos.

Permanecieron callados un tiempo. Debido al silencio y a la oscuridad exterior, parecía que eran las únicas personas en el mundo. Molly deseó que fuera verdad. Así todavía tendría alguna posibilidad de estar siempre con él. Pero no era bueno desear lo que nunca podría tener.

Le habían gustado sus besos y la forma en que la había abrazado. Le había gustado sentir sus manos sobre su cuerpo. Incluso cuando le había tocado el pecho, se había sentido increíblemente excitada. Molly levantó la cabeza. Le había tocado el pecho. Por voluntad propia. ¿Qué quería decir eso exactamente?

—¿Por qué me tocaste el pecho? —dijo sin pensar. Las palabras parecieron hacer eco en el silencio de la habitación, y se ruborizó intensamente. Tuvo que carraspear antes de volver a hablar —. Quiero decir que... —se quedó sin voz. ¿Qué quería decir?

—Estoy esperando —dijo Dylan.

Sabía que la estaba mirando, podía sentir sus ojos fijos en ella. ¿Por qué habría hecho esa estúpida pregunta?

—Nada —dijo finalmente.

—No digas eso, la conversación comenzaba a ponerse interesante. ¿Por qué te toqué el pecho? Supongo que la respuesta más sencilla es porque deseaba hacerlo. Pensé que nos gustaría a los dos.

—¿Porque nos estábamos besando? —preguntó Molly con cautela.

—Sí.

Recordó cómo había sentido su erección. De modo que había estado excitado. ¿Quería eso decir que había deseado hacerle el amor? Era una idea sorprendente. Hacer el amor significaba estar desnudos juntos. No creía poder soportarlo. Con los nueve kilos demás y los puntos cicatrizándose todavía en su pecho, era imposible. A Dylan le desagradaría. Si fuera otra persona, alguien menos perfecto.

—¿En qué piensas? —preguntó.

—En que eres demasiado perfecto.

Dylan se echó a reír.

—Te afecta la falta de sueño. Disto tanto de ser perfecto, que

no sabría cómo empezar a serlo. Duérmete otra vez, Molly. A no ser que quieras que sigamos hablando de por qué te toqué el pecho.

Sabía que estaba bromeando, y era muy agradable. Molly hizo lo que le había dicho y apoyó la cabeza en su hombro para escuchar los latidos de su corazón. Lentos y fuertes. Aquello era lo que necesitaba en la vida, aquella fuerza.

Dylan la estrechó entre sus brazos y lo último que recordó fue el calor de su cuerpo que la rodeaba como una manta sensual y cálida.

Capítulo 10

LA SEGUNDA vez que Molly se despertó ya era de día. La luz del sol entraba por las ventanas. Se dio la vuelta y se dio cuenta de que estaba sola en la cama. La única indicación de que Dylan había estado allí eran la colcha y la almohada arrugadas y la sensación cálida que conservaba en el estómago.

Seguía teniendo miedo, pensó, estudiando sus emociones. Seguía deseando desesperadamente que su médico la llamara y le dijera que estaba todo bien. Pero también se sentía más fuerte que antes. Contárselo todo a Dylan había fortalecido su determinación de enfrentarse a su situación, fuera la que fuera.

Lo oyó moverse en la otra habitación. Supuso que debía levantarse y empezar un nuevo día, pero no quería. Le gustaba estar allí tumbada, recordando cómo se había sentido entre sus brazos. No recordaba haberse quedado dormida así antes. Grant y ella habían pasado muy pocas noches juntos, y cuando lo habían hecho, no se habían quedado dormidos abrazados. Además, se sentía a salvo, seguramente por primera vez en quince días. No importaba que Dylan no pudiera protegerla de verdad de los resultados del laboratorio, aunque en el fondo, quería creer que así era. Sonrió.

—Pareces contenta esta mañana.

Molly levantó la vista y vio a Dylan de pie en el umbral. Tenía una taza de café en cada mano. Molly se apartó el pelo de la cara y, de repente, se sintió un poco nerviosa por su aspecto desordenado. Se incorporó hasta apoyar la espalda en el cabecero de la cama.

—Buenos días —le dijo—. ¿Qué tal has dormido?

—Estupendamente, ¿y tú?

—También.

Entró en la habitación y se sentó en el colchón. Era evidente que se había duchado y afeitado, tenía la piel suave y el pelo húmedo. Llevaba un polo de mangas cortas y unos vaqueros. Como siempre, estaba demasiado atractivo para su tranquilidad.

—Antes de que digas nada —empezó a decir, entregándole la taza—, no he hecho esto por lo que me contaste anoche. Normalmente suelo ser el primero en levantarme después de pasar la noche en la cama con una mujer y soy yo el que preparo el café.

—Bueno, nosotros no... —Molly no sabía cómo tomarse sus palabras.

—Eso son sólo detalles técnicos. Hemos dormido juntos y eso es lo que importa.

—Oye, si así consigo que me traigas el café a la cama, no voy a protestar.

—Tal vez lo hagas cuando lo pruebes.

Molly tomó un sorbo con cautela, pero el líquido humeante estaba delicioso.

—No te preocupes, me gusta —su mirada era directa, sus gestos espontáneos, sin embargo, algo había cambiado entre ellos. Lo notaba—. Ya no va a ser lo mismo que antes, ¿verdad?

—No, es imposible. Sé demasiado. Supongo que ahora tendrás que matarme.

Su broma la animó.

—Bueno, creo que eres de confianza.

—Eso espero, Molly —le dijo, y se puso serio—. Para mí es importante. Quiero que confíes en mí y que cuentes conmigo. Quiero... —se encogió de hombros—. No sé lo que quiero. Arreglar la situación, supongo, pero no puedo. Creo que eres muy valiente.

Aquello le hizo reír.

—No, no lo soy. Estoy muerta de miedo casi todo el tiempo. Me siento como si estuviera en una montaña rusa emocional. A veces estoy fuerte y sé que todo va a salir bien, otras, pienso que voy a morir. Pienso en lo que haré si me dicen que el bulto es maligno. Me preocupa perder el pecho, y luego me digo que soy tonta por preocuparme por algo tan insignificante.

—Molly, no —Dylan dejó su taza en la mesilla de noche y sostuvo su mano entre las suyas—. Puedes sentirte como quieras, nada está mal o bien. Estás sometida a mucha presión, así que tómate un respiro. Si al final te operan para quitarte el pecho, lamentarás la pérdida, pero eso no te hará distinta.

Molly quería creerlo. Sabía que hablaba con sinceridad, pero pertenecían a mundos distintos.

—¿Cómo se siente uno siendo físicamente perfecto? —le preguntó.

—¿Cómo?

—Mírate, eres como mi hermana. Alto, atractivo, atlético. ¿Cómo es?

—¿Por qué me preguntas eso? —Dylan apretó los labios—. Eres una mujer muy atractiva.

—No soy perfecta.

—Yo tampoco.

—Digamos que estás a un paso de la meta y yo ni siquiera sé dónde está la pista de carreras.

—Basta —le ordenó—. Eres vital, inteligente, divertida y bonita. Cualquier hombre se sentiría afortunado de tenerte.

—Grant consiguió no sentirse especialmente dichoso.

—Grant es un cretino y no tiene ni voz ni voto.

—Eres un cielo —le dijo, y se concentró en sentir cómo la

acariciaba.

Sus dedos eran cálidos y fuertes en su mano. Aunque sabía que sólo pretendía consolarla, reaccionó de forma muy física al contacto. La excitación era una buena manera de empezar el día. Dylan se inclinó hacia ella.

—¿Lista para un cambio de tema?

—Claro.

—¿Qué te gustaría hacer hoy? —Molly se quedó pensativa y luego se echó a reír—. ¿Por qué me siento como si fuera a pasarme el día de tiendas? —preguntó Dylan.

—No te preocupes —lo tranquilizó—. No se trata de eso. Me reía por dos razones. La primera es que han pasado ¿cuántos?, ¿diez días? Creía que íbamos a seguir viajando.

—¿Quieres que nos vayamos?

—No, me gusta este lugar. Pero me parece divertido que sólo estemos a ciento cincuenta kilómetros de Los Ángeles. Si hubiera sabido que era tan fácil huir, lo habría hecho antes.

—¿Cuál es la segunda razón?

—El lugar al que me gustaría ir. No pongas esa cara. Lo sugiero porque es hermoso, no porque sea mórbido.

—¿A dónde quieres ir?

—A la misión de Santa Bárbara.

Dylan le tocó la punta de la nariz.

—Tus deseos son órdenes.

—¿De verdad? Entonces, quiero ir a París a almorzar.

—Hubo un tiempo en que la gente podía recorrer California a pie de un extremo a otro parando en las misiones —dijo Molly cuando salieron de la iglesia principal—. Se supone que debían estar a un día de caballo una de otra. ¿O era a un día andando? No, entonces estarían demasiado juntas. Pero bueno, había muchas.

Molly se detuvo en la escalera y contempló el viejo edificio. Dylan siguió su mirada. La estructura de piedra y madera se había conservado durante más de cien años.

—Es hermoso —le dijo—. Como habías prometido.

—Pues si te gusta el santuario, espera a ver los jardines del cementerio. Son preciosos.

Dylan dio la vuelta a la iglesia detrás de ella. A su alrededor había viejos árboles con nudos y arbustos recortados artísticamente. El cementerio estaba dividido en secciones separadas por muros de piedra, creando espacios pequeños para grandes familias. Por todas partes había flores.

Molly lo condujo hacia una sección más antigua. Había estatuas de pequeños ángeles, tumbas largas, una profusión de flores y bancos en varios puntos. Molly se sentó sobre un asiento de piedra y

dio unas palmaditas en el espacio vacío que quedaba a su lado.

—Me gusta esta parte —le dijo—. Hay tumbas de principios del siglo diecinueve. Creo que algunas de las primeras familias españolas están enterradas aquí —lo miró y sonrió—. ¿Qué te parece?

—Nunca había estado en la misión.

—Ya lo había imaginado. ¿Te disgusta?

—En absoluto.

Dylan se sentó junto a ella. La tarde era cálida y los dos iban en manga corta. La camiseta de Molly no servía para ocultar sus curvas. Dylan se sorprendió tratando de no fijarse en sus senos, como si ya no estuviera bien que los mirara. Aquello lo confundía. Eran del mismo tamaño y forma que el día anterior, pero entonces le había parecido bien pensar en tocarlos y saborearlos. Seguía deseándola, y la imaginaba en su cama, desnuda, con los cabellos extendidos sobre la almohada, las piernas abiertas para él. Seguramente, podían arrestarlo por sus pensamientos.

Trató de apartar aquellas imágenes de su mente, pero Molly no lo ayudaba. Se había recostado en el banco con los codos en el respaldo, sacando el pecho hacia fuera. Dylan pensó en la intervención que había tenido, seguramente tendría un par de puntos o un cardenal donde le habían hecho la incisión. ¿Significaría eso que sus senos eran menos sensibles? Siempre que evitara esa parte de su seno izquierdo, ¿no sentiría placer si la acariciaba?

«Olvídalo», se dijo. Miró a su alrededor, confiando en poder encontrar algo de qué hablar, pero lo único que veía eran plantas y tumbas. A pesar de que hacía un día espléndido, estaban a mitad de semana, a mediodía, y eran los únicos turistas a la vista.

—Qué tranquilo está esto —dijo finalmente, consciente de que era un débil intento por mantener la conversación.

—Lo sé, por eso me gusta. Intento pasar por aquí siempre que vengo a Santa Bárbara. Esa es mi favorita —dijo señalando una hilera de tumbas colocadas frente a una estatua de Jesús—. Es una familia y siguen juntos. Cinco generaciones. Si fuera mi familia — continuó—, me tendrían reservado un espacio al otro lado de la iglesia.

Dylan se volvió para mirarla. Lo había dicho en tono casual, como si no tuviera importancia, pero detectó el dolor en su voz.

—¿De qué estás hablando?

Echó la cabeza hacia atrás y contempló el cielo.

—Han pasado muchos años, así que entiendo por qué no recuerdas cómo eran las cosas en mi casa, pero no éramos una familia unida. Janet y yo nos peleábamos constantemente, mi madre parecía ver mal todo lo que hacía y mi padre... —suspiró—. Estaba de cuerpo presente, pero emocionalmente había desaparecido hacía tiempo.

—Sé que Janet y tú os peleabais —dijo al recordar cómo Janet

no dejaba de quejarse de Molly y lo molesto que eso era—. Pero según dicen, todos los hermanos pelean.

—Tardé en darme cuenta de dónde estaba el fallo —dijo Molly —. Pensé que las cosas mejorarían cuando Janet se hubiera ido a la universidad, pero no fue así. Seguía sintiéndome como una extraña. Un día, cuando Janet estaba en casa durante las vacaciones, me invitó a almorzar. Me dijo que finalmente se había dado cuenta de que mi madre incitaba las discusiones entre nosotras, como si no quisiera que nos lleváramos bien. No lo había pensado, pero en cuanto lo dijo, supe que tenía razón. El problema era averiguar por qué.

Dylan le pasó el brazo por los hombros y dejó la mano sobre el cuello de Molly. Su piel era suave y cálida.

—¿Qué hiciste? —le preguntó.

—Hurgué, tratando de encontrar algún papel viejo. Pero no encontré nada interesante. Un día, cuando mi madre me regañaba por no haber cosido bien el dobladillo de un vestido, perdí la cabeza. Empecé a gritar preguntándole por qué me odiaba tanto. Creo que en realidad quería que me dijera que me amaba.

—Lo siento, Molly —Dylan no tuvo necesidad de preguntarle si las noticias habían sido buenas.

—No lo sientas. Me alegré de saber la verdad. Al parecer, después de que Janet naciera, mi padre se absorbió mucho en su trabajo. Apenas estaba en casa. Mi madre se sentía sola y desgraciada y tuvo una aventura. No duró mucho, pero yo estoy viva y coleando, como recordatorio de lo ocurrido. No quiso decirme nada sobre mi padre biológico, y realmente no me importa. El hombre que me crió tampoco prestó atención a Janet, así que no lo culpo por ignorarme. Mi madre es harina de otro costal.

A Dylan le costó asimilar lo que le estaba diciendo.

—¿Janet es sólo tu hermanastra?

—Exacto. Se lo conté a Janet y me dijo que había imaginado una cosa así. No nos importa. Desde que fui a la universidad, no he tenido mucho contacto con mi madre. He intentado hacer las paces con ella un par de veces, pero no le interesa. Me dijo que se alegraba de que hubiera salido de su vida. Por fin.

Dylan pensó en todo lo que él había soportado de joven: ir a casa y encontrar a sus padres borrachos, el dolor de las palizas cuando estaban sobrios. Pero siempre había sido capaz de echarle la culpa al alcohol. Había alimentado la fantasía de que si dejaban de beber, todo saldría bien. Molly ni siquiera había tenido eso, sólo la cruda realidad de que su madre lamentaba haberla tenido. Se inclinó hacia ella, pero Molly levantó las manos para detenerlo.

—No te preocupes, estoy bien.

—¿Y por qué no me lo creo? —dijo levantando las cejas.

—No lo sé, pero es cierto —sus ojos castaños se empañaron un poco—. De acuerdo, reconozco que habría preferido llevarme bien con mi madre, pero al menos sé por qué no pudo ser así. Te sorprendería saber lo mucho que ayuda eso. Ahora mi pasado tiene sentido. Janet y yo estamos muy compenetradas y eso significa mucho para mí.

Era algo, pensó Dylan, pero quería que Molly tuviera mucho más. Quería que mucha gente se preocupara por ella. Tenía gracia pensar en cuántas cosas tenía en común con ella: la independencia, no saber si creía en el amor...

—Si vas a quedarte ahí compadeciéndote de mí, voy a tener que darte un puñetazo en el estómago —dijo con expresión fiera.

Dylan sonrió.

—No empieces algo que no puedas terminar. Si peleamos, te ganaré.

—Te equivocas.

—¿Ah, sí? Ya me dirás por qué. Soy más fuerte de lo que tú serías nunca. Sólo por ser hombre.

—Tú lo has dicho. Eres un hombre, no puedes pegarme.

Dylan abrió la boca, luego la cerró. Molly batió sus pestañas.

—Me encanta cuando gano.

—Eso no ha sido más que un truco barato. Habría encontrado la manera de ganarte.

Molly se apoyó en él y lo rodeó con sus brazos. El la estrechó. Era tan bueno abrazarla. El deseo, nunca lejos de la superficie, volvió a la vida. Afortunadamente, Molly pareció no darse cuenta.

—Gracias —le dijo—, por todo esto. Por venir conmigo, por ser un buen amigo, por hacerme reír y por preocuparte por mí.

Dylan se quedó mirándola. Estaban tan juntos que podía besarla. Sólo que no lo hizo, porque... demonios, no sabía por qué. Tal vez porque sabía que Molly no podría aceptar sólo eso. Querría explicaciones y argumentos que la convencieran que no se trataba de piedad. ¿Acaso un hombre no podía desear a una mujer sólo porque la deseaba?

—Me importas —le dijo.

—Habría vendido mi alma por oír esas palabras hace diez años —apoyó la frente sobre su pecho—. Estaba tan enamorada de ti. Me hace gracia recordar lo convencida que estaba de que nunca desearía a ningún otro hombre.

—Claro que no.

—¿Qué? —Molly lo miró.

—Oye —bromeó—, soy yo. ¿Quién iba a ser sino el hombre de tus sueños?

Molly lo apartó a un lado y se sentó derecha.

—Menudo ego.

—Sólo estoy siendo sincero.

Se volvió del otro lado, cruzando las piernas y los brazos sobre el pecho. Era adorable.

—Si hubiera sabido cómo eras en realidad, no habría perdido el tiempo soñando contigo.

—Claro que sí.

—¿Vas a decir siempre la última palabra?

— Seguramente.

Molly se echó a reír. A Dylan siempre le había gustado aquel sonido, pero era más importante para él desde que sabía qué ocupaba su mente cuando estaba callada.

—Me alegro de que Janet y tú por fin os hicierais amigas —le dijo.

—Yo también. Se ha portado maravillosamente estas últimas semanas. No habría podido sobrevivir sin su ayuda —entrelazó los dedos—. Tú has progresado tanto, Dylan. Tuviste una infancia conflictiva y te has convertido en un hombre de provecho. Estoy muy impresionada.

—Gracias. En parte ha sido el trabajo duro, pero también estar en el sitio apropiado en el momento apropiado.

—Es más que eso. No has tenido miedo.

Dylan presintió que estaban en terreno poco seguro, aunque no sabía decir por qué.

—Todo el mundo tiene miedo alguna vez.

—Lo sé, pero yo he vivido la vida dominada por el miedo. Ahora lo veo. Si me pasa algo, algo malo, lo que más lamentaré es lo que no llegué a hacer. He llevado una vida tan insignificante. Es como si hubiera hecho un trato con Dios y le hubiera prometido no pedir demasiado. A cambio, no me ocurriría nada malo. No habría mucha alegría, pero tampoco mucho dolor.

—Y ahora piensas que, en realidad, no fue un buen trato.

—Exactamente. Me enfrento a un dolor potencial y no he hecho nada conmigo misma. No ha habido alegría. He querido y pensado hacer tantas cosas, pero al final no he hecho ninguna de ellas. Ahora me miro y pienso que es una tragedia —sus ojos se llenaron de lágrimas, pero las contuvo. Dylan se sintió frustrado. Había más de una situación que no podía arreglar. Sólo podía quedarse de brazos cruzados mientras Molly luchaba con su dolor—. Tal vez ésa sea mi lección —continuó—. Que tengo que aprovechar todo el tiempo que tengo y emplear cada hora de la mejor manera posible porque el tiempo es precioso.

Dylan no pudo evitarlo, la rodeó con sus brazos y la estrechó. Molly aceptó de buena gana el abrazo. Luego Dylan empezó a mecerla, consolándolos a los dos con el movimiento.

—Lo siento —susurró Molly—. No pretendía disgustarte.

—No lo has hecho. Confieso que no ha sido una conversación corriente. No suelo hablar del sentido de la vida.

Dylan no quería seguir con aquella conversación, pero sabía que necesitaba hablar del tema. Y si no lo hacía con él, ¿con quién? En aquellos momentos, él era todo su mundo. En otras circunstancias, aquella idea le habría impulsado a salir corriendo, pero en lugar de eso, deseaba permanecer a su lado, consolarla.

—Eres muy valiente —murmuró junto a su pelo.

—Deja de decir eso. Sólo estoy tratando de reconciliarme con las circunstancias que no puedo controlar. Hay una diferencia.

—No, Molly, eres increíble. Deja de contradecirme y acepta el halago, ¿de acuerdo?

—Me encanta cuando pones voz de duro. Tengo hambre. ¿Por qué no nos saltamos las convenciones y nos tomamos un helado para almorzar?

—Eso está hecho.

Dylan estaba tan inquieto como un león en una jaula. Daba vueltas por la pequeña casa de un lado a otro, deteniéndose sólo para contemplar la oscuridad antes de retomar la marcha. Molly estaba acurrucada en una esquina del sofá y lo miraba. A pesar de que llevaba una hora tratando de animarse, no podía desterrar el sentimiento de tristeza que la invadía. Tal vez porque no había forma de eludir la verdad. Dylan quería irse.

La noche anterior se había tomado la noticia muy bien, y aquella mañana también. Después de un almuerzo decadente de helado, habían ido al cine y luego de compras. Había estado simpático y atento, dándole la mano durante la película y preguntándole si estaba a gusto en el restaurante. Molly se había refugiado en sus atenciones, pero en aquellos momentos se preguntaba si no había sido todo una fachada.

No le sorprendía. Habían pasado más de dos semanas y Molly todavía no había asumido que tenía un bulto en el pecho, era imposible que él lo hubiese aceptado en veinticuatro horas. A pesar de los últimos diez días, eran relativamente extraños. No le debía nada, se equivocaba al esperar que se quedara a su lado. El verdadero acto de amabilidad sería dejarlo marchar.

Lo miró cuando pasaba a su lado. Dylan no la miró, de hecho parecía no darse cuenta de que estaba en la habitación. Había tenido la esperanza... Movió la cabeza. Ninguna de sus esperanzas habían sido realistas. Ya era una adulta. Había estado sola antes y volvería a estarlo. Dylan le había hecho pasar diez días maravillosos y eso era más de lo que esperaba.

—Entiendo lo que te preocupa —le dijo.

Dylan se quedó de pie junto a la ventana, de espaldas a ella.

—Lo dudo.

—Te sientes frustrado por la situación. Quieres irte, pero te sientes responsable de mí. No te preocupes. No me pasará nada.

Dylan se volvió para mirarla. Tenía el rostro tenso, los labios apretados y su mirada era indescifrable.

—¿De qué demonios estás hablando?

No se acobardó al oír su tono áspero. Sabía que estaba más enfadado consigo mismo que con ella.

—Ya me has dado mucho más de lo que podía esperar. Estos días han sido una aventura maravillosa, siempre los recordaré. No sólo porque me ayudaste en los momentos difíciles, sino porque me lo he pasado bien conociéndote.

—Estás completamente equivocada —Dylan llegó hasta donde estaba en tres largas zancadas, luego se sentó en el sofá junto a ella. Después de agarrarla de las manos, la miró a los ojos—. Te crees muy lista y lo eres en algunas cosas, pero esta vez estás metiendo la pata —le acarició la mejilla con el dedo—. No quiero irme, quiero quedarme.

Lo que decía no tenía sentido.

—Entonces, quédate. ¿Cuál es el problema?

—Quiero estar contigo y me estoy volviendo loco —dijo atropelladamente.

—Ya estás conmigo.

—Quiero hacerte el amor.

Molly se quedó boquiabierta. También sintió cómo sus pulmones se quedaban sin aire. ¿Que la deseaba? Consiguió inspirar y cerrar la boca, pero nada más. Quería creerlo, desesperadamente. Había pensado en ellos dos juntos, era una de sus fantasías favoritas, pero la realidad era muy diferente. Él era Dylan Black, y ella una mujer bajita y de tez pálida. Tenía nueve kilos de más y había averiguado que no podía disfrutar del acto sexual mientras trataba de meter la tripa. ¿Y qué pasaba con su pecho? Tenía una incisión con puntos. La forma del pecho era distinta en ese lado y tenía un cardenal de aspecto terrible. No podía desearla de verdad, sólo podía sentir pena por ella...

—¡Maldita sea! —gruñó, y la asió por los hombros—. Acepto la confusión. Puedes pestañear y decirme que es demasiado inesperado. Puedes abofetearme y recordarme que estoy quebrantando las reglas, que no estás interesada en un tipo como yo. Lo que quieras. Pero no dejaré que dudes de ti o del hecho de que te deseo.

—¿Cómo sabías lo que estaba pensando?

—Te conozco, Molly, mejor de lo que tú crees —Dylan frunció el ceño—. Y para que lo sepas, quiero hacer el amor contigo, no sólo liberarme físicamente. No te confundas en eso. Si no te interesa, dilo y

te dejaré en paz. Fingiremos que nunca ha tenido lugar esta conversación.

Estaba bromeando, ¿verdad? Pero Molly vio la incertidumbre en sus ojos, el miedo a que lo rechazara, y aún más, llamas de deseo y necesidad.

Lo creyó. Tal vez porque quería creerlo, pero no importaba, se había prometido no lamentarse de nada. Por razones que nunca comprendería, Dylan había cautivado su corazón como ningún otro hombre lo había hecho, incluido Grant. No podía negarle nada, y más importante, no podía negarse a sí misma aquella oportunidad… aquel milagro.

Le tocó el labio inferior con el dedo.

—Yo también te deseo —susurró.

Capítulo 11

Tuvo que apretar los dientes para no gritar. ¿De verdad había reconocido que lo deseaba? ¿Y si Dylan había estado bromeando y ella lo había tomado en serio...? Dylan se puso en pie y tiró de ella para levantarla.

—Me vuelves loco —le dijo.

—¿Cómo? ¿Qué? ¿Qué he dicho?

Lo siguió, pero sólo porque Dylan la arrastraba. Trató de no fijarse en que se dirigían a su habitación, a la cama de matrimonio en la que había estado durmiendo, hasta el día anterior, sola. Tal vez si dejaba la mente en blanco, no tendría que pensar en que iban a hacerlo y que tendría que desnudarse delante de él y... Cielos, aquello no podía estar pasando de verdad.

—Deja de dudar de ti misma —dijo cuando llegaron junto a la cama—. Casi puedo oír lo que piensas. ¿Por qué no te entra en la cabeza que voy en serio?

—Porque dices cosas tan maravillosas y lo malo siempre parece tener más sentido que lo bueno —Molly alzó la mano para detener sus comentarios—. Lo sé, lo sé, tengo que superarlo. No es como si no hubiera hecho esto antes. Quiero decir, que incluso tomo la píldora. Pero no tengo mucha experiencia. Créeme, Dylan. Muchas mujeres se sienten seguras de su atractivo, pero muchas otras estamos llenas de inseguridades.

—Tonterías.

Estaban a oscuras. Molly se dijo que debía relajarse, en la oscuridad sólo podría sentirla, no mirarla. Si mantenía las manos de Dylan lejos de algunas partes... La lámpara de la mesilla de noche se encendió. Molly parpadeó ante el súbito resplandor.

—Has encendido la luz —le dijo.

—Sí, quiero verte. ¿Te importa?

«¿Que si me importa?», pensó Molly.

—No, claro que no —mintió alegremente—. Me gusta hacerlo con la luz encendida.

—Y querrás que te crea —le dijo Dylan—. Pero gracias por fingir. Ven aquí.

Dylan estaba sentado al borde de la cama y Molly se dejó caer a su lado. Entonces Dylan los movió a los dos de forma que quedaron tumbados sobre el colchón, mirándose. Sólo estaban a centímetros de distancia.

Molly sabía que estaba temblando, y no era por la emoción. Ojalá no tuvieran que estar desnudos para tener sexo, así se sentiría mucho más cómoda.

—Eres preciosa —dijo Dylan, y le puso el dedo en la frente. Le acarició las cejas y luego bajó la mano para acariciarle la mejilla. El contacto era leve y le hacía cosquillas. Al pasar el dedo una y otra vez por su labio inferior, Molly abrió la boca y lo atrapó. Dylan rió entre dientes—. De modo que quieres jugar, ¿eh?

—En realidad, no. En alguna otra ocasión me gustaría reír y jugar en la cama, pero esta noche no. Tengo miedo. Quiero hacerlo, te deseo, pero si te rieras en seguida pensaría que te estás riendo de mí.

—Nunca haría eso. Nunca te haría daño.

—No lo harías a propósito —repuso Molly, que todavía no lo creía—. Pero esas cosas pasan.

El problema era que Dylan no comprendía cuánto poder tenía sobre ella. Pero sería mejor para los dos que siguiera sin saberlo. Dylan deslizó la mano debajo de su cabeza.

—El mundo no ha sido siempre bueno contigo, ¿verdad? No —añadió antes de que ella pudiera decir nada—. No siento pena por ti. En todo caso, admiro tu fuerza y tu carácter. Y sólo se te permite aceptar el cumplido educadamente.

—Cuántas reglas —dijo Molly—. Pensaba que era más simple.

—Hacer el amor es maravilloso —repuso Dylan—. Pero casi nunca es simple.

Antes de que Molly pudiera preguntarle qué quería decir, se inclinó sobre ella y la besó. Ya se habían besado antes y le había gustado mucho. Su boca hizo las mismas maravillas que recordaba, sus labios la acariciaron y su lengua la atormentó. Le gustaba cómo sabía, su textura y aroma. También la excitaba hasta límites insospechados. A pesar del miedo y los temblores, sintió los primeros síntomas de la excitación como una leve presión en su bajo vientre. Se sorprendió deseando acercarse a él para poder besarlo más profundamente. Adelantó una de sus piernas y Dylan la atrapó entre las suyas.

La mano que había en su pelo empezó a moverse, tirando de la goma con la que se había sujetado la trenza para luego pasarle los dedos por el pelo y soltárselo. Molly dejó que la necesidad la poseyera, y la pasión le dio valor. Le acarició el rostro. Su piel suave daba paso a la barba incipiente. Le gustaba el contraste y el sonido áspero de sus dedos al deslizarlos por su mentón. A Dylan debió de gustarle también, porque gimió y se adelantó hacia ella.

Molly le puso la mano en el hombro, fuerte y ancho. Podía sentir su calor, aun a través de la camiseta. Sin pensarlo, deslizó los dedos por su pecho y exploró aquellos músculos. Notó el pezón tenso y la forma en que Dylan se estremecía. Se apartó de ella y se quitó la camiseta. Luego volvió a tumbarse a su lado, desnudo de cintura para arriba.

Molly se quedó contemplando la amplitud de su pecho, su piel ligeramente bronceada y el vello rizado, que desde el pecho bajaba estrechándose cada vez más hasta la cintura. De repente, se alegró de estar con la luz encendida. Contemplar su tórax merecía la pena.

—Tócame —le dijo Dylan.

Al ver que vacilaba, Dylan le tomó la mano y se la llevó al pecho. En aquella ocasión, en lugar de la suave tela de algodón sintió el vello rizado y la piel suave. Movió la mano en círculos mientras lo palpaba, maravillándose de la tensión que se apoderaba de sus músculos a medida que recorría su pecho.

—No tienes ni idea de lo que me haces — murmuró, y luego bajó la cabeza para besarla.

En aquella ocasión, no hubo preliminares. La besó con la boca abierta, explorándola nada más entrar en contacto con ella. Enrolló la lengua con la suya y luego la movió adelante y atrás. Comenzaron una danza sensual que recreaba lo que sus cuerpos harían más tarde... cuando los dos estuvieran desnudos y Molly estuviera debajo de él.

Molly deslizó la mano a su espalda para acariciarlo y atraerlo más a ella. Recorrió su piel desde los hombros hasta la cintura. La curva tensa de su trasero la tentó, pero todavía no se sentía tan valiente para eso. Aunque había fantaseado a menudo con hacer el amor con él, la realidad superaba con creces la ficción.

Las manos de Dylan eran cálidas y seguras cuando la empujaron suavemente hasta dejarla tumbada boca arriba. Molly obedeció, ladeando la cabeza para poder seguir besándolo. Le gustaba cómo le pasaba las manos por los brazos. Luego le acarició el cuello, y aquella mano siguió bajando hacia su pecho. Molly se quedó inmóvil.

Dylan no pareció darse cuenta. Su beso no había cambiado, aunque ella había dejado de participar y había dejado las manos a los costados para cerrar los puños. El miedo, la vergüenza, la confusión se mezclaron. No podía hacerlo. Con él no. Nunca.

Se lo habría dicho si hubiera dejado de besarla, pero no lo hizo. Sus labios continuaron rozando los suyos y su lengua penetrando su boca. No la tenía inmovilizada, podía haberse apartado o haberlo empujado fácilmente, y casi lo hizo, excepto que... Lo deseaba. Eso no había cambiado.

Molly siguió debatiéndose entre el deseo y el miedo. Trató de concentrarse en lo que hacía, en el calor y la humedad que se intensificaban entre sus muslos. Se dijo que tendría que superar aquello alguna vez y que lo más fácil sería superarlo con Dylan. Entonces, decidió que no le haría daño devolverle el beso. Después de unos momentos, se dio cuenta de que la mano de Dylan seguían deslizándose arriba y abajo entre sus senos, acercándose pero sin llegar a tocarlos. La parte externa de su seno izquierdo estaba todavía

un poco dolorido por la intervención, pero el pezón estaba en perfectas condiciones. Como el derecho, estaba contraído, casi de forma incómoda. El suave algodón de su sujetador de deporte le irritaba la piel. Se movió para intentar calmarlo pero aquello no sirvió de nada.

Deseaba... Deseaba que Dylan la tocara allí. Se quedó sin aliento al comprender que sus senos estaban llenos y anhelantes de deseo. Había abierto los puños y en aquellos momentos se agarraba con fuerza a la colcha. Había separado un poco las piernas y volvía a notar el calor entre ellas.

Molly le pasó el brazo por los hombros y le acarició el pelo. Cuando Dylan cortó el beso y levantó la cabeza, ella gimió en señal de protesta y lo siguió. Una vez dentro otra vez de su boca, la exploró y saboreó. La excitación creció entre ellos. Aquello era lo que quería. Dylan, siempre Dylan.

Su mano continuó moviéndose por su pecho, desde el vientre hasta el cuello. Al bajar, deslizó los dedos un poco a un lado y le rodeó el seno derecho con la mano. Lenta, suavemente. Molly hundió los dedos en su pelo.

—Sí —susurró ella junto a sus labios, dándoles a los dos permiso para disfrutar de aquella parte de su cuerpo.

Dylan acarició cada centímetro de sus curvas, descubriendo las posibilidades, enseñándoles a los dos qué le hacía estremecerse y suspirar, y cuando finalmente atormentó el pezón contraído, Molly se aferró a él y gimió su nombre.

Sin previo aviso, Dylan se separó. Antes de que ella pudiera preguntarle qué pasaba, estaba tirando de su camiseta y sacándosela por la cabeza para arrojarla al suelo. Que ella lo viera desnudo de cintura para arriba era una cosa, pero que él la viera a ella, otra muy distinta.

—No es una buena idea —dijo, cruzándose de brazos sobre el sujetador de deporte que impedía que sus senos se movieran demasiado.

Vaya momento para no llevar puesto su modelo de encaje y satén. Dylan la miró a los ojos.

—¿Por qué?

—No quiero quitarme el sujetador. El corte que me hicieron todavía no ha cicatrizado y no quiero que lo veas —contestó Molly, sintiendo las mejillas ardiendo, y no precisamente de pasión.

—Porque pensaré que es horrible.

Dylan no le estaba haciendo una pregunta, pero Molly asintió de todas formas. Tampoco importaba, el ambiente se había vuelto tenso.

—No ha sido una buena idea —murmuró—. Olvídalo —le dijo,

y empezó a levantarse de la cama.

—No —la detuvo Dylan, asiéndola del brazo—. No me dejes así. ¿De verdad crees que me importa que tengas una incisión y unos puntos? No quiero mirar porque tenga una fascinación mórbida por tu herida. Quiero verte desnuda porque la sola idea me excita mucho. Llevo imaginando mucho tiempo que hacíamos esto. Quiero acariciar y saborear todo tu cuerpo.

Realmente tenía facilidad de palabra, y Molly pensó que tal vez el ambiente no estaba tan tenso como había creído.

—¿No podemos hacerlo aunque no me quite el sujetador?

—Claro. Pero preferiría que te lo quitaras.

—¿Por qué te importa tanto?

—A mí no, a ti.

Molly apretó los labios. De acuerdo, no necesitaba estudiar psicología para saber qué quería decirle. Si le permitía que la viera desnuda, con cicatriz y todo, le quitaría importancia a su pecho.

—No sabes lo que me pides.

—Lo sé. Nunca creerás que no vaya a rechazarte por tu aspecto hasta que no me pongas a prueba. Si hace falta, haré lo que me pidas, pero preferiría que te fiaras de mí. No te decepcionaré, Molly. Me importas demasiado como para herirte.

¿Cómo podía resistirse?, pensó con tristeza. ¿Por qué un hombre no podía ser un cretino insensible y hacerlo sin preocuparse por su psique o por sus senos? Pero no, tenía que ser atento y afectuoso. Qué horror.

Lo absurdo de sus protestas le hizo reír.

—Dylan, no tengo remedio.

Antes de poder cambiar de idea, Molly deslizó las manos por la espalda para soltarse el sujetador. Saco los tirantes por los brazos y volvió a caer sobre la cama, dejando la prenda suelta pero todavía en su sitio. No podía terminar de quitársela. Dylan tendría que hacerlo por sí mismo.

Cerró los ojos para no ver la expresión de desagrado en su cara y se preparó para lo inevitable. No ocurrió nada. Luego sintió un cálido aliento sobre su estómago, y un tirón. Comprendió que le estaba bajando la cremallera de los vaqueros. Genial. Tendría que preocuparse por meter la tripa. Y luego la gente hablaba de romanticismo.

Un calor húmedo se concentró por encima de su ombligo. Molly abrió de golpe los ojos y miró para ver qué estaba haciendo. Su garganta se cerró cuando la imagen combinada con el placer sensual le hicieron casi desmayarse. Utilizando la lengua, Dylan dibujaba círculos alrededor de su ombligo, luego la introdujo en el centro. Sus músculos se contrajeron y Molly soltó una carcajada.

—Me haces cosquillas.

Dylan sonrió junto a su vientre pero no se detuvo y subió hacia arriba, dejando un rastro húmedo a su paso. Molly se estremeció de placer y de expectación. Dylan siguió ascendiendo más y más hasta llegar a su pecho. Molly se puso tensa e intentó relajarse, pero no pudo. ¿Qué diría Dylan? ¿Fingiría interés?

Cambió de rumbo. Se movió un poco hacia su seno derecho y Molly se relajó. No le importaba que la tocara allí, aunque el sujetador era un estorbo. Podía introducirse por debajo o...

Dylan lamió la parte inferior de su pecho, apartando la prenda lo suficiente para tener acceso a su piel sensible. Su lengua cálida y húmeda se movía de un lado a otro, deslizándose poco a poco hacia el pezón. Molly casi gemía de placer. Elevó las caderas ligeramente, como si la acción lo animara a continuar. Quería que siguiera subiendo, que tomara el pezón en la boca y lo chupara. Quería...

Dylan le leyó los pensamientos, y Molly se deleitó sintiendo cómo rodeaba la punta contraída y la atraía al interior de su boca. Levantó los brazos para deslizar los dedos por su pelo, acariciándolo al tiempo que le sujetaba la cabeza para que no se moviera.

La humedad empapó sus braguitas. También quería que la tocara allí. Quería sentirlo dentro, llenándola, haciéndole sentirse plena y especial. Dylan besó el valle entre sus senos. Mientras ascendía por su seno izquierdo, sus dedos continuaron dándole los cuidados que había iniciado con la lengua en el seno derecho, acariciando su pezón tenso, deslizándolo entre el pulgar y el índice, haciéndole gemir y suplicar que no parara nunca.

Dylan besó la curva inferior de su pecho izquierdo y luego ascendió hacia el pezón. De nuevo lo introdujo en su boca y lo lamió. El placer se dobló mientras la lengua y los dedos trabajaban de forma acompasada. Incapaz de soportarlo, Molly dejó caer los brazos a los lados y los dedos se enredaron en la tela del sujetador. El sujetador estaba sobre la cama y no sobre su pecho. Molly lo agarró de los hombros.

—¿Dylan?

Dylan levantó la cabeza y la miró a la cara. Ni por un instante bajó la mirada a su seno izquierdo ni a su herida.

—No intentes decirme que no te gusta, tu cuerpo te delata.

Por sorprendente que pareciera, todavía podía hacerle sonreír.

—No me atrevería a decirte eso. No es más que...

—¿Qué?

—Mira —susurró—. Adelante, mira. Pero es horrible.

—Ya lo he visto y no lo es.

—¿Ya lo has visto? —Molly lo miró fijamente.

—Sí —se encogió de hombros y se incorporó hasta arrodillarse

a su lado—. Cuando volviste a echarte sobre la cama el sujetador se subió y pude ver la herida.

—¿La has visto y todavía quieres tocarme?

Dylan movió la cabeza.

—Y yo que pensaba que eras tan inteligente —acto seguido, se bajó la cremallera de los pantalones, la abrió y metió la mano para sacar su erección—. Quiero hacer algo más que tocarte, Molly. Quiero hacer el amor contigo —su expresión se volvió fiera—. Y no pienses ni por un momento que va a ser otra cosa. Tú y yo estamos haciendo el amor.

Era hermoso. Molly lo tocó y acarició toda su longitud. Él se movió en su mano. Estaba excitado, realmente excitado. Tenía la prueba.

—Ya basta —le dijo, echándose hacia atrás—. Empezarás algo que todavía no quiero terminar.

Se sentó en el borde de la cama y se quitó las botas y los calcetines. Luego se bajó los pantalones y los calzoncillos. Cuando se quedó completamente desnudo, le quitó a Molly el resto de la ropa y se acomodó junto a ella.

—¿Dónde estábamos? —preguntó.

Molly lo rodeó con fuerza con los brazos.

—¿Cómo has hecho eso? Me has hecho sentirme muy bien. No sólo por cómo me tocabas, si no por cómo me has hecho sentirme conmigo misma.

—Te deseo, Molly. No estoy haciendo nada especial.

Si Dylan supiera la verdad. Desearla era el regalo más preciado que podría haberle hecho nunca. Al margen de lo que ocurriera después, recordaría aquello el resto de su vida.

Dylan la besó y ella lo recibió con la boca abierta y el cuerpo dispuesto para él. Cuando deslizó la mano entre sus senos se volvió hacia él, dándole espacio, deseando que la acariciara allí. Sabía que tendría cuidado en la zona de la herida. Había visto los puntos y la parte amoratada. Era un hombre afectuoso y sensible, no sabía qué había hecho para merecerlo.

Dylan abrazaba a Molly con instinto protector. Aunque se alegraba de haberla convencido por fin de que la deseaba de verdad, quitarse la ropa había sido una ocurrencia muy estúpida. Ya estaba listo para poseerla, para colocarse entre sus muslos y entrar en el paraíso. Pensaba hacerlo, pero todavía no. No hasta estar seguro de que Molly había tenido su placer y estaba completamente dispuesta para su penetración.

Se colocó sobre ella y empezó a deslizar besos por su cuello y su pecho. Se limitó a acariciar la parte interna de su seno izquierdo, teniendo cuidado de no rozar la herida. No había sabido qué esperar,

pero desde luego no era desagradable. Había una pequeña línea roja donde le habían hecho la incisión, y la piel estaba amoratada a su alrededor. La forma del pecho había cambiado un poco, pero no lo había visto antes de la operación, así que no podía estar seguro. No le importaba. Estaba preciosa.

Se movió hasta arrodillarse entre sus piernas, y luego continuó besándola, bajando por su cuerpo. Era suave y dulce. Tanto su sabor como su aroma lo atraían. Colocó las manos en sus caderas y le gustó sentir la redondez de su cuerpo. Molly era todo curvas femeninas, no como sus anteriores amantes, y le gustaba la diferencia.

Llegó a su ombligo. Ya había probado su dulzura y le había gustado, así que introdujo de nuevo la lengua allí. Molly se estremeció. Dylan sonrió y volvió a hacerlo. Al retorcerse, sus senos se movieron y rodeó con su mano el izquierdo para que no se hiciera daño. El seno derecho se movía de un lado a otro, y a Dylan le encantaba mirarlo.

Deslizó la lengua más abajo, lamiendo la piel suave por encima del triángulo de vello protector que escondía sus secretos femeninos. Podía sentir su calor allí. Quería darse prisa, acariciarla y descubrir su sabor, sentir lo húmeda que estaba. Sólo la idea lo excitó aún más. Todo su cuerpo vibraba de deseo.

—Dylan —dijo Molly en un susurro.

Dylan le separó los muslos, luego se inclinó y lamió su lugar más secreto. Las piernas se tensaron y arqueó la espalda. Molly gimió y movió la cabeza de un lado a otro. Sabía tan dulce como había imaginado. Estaba ardiente y resbaladiza.

La exploró y rápidamente encontró los lugares que le hacían querer más. Atormentó su pequeña protuberancia prácticamente oculta. La acarició de lado a lado y alrededor, haciendo que se inflamara y saliera más a la superficie. Dylan escuchó la respiración de Molly, sintió su tensión y prosiguió de manera acorde. Quería que fuera especial para ella, no sólo el orgasmo, sino todo el acto. Quería que recordara aquella noche para siempre.

Se movió más deprisa, y Molly arqueó las caderas, indicándole que cada vez estaba más cerca. Lentamente, deslizó un dedo en su interior.

Al instante sus músculos se cerraron alrededor. Empezó a moverlo, preparándola para lo que en pocos minutos estarían haciendo. Trató de no pensar en penetrarla para no perder el control.

A medida que su respiración se aceleraba, Dylan la lamió con más suavidad y más rápidamente, urgiéndola a que siguiera, exigiéndole en silencio que le entregara todo.

—Dylan —gimió—, no puedo creer lo que me estás haciendo.

Dylan se debatía entre seguir amándola así para siempre y

desear desesperadamente que encontrara su liberación. Cerró los labios sobre la pequeña protuberancia y la lamió con suavidad. Molly se quedó inmóvil, jadeó y luego pareció estallar.

Pronunció su nombre al tiempo que su cuerpo se convulsionaba alrededor de él. Los músculos de su interior se contrajeron una y otra vez y abrió las piernas. Dylan continuó acariciándola cada vez más suavemente hasta que apenas la rozaba y ella experimentó los últimos estremecimientos. Entonces se tumbó a su lado y la abrazó.

Las lágrimas empezaron a caer lentamente, luego se deslizaron cada vez con más rapidez hasta que empezó a sollozar. No le sorprendió. Después de la tensión que había vivido, necesitaba una liberación emocional tanto como física.

—Lo siento —le dijo con voz ahogada—. No sé qué me pasa.

—No pasa nada, sólo estás reaccionando. No me molesta, así que desahógate todo lo que quieras.

—No es más que...

Otro sollozo surgió de su garganta. Se aferró a sus brazos y enterró la cabeza en su pecho. Las lágrimas se deslizaban cálidas y húmedas por su piel desnuda, y Dylan podía percibir el aroma de sus cuerpos y de su sexo. Molly se sorbió las lágrimas. Estaba bastante segura de que su llanto había terminado, pero ¿cómo iba a mirar a Dylan a la cara? Le había regalado la experiencia más maravillosa de su vida y ella le había correspondido echándose a llorar.

—Seguramente creerás que estoy loca — murmuró junto a su pecho.

—No, creo que estás estupenda —lentamente, Molly levantó la cabeza y lo miró. Dylan le sonrió—. Eh, ¿estás bien?

No, no estaba loca. Y si el objeto largo y duro que estaba presionándole el estómago era alguna indicación, Dylan todavía la deseaba.

—Yo sí, ¿y tú?

La sonrisa de Dylan se intensificó.

—Estaba pensando que soy un hacha en la cama.

—En eso tienes razón —rió Molly—. Estaré encantada de declararlo por escrito.

—Caramba, gracias.

—Gracias a ti —le dijo, y su sonrisa se disipó—. Por todo. La verdad es que me siento mejor.

—Me alegro.

Molly continuó mirándolo. Estaban haciendo el amor, como había dicho Dylan, y era cierto. Era más que sexo, y eso le hacía sentirse especial. Pero le tocaba a ella hacerle disfrutar. Se tumbó sobre la cama y lo instó a que la siguiera.

—Ven —susurró—. Entra dentro de mí.

De nuevo, Dylan se arrodilló entre sus piernas. Molly estaba más que preparada para él, necesitaba sentirlo en su interior. Todavía experimentaba el placer de la liberación y quería que él también lo sintiera.

La penetró lentamente, llenándola hasta que la presión empezó a crecer y Molly supo que sólo era cuestión de tiempo que volviera a llegar al clímax. El rostro de Dylan se puso tenso y gimió. Allí estaban, perfectamente unidos.

—No creo que pueda contenerme mucho —dijo entre dientes. Empezó a moverse, penetrándola una y otra vez y la presión creció aún más.

—No necesito mucho tiempo.

Se movieron juntos y sintió la tensión en el cuerpo de Dylan a medida que se acercaba cada vez más al éxtasis. Molly lo siguió, llevada por el milagro que era aquella unión. En el último segundo posible, cuando su cuerpo se preparaba para llevarla otra vez al paraíso, abrió los ojos y lo sorprendió mirándola.

—Ahora —susurró.

Molly se dejó ir y sintió que él hacía lo mismo. Por primera vez en la vida, entendió el concepto de dos seres convertidos en uno.

Capítulo 12

Por segunda vez en dos días, Molly se despertó consciente de que había pasado la noche en los brazos de Dylan. Era, pensó todavía somnolienta, una forma maravillosa de empezar la mañana.

En aquella ocasión todavía estaba a su lado, dormido, tumbado boca arriba y con la cabeza apoyada en la almohada junto a la suya. Irradiaba tanto calor que, de estar en invierno, no habría necesitado manta eléctrica. Qué pensamiento tan bonito, se dijo, y se preguntó si se atrevía a fantasear sobre lo que sería despertarse cada mañana junto a Dylan.

Se puso de costado y lo miró, fijándose en su perfil marcado, la nariz recta y los labios firmes, y la barba incipiente que cubría su mentón y las mejillas. Sabía que no estaba destinado a ser suyo, nunca lo había sido. Debido a una serie de circunstancias que no podía explicar ni confiaba en que se repitieran, habían acabado allí, juntos. Era sólo por un corto periodo de tiempo, pero no importaba. Había sido tan amable con ella. Incluso antes de conocer sus secretos, había sido un buen amigo. No podía pedirle más.

Así que aquello le bastaría, aunque tardaría un poco en aceptarlo. Después de todo, era una mujer normal y odiaba tener que renunciar al mejor hombre que había conocido. Pero con tiempo lo vería todo con una nueva perspectiva y recordaría lo maravilloso que había sido todo.

Molly se estiró y notó un dolor placentero en varios músculos. Sonrió. Debía de ser la falta de práctica. La noche anterior había sido... indescriptible. Como si hubiesen descubierto una forma diferente de hacer el amor. Ya había estado con hombres antes. Bueno, sólo dos, pero no era virgen. Y aparte de las nociones básicas, lo que Dylan y ella habían hecho no se parecía casi en nada a las demás experiencias de su vida.

Había sido tan tierno. Y no sólo por la herida del pecho. La había tratado como si fuera alguien especial, como si su cuerpo fuera muy preciado, casi sagrado, y mereciera adoración. Todavía no podía creer que la hubiese... bueno, besado allí. Nadie lo había hecho antes. Había leído al respecto y le había parecido extraño, pero después de haberlo experimentado, reconocía su atractivo.

Habían vuelto a hacer el amor durante la noche. Después de dormitar durante un rato, se había despertado y lo había sorprendido acariciándola. En aquella ocasión no había luz y habían tenido que guiarse sólo por el tacto. Molly había disfrutado del misterio y los descubrimientos. Si los gemidos de placer, la respiración entrecortada de Dylan y la forma en que había pronunciado su nombre una y otra

vez servían de indicación, él también había disfrutado. Sonrió al recordarlo.

—Se ve que estás contenta por algo —dijo Dylan. Molly lo miró y vio que estaba despierto—. Buenos días, ¿qué tal has dormido?

—Estupendamente.

Dylan se movió para rodearla con un brazo y atraerla hacia él. Molly se acercó dócilmente. Suponía que debía sentirse avergonzada por todo, pero no lo estaba. Dylan la había conciliado consigo misma. Con él había aprendido que su cuerpo no dejaba de ser bonito y que las partes importantes funcionaban.

—Yo también —Dylan miró la hora en el reloj de la mesilla—. Parece que nos hemos quedado dormidos.

—¿Te sorprende?

—No —la besó en la frente—. Después de todo, me mantuviste despierto la mitad de la noche.

—¿Yo? ¿De qué estás hablando?

—No te hagas la inocente —bromeó—. No hacías más que abrazarme y acariciarme, sacándome del sueño profundo para saciar tus apetitos.

—Ese fuiste tú —protestó Molly, y se apartó lo suficiente como para empezar a hacerle cosquillas.

Dylan la agarró de las manos para detenerla. Ella se soltó y continuó el ataque.

—No quiero hacerte daño —la advirtió.

—Qué miedo —Molly continuó, en aquella ocasión yendo a por sus pies.

Dylan gritó y saltó de la cama.

—Esto no es necesario —dijo en tono firme.

—¿Desde cuándo pones tú las normas? —rió Molly.

—Siempre lo he hecho. Controlo perfectamente la situación.

La luz suave de la mañana se filtraba por las contraventanas. Dylan estaba tan hermoso allí de pie, con su cuerpo delgado atlético… Mientras lo miraba, vio cómo empezaba a excitarse.

—Sí, controlas la situación —dijo Molly—. No ocurre nada sin tu expreso consentimiento. Es bueno saberlo —Dylan bajó la vista.

—Maldita sea. Traicionado por mi propio cuerpo —declaró, y se abalanzó sobre ella.

Molly no lo había previsto. Trató de bajar por el lado opuesto de la cama, pero era demasiado tarde. Dylan la agarró por un tobillo y la arrastró de nuevo hacia él. Cuando logró someterla sobre la cama, le apartó suavemente el pelo de la cara y le sonrió.

—Me alegro de que estés así.

—¿A qué te refieres?

—Temía que te arrepintieras de lo de anoche. De que

fuéramos amantes.

Aquella palabra le hizo estremecerse. Amantes. Era bonito, implicaba que volverían a hacerlo, que la noche anterior sólo había sido el principio.

—No me arrepiento de nada —le dijo.

—Sabía que te había impresionado.

Tardó un segundo en ver el brillo jocoso en sus ojos, pero luego deslizó una mano hacia su virilidad y, al instante, su propio cuerpo volvió a la vida.

— ¡No! —dijo Dylan rápidamente, y se puso en pie. La tomó de la mano y tiró de ella hasta sentarla al borde de la cama—. Pienso hacerte el amor una y otra vez, pero quiero que finjamos que vamos a levantarnos y a empezar el nuevo día.

—Si insistes —rió Molly. Lo acarició una última vez, de forma lenta y sensual, haciendo que contuviera el aliento—. Podemos empezar duchándonos.

—Buena idea —repuso Dylan, y la condujo de la mano al pequeño cuarto de baño.

Cinco minutos después, estaban bajo el chorro de la ducha, enjabonándose el uno al otro. Mientras ella le frotaba el pecho, él le frotaba el suyo. Tuvo cuidado de no rozarla junto a la herida. Aun así, no hacían más que estorbarse.

—No podemos hacerlo así —dijo Molly, y rió—. Tú primero. Luego te enjabono yo a ti.

Molly se quedó quieta mientras Dylan le extendía la espuma, y se sorprendió cediendo a sus manos. Le gustaba sentirlas por su cuerpo, y Dylan parecía más interesado en lavar algunos puntos que otros. Sus senos recibieron una dosis adicional de atención, así como sus piernas. La tocó con suavidad entre los muslos, con cuidado de no hacerle daño. Cuando fue su turno, lo enjabonó lentamente, haciendo mucha espuma antes de extenderla por su cuerpo. El agua cálida de la ducha le caía por la espalda mientras se arrodillaba en la bañera para seguir con sus piernas. La prueba de su deseo sobresalía a nivel de los ojos y se preguntó cómo sería tomarlo en la boca. Sin pararse a pensarlo, lamió la punta y luego lo introdujo en su boca. Dylan maldijo con suavidad, luego se puso tenso.

—Molly, me estás matando.

Tuvo que dejarlo para hablar.

—Supongo que de una forma agradable.

—Muy agradable.

—Mm.

Continuó lo que estaba haciendo. Sabía a limpio y húmedo. Estaba tan excitado que notaba sus venas henchidas. Mientras lo chupaba, levantó las manos y suavemente le acarició la parte que

colgaba entre sus muslos. Dylan se estremeció.

—Me vas a hacer explotar —le dijo.

—Ésa era la idea —repuso Molly.

—Así no, esta vez no.

Dylan la levantó y ella sintió cómo el calor se extendía por su vientre. «Esta vez no», había dicho, implicando que habría más veces. La estrechó y la besó y, mientras el agua caía sobre ellos, deslizó las manos por su espalda. Su erección le presionaba en el vientre.

Dylan cerró el grifo de la ducha y tomó las toallas grandes que colgaban del toallero. Después de envolverla en una, se secó y la condujo a la cocina.

—¿Qué haces? —le preguntó mientras la colocaba sobre la mesa.

—Nada —dijo, y se colocó entre sus piernas.

Le rodeó el rostro con las manos y empezó a besarla otra vez. Estaban los dos desnudos, todavía húmedos de la ducha. Su lugar secreto de mujer también estaba húmedo, pero por otros motivos. No podía creer lo mucho que lo deseaba otra vez.

—¿Crees que te dejaré dolorida? —le preguntó, con la voz ronca de necesidad.

—No —Molly se colocó al borde de la mesa y se abrió aún más.

Dylan profundizó el beso. Sus manos se deslizaron por su espalda y Molly sintió su virilidad abriéndose camino, así que bajó la mano y lo condujo a su interior. El beso se intensificó y empezaron a moverse juntos. Molly sintió cómo la liberación se acercaba rápidamente.

A punto de llegar, se dio cuenta de que Dylan estaba manteniendo su torso ligeramente separado. En aquel momento tan físico, seguía plenamente consciente de su incisión y de no hacerle daño. Casi quería llorar de admiración, por lo especial que era y lo bien que le hacía sentir.

Siguió penetrándola, conduciéndolos a los dos a la cima del placer. Los músculos de Molly se tensaron de expectación. Dylan la sujetó de las caderas y la acercó más a él preparándose también para la consumación. Entonces lo supo. En el momento exacto en que se miraron a los ojos y contemplaron la explosión, comprendió que lo que pensaba que era la continuación de su enamoramiento de adolescente era mucho más. Tal vez hubiera empezado así, pero algo había cambiado de forma irreversible entre ellos. Al menos para ella. No estaba con Dylan porque fuera gracioso, atractivo o inteligente, sino porque lo amaba. Tal vez siempre lo había amado.

No era una de las reglas, no estaba permitido, pero Molly no podía evitarlo. Entonces, lo único que pudo hacer fue sentir cómo su

cuerpo se perdía en lo inevitable. Lo agarró de la cintura y lo mantuvo en su interior, sintiendo cómo la tensión se disipaba de su rostro.

Cuando los dos recuperaron el aliento, apoyó la cabeza en su pecho y escuchó los latidos rápidos de su corazón. Había roto las reglas. Se suponía que hacían aquello para divertirse, para huir, no para que se enamorara de él.

Pero no había marcha atrás. Y si podía evitarlo, Dylan regresaría a su vida sin saber lo que ella realmente sentía. Sería lo mejor para los dos que se separaran como amigos. En cuanto a ella, se había prometido no lamentarse de nada e iba a mantener esa promesa. No se arrepentiría de amarlo, nunca.

—¿Cuántos kilos gana como media una mujer con cada embarazo? —preguntó Molly, leyendo la tarjeta, y después de recorrer con la vista las cuatro posibilidades, las leyó en voz alta—. Vaya, no creía que fuera tanto —Dylan la miró fijamente.

—Será de broma. ¿Esperan que yo lo sepa?

—Creo que este juego fue idea tuya. ¿Quieres decir que yo sé más de hombres que tú de mujeres?

Su sonrisa de satisfacción hizo que Dylan no pudiera evitar sonreír. Estaban tumbados en el suelo de la sala de estar con un juego que habían comprado aquella mañana. La idea era hacer dos equipos, uno de hombres y otro de mujeres, los hombres contestaban las preguntas sobre mujeres y viceversa. A pesar de fallar una pregunta sobre mecánica, Molly estaba defendiéndose bien. Dylan empezaba a creer que había cometido un error al escoger aquel juego, casi todas las preguntas eran sobre exceso de peso, cosmética o trucos de decoración.

—Vuelve a leer las respuestas —le dijo.

Molly se estiró boca arriba y lo hizo. Dylan no había tenido mucho contacto con mujeres embarazadas y no sabía cuánto peso ganaban como media.

—Un kilo y medio.

—Nueve y medio —repuso ella, enseñándole la tarjeta—. Es bueno saberlo.

Dylan observó cómo tiraba el dado que le diría a qué categoría correspondería su próxima pregunta. Llevaba el pelo suelto. La tarde era cálida y los dos llevaban vaqueros y camisetas. Le gustaba mirarla, contemplar su rostro bonito y su cuerpo. Le gustaba ver cómo se movía. A veces simplemente se acercaba a ella por detrás y la abrazaba para sentirla cerca.

No era sólo sexo, aunque había mucho de eso entre ellos. Era una especie de ansia que le impedía quedarse satisfecho de tocarla y estar junto a ella. Sólo habían pasado dos días desde que se habían hecho amantes y a veces sentía como si llevara con ella toda la vida.

Molly era en lo único en lo que podía pensar. Cuando el mundo exterior se inmiscuía, le molestaba.

Pero no dejaba de inmiscuirse. Después de saber la verdad de por qué había querido escapar, Molly ya no se metía en su cuarto para hacer la llamada de teléfono todas las noches. Se sentaba a su lado y marcaba el número de su casa para escuchar los mensajes en su contestador. Se quedaba callada durante un minuto, luego movía la cabeza lentamente en señal de negativa y desconectaba el teléfono.

Nada. Ni una sola palabra de su médico. ¿Cuánto tiempo tardarían esos análisis? ¿No se daban cuenta de lo difícil que era para Molly esperar la noticia? Sufría por ella y no podía hacer nada.

Dylan comprendió que nunca había sentido nada igual por nadie, pero la idea no lo asustó. Trató de no pensar en lo que pasaría si la apartaban de él. No podía soportar la mera idea.

—No, Dylan —dijo Molly, y se acercó hacia él para mirarlo a los ojos.

—¿Qué estoy haciendo?

—Tienes mirada triste —Molly le tocó el dorso de la mano con la suya—. Pones la mirada perdida y sé que estás preocupado por mí.

Dylan consideró la posibilidad de mentir, pero vio que no tenía sentido.

—Claro que pienso en las posibilidades — le dijo—. No sólo en lo que te diga el médico, sino también en el futuro. Nuestros quince días están a punto de tocar a su fin.

—Lo sé. Te echaré de menos.

Lo que significaba que no esperaba volverlo a ver. Dylan no se sorprendió. Molly sólo iba a ser parte de su vida temporalmente. Sin embargo, en alguna ocasión en los últimos días, incluso antes de que le hablara del bulto en el pecho, había considerado la posibilidad de repetir aquello más veces. La sola idea debía hacer que saliera corriendo colina arriba, pero... estar con Molly le gustaba.

—Yo también te echaré de menos —le dijo, aunque era quedarse corto.

No podía recordar cómo había sido su mundo sin ella y no quería saberlo. Pero no tenía nada que darle. Sí, tenía dinero y podía ofrecerle vivir en su mansión, pero eso a Molly no le importaría. No podía prometer que la amaría. ¿Qué era el amor? Todavía no lo sabía. Además, se merecía alguien tan maravilloso como ella. Él sólo era un perdedor con una motocicleta que había nacido en la parte pobre de una ciudad. Se había criado con unos padres alcohólicos que no se habían preocupado lo más mínimo por él. Si ellos no lo habían querido, ¿por qué iba a hacerlo otra persona?

—Me has cambiado —dijo Molly, apoyando la cabeza en su mano.

—¿Qué quieres decir?

—Tengo menos miedo. Me siento más fuerte.

—Eso no tiene nada que ver conmigo, yo sólo hice el viaje contigo.

—Qué equivocado estás, Dylan. No habría podido hacerlo sin ti. Has hecho que crea en mí misma por primera vez. Ahora sé que puedo enfrentarme a cualquier cosa —su sonrisa se volvió tímida—. Has hecho que me sienta bonita y yo creía que eso era imposible.

Dylan se acercó a ella y la besó.

—Eres bonita. Si no puedes verlo, vete al oculista. Es evidente que necesitas unas gafas.

—Me haces reír y, a veces, ése es el mejor regalo de todos.

Era tan sincera, iba directamente al centro de la cuestión. No sabía si había respetado tanto a una persona antes. La estrechó con fuerza

—No quiero que perdamos el contacto.

—Yo tampoco —Molly lo abrazó—. Prométeme que no ocurrirá.

—Te lo prometo.

Las emociones lo invadieron, pero no se atrevía a identificarlas. ¿Y qué si sus sentimientos habían cambiado y crecido? Molly tenía que seguir su camino, él sólo la entorpecería.

Sintió crecer el deseo en su interior, pero resistió la urgencia de hacer el amor. En cambio, le apartó el pelo de la cara.

—No has llamado a tu casa para escuchar los mensajes —le dijo.

—Lo sé, pero es sábado. No creo que mi médico haya llamado.

—Nunca se sabe. Vamos, llama. Luego terminaremos el juego —miró los puntos que tenía, bastante menos que los de ella—. Ya sabes que te estoy dejando ganar.

—Vamos —Molly lo empujó—, y querrás que me lo crea —se puso en pie y se acercó al mostrador de la cocina donde estaba el teléfono—. La verdad, Dylan, no soy la única que debería hacer una llamada. Hace dos días dijiste que tenías que llamar a tu oficina y no lo has hecho. ¿No te preguntas qué estará pasando?

«Ya no», pensó. La compañía y la oferta de compra no le parecían reales desde que estaba con Molly, pero suponía que debía llamar y asegurarse de que no se había producido ninguna catástrofe.

—Está bien. ¿Quieres ser tú la primera?

—No, tú. Yo espero.

Al descolgar el teléfono, Dylan se preguntó si Molly estaba posponiendo lo inevitable, por si acaso eran malas noticias. Por enésima vez, deseó encontrar la manera de hacerle la vida más sencilla. Si pudiera hacer suyos su miedo y su enfermedad, lo haría.

Marcó el número de su buzón de voz. El ordenador anunció que tenía varios mensajes.

—¿Cuántos? —preguntó Molly mientras él introducía su código personal.

—Ocho.

—Vaya, todas las mujeres te están echando de menos.

—No hay ninguna mujer, a no ser que seas tú.

—Un club de fans de una sola persona —Molly se sentó a su lado y se recostó en el sofá.

—¿Eres mi fan?

—Siempre, Dylan —le dijo apoyando la cabeza en su hombro.

Sus palabras produjeron una radiación de calor por todo su cuerpo. Tal vez podían hacer el amor lentamente para no dejarla dolorida. Más tarde, se prometió en cuanto empezó a oír el primer mensaje. Reconoció la voz de Evie.

—Mi secretaria —dijo mientras escuchaba.

Lo estaba regañando por no llamar. Podía estar muerto en una zanja y ella no sabía nada, lo único que deseaba era que hubiera sido una muerte lenta y dolorosa. Luego mencionó un par de asuntos que no corrían prisa y dijo que su abogado había llamado para hablar sobre la oferta de compra. Los mensajes restantes eran más o menos parecidos, incluido uno de su abogado que le rogaba que por lo menos considerara la oferta. Al parecer, la multinacional se la había hecho llegar la semana anterior.

Dejó a Evie un corto mensaje diciéndole que estaba bien y que pronto se pondría en contacto con ella. Luego colgó.

—¿Alguna noticia? —preguntó Molly.

—Nada importante. La multinacional está presionando para hacer la fusión. Le han enviado a mi abogado la oferta inicial y quiere que le eche un vistazo.

—¿Vas a hacerlo?

—No lo sé. Todavía no sé si voy a vender o no —miró a Molly —. ¿Tú qué piensas?

—No cuesta nada mirar. Si no te gusta lo que ves o crees que quieres tener todo el control sobre Relámpago Black, siempre puedes decirles: «No, gracias».

—Buena idea. ¿Te importaría que me mandaran aquí la oferta?

—Claro que no.

—¿La mirarías conmigo?

Molly se sonrojó.

—Si quieres, pero no sé si seré de mucha ayuda.

—Claro que sí. Estás licenciada en empresariales. Además, me gustaría saber tu opinión.

—Claro.

Llamó a su abogado a su casa y dejó un mensaje pidiéndole que le enviara allí la propuesta. Luego le pasó el teléfono a Molly.

—Tu turno.

—Es una pérdida de tiempo, mi médico no va a llamarme en fin de semana —levantó una mano antes de que pudiera decirle nada—. Lo sé, lo sé. Si te hace feliz, lo haré encantada —pulsó la tecla para activar el teléfono y marcó el número. Después, marcó su clave de acceso y frunció el ceño—. Hay un mensaje.

Dylan se incorporó. El miedo le hizo un nudo en el estómago. «Señor, no permitas que sea nada malo», rezó. Molly escuchó con atención. No había alborozo en su expresión, pero tampoco pánico o resignación. Por fin pulsó la tecla para cortar la conexión y lo miró.

—No lo vas a creer —le dijo—. Era mi jefe, Harry. Dijo que la compañía había reconsiderado la situación y que quieren que vuelva a trabajar para ellos. No sólo eso, sino que me ofrecen un ascenso y una subida de sueldo.

—Pareces más confundida que contenta.

—Supongo que sí. Nunca se me ocurrió volver allí. No odiaba mi trabajo, pero no era maravilloso, y todavía estoy molesta por cómo se portaron.

—Tienes dinero, no tienes por qué tomar la decisión esta noche.

—Tienes razón, de todas formas no podría. No puedo hacer nada hasta que no tenga noticias del médico. Quiero decir, que si son malas noticias...

—Lo sé. Siento que tengas que esperar —le dijo Dylan.

—Yo también, pero me alegro de que estemos juntos. Has hecho que la espera sea mucho más fácil.

—Eso es porque me importas.

Molly lo abrazó.

—Gracias. Muchos hombres no querrían hacer esto por mí.

—Te equivocas. Harían mucho más si tú fueras el premio.

Bajaría al infierno y volvería si eso la ayudara. En cambio, lo único que podía hacer era abrazarla y esperar.

Capítulo 13

El lunes por la noche, Molly dejó el teléfono móvil en el mostrador. Como había aprendido en los últimos años, la vida no era sino una sorpresa constante, pero no sabía qué deducir de todo aquello.

—Por la cara que tienes, todavía no has tenido noticias del médico —dijo Dylan.

—No, pero había otro mensaje de mi jefe.

—¿Todavía quiere que vuelvas?

—Sí —frunció el ceño—. Al parecer, es muy importante para ellos. Me está ofreciendo un salario inicial mayor y un despacho más grande.

Dylan se estiró en su silla y le sonrió.

—Genial. Si aguantas un poco más, podrás sacarles unas cuantas acciones.

Molly cruzó el suelo de linóleo y se sentó en su silla. Estaban en la pequeña mesa en el rincón de la cocina. Apoyó la barbilla en las manos y lo miró.

—Eso es lo extraño. No digo que no hiciera un buen trabajo, al contrario. Dirigía un departamento importante y lo tenía siempre todo organizado. Trabajaba para conseguir los mejores tratos y los créditos más beneficiosos para ellos. Pero no es como si fuera la directora de ventas y después de haberme ido estuvieran perdiendo a sus mejores clientes. Mi trabajo es sólo interno.

—¿De qué te quejas?

—No me quejo, sólo estoy confundida.

—Las empresas suelen precipitarse cuando compran una compañía más pequeña. Supongo que el viejo Harry despidió a demasiada gente y ahora está tratando de recuperar a algunos de ellos. Es evidente que te considera valiosa para la compañía.

Los argumentos de Dylan tenían sentido. Harry había estado muy presionado cuando se produjo la fusión y ella misma había preparado una memoria sobre los beneficios de esperar a ver cómo el negocio se vería afectado por el cambio de propiedad antes de empezar a prescindir de personal. Harry le había dado las gracias por su opinión y luego había tirado el documento a la basura. Al parecer, al final, había tenido que leerlo.

—Es muy agradable volverse popular de repente —sonrió.

—Apuesto a que sí. ¿Qué vas a hacer?

—No lo sé. De momento, nada. Tal vez vuelva, pero no voy a tomar ninguna decisión hasta que no tenga noticias del médico.

—Me parece sensato —le dijo Dylan mientras deslizaba un

dedo por su antebrazo.

Le gustaba cómo trataba de fingir que todo saldría bien. Con Dylan no le importaba hablar de sus miedos, ni demostrar que estaba asustada. A veces él le decía que también tenía miedo, otras se limitaba a abrazarla.

—Me he prometido a mí misma no arrepentirme de nada —le dijo—, y no quiero olvidar esa lección. Aunque las noticias del médico sean buenas, no quiero volver a mi vida de antes. Apostaba por lo seguro en todo y sólo vivía la vida a medias. Merezco más que eso.

—No tengo ninguna duda de que vas a empezar a dar guerra.

Su expresión corroboraba sus palabras. Dylan creía en ella y en su capacidad de cambiar y ésa era sólo una de las miles de razones por las que lo amaba. Y lo amaba de verdad. Y ese amor era lo mejor que tenía, porque le hacía desear arriesgarse y vivir la vida. De repente, se enderezó y puso las manos sobre la mesa.

—Ya basta de hablar de mí. ¿Qué me dices de esa oferta? Todavía no puedo creer que alguien de tu oficina viniera aquí en coche para traértela.

Dylan pasó el dedo por el fajo de hojas que había llegado durante su almuerzo.

—No lo sé. Tiene buena pinta. Mi abogado dice que estaría loco si no acepto. Hay varias razones por las que aceptar y muy pocas por las que rechazarla.

—¿Pero? —lo instó Molly.

—Dímelo tú —Dylan se encogió de hombros—. Los números están bien. Mis empleados tienen garantizado el trabajo durante cinco años. No hay motivo para rechazar la oferta.

—Claro que la hay. Debe de haber varias, si no, no te lo estarías pensando tanto. ¿Cuánto control mantendrás?

—Dirigiré la sección encargada del diseño. Cualquier innovación les pertenecerá y podrán aplicarla a sus motos.

—Es decir, que perderás el derecho de patente, ¿no?

—Claro, pero eso es normal en la industria. Si uno inventa algo como empleado de una compañía, la invención les pertenece a ellos. Después de todo, estás utilizando sus recursos, sus locales, y ellos te pagan por tu tiempo.

—¿Eso te molestaría?

Reflexionó durante un par de minutos.

—Creo que no. He tenido que dejar unas cuantas ideas aparcadas por falta de tiempo. Me ocupo de muchas cuestiones del día a día que me quitan horas y no tengo tanto capital como necesitaría, o si lo tengo, creo que lo emplearía en otras cosas. Si vendo la empresa, tendría un presupuesto de diseño generoso y no tendría que preocuparme mucho por hacer la nómina.

—También tendrías seguridad económica para el resto de tus días.

—Eso también cuenta —dijo, y se recostó en su silla, maldiciendo en voz baja—. A veces me gustaría simplemente echar una moneda al aire.

Molly lo miró. Su pelo negro brillaba bajo la luz de la lámpara del techo. Era el hombre más atractivo que había conocido. Sabía que estaba realmente sentada detrás de aquella mesa con él, y que hablaban de algo importante y que él valoraba su opinión. También sabía que más tarde irían al dormitorio y harían el amor. Dylan la besaría y la abrazaría, tocándola de formas que nunca había imaginado.

—Dime qué te parece. ¿Qué harías tú en mi lugar? De verdad, quiero saberlo. No sólo porque tienes buena cabeza para los negocios, sino porque sé que realmente te preocupas por mí.

Sus dos cumplidos la emocionaron. Apoyó los codos sobre la mesa y se inclinó hacia él.

—Al final se reduce a elegir entre la seguridad económica y la libertad profesional. ¿Qué es más importante para ti?

—Las dos me parecen bien.

—Siempre has sido un espíritu libre —le recordó—. ¿Crees que podrás renunciar a tu libertad?

—Todavía no tengo la respuesta a esa pregunta —extendió el brazo y tomó la mano en la suya—. Pero gracias por escucharme —le dijo—. Eres una buena amiga.

Había algo en sus ojos. Algo que, si pudiera apostar, habría dicho que era afecto, afecto amoroso. Pero no estaba segura y no se atrevía a preguntar. Tampoco se atrevía a hablarle del amor que la embriagaba. Amor por él. Así que reprimió el sentimiento y las palabras. Tal vez llegaría el día en el que tendría valor para ser sincera. Pero todavía no.

Dylan se enjabonó lentamente bajo la ducha y luego se aclaró el champú del pelo. Era la primera ducha que tomaba solo en varios días y echaba de menos la presencia de Molly. Sin embargo, él había sido el único que había cortado leña después de la cena, así que era el único que había sudado. Molly se había ofrecido a frotarle la espalda, pero había declinado su oferta. Iban a sentarse junto al fuego y a ver una película que habían alquilado. Estaba decidido a pasar un par de horas sin llevarla a la cama. No quería que pensara que era lo único que le importaba.

Sus pensamientos derivaron a la conversación que habían mantenido antes sobre su negocio. La oferta de compra era generosa. Cuando sumaba los pros y los contras, le parecía sensato vender, pero algo en su interior hacía que se resistiera. Recordó lo que Molly había

dicho, que no trabajaría bien para otra persona, y eso era algo que debía pensar muy seriamente. Si no tenía autonomía, tal vez acabara detestando su trabajo. No quería vivir así.

Molly lo conocía bastante bien. De hecho...

La puerta del baño se abrió de golpe.

—¡Dylan! —gritó Molly, y luego apartó a un lado la cortina de plástico para meterse en la bañera con él—. ¡Dylan! ¡He llamado, he llamado!

Estaba riendo y llorando y abrazándolo con tanta fuerza que no podía respirar. Se había empapado de pies a cabeza. Lo besó en los labios y, entonces, comprendió.

Se sintió lleno de gozo. Era como si la cuerda que habían tensado alrededor de su pecho desde que había sabido que le habían extirpado un bulto del pecho se hubiera soltado sola. La estrechó con fuerza, dando vueltas con ella de pie en la bañera.

—Has tenido noticias del médico.

Molly lo miró y asintió. El pelo húmedo le caía por la espalda y la camiseta se adhería a sus senos. Sonreía de oreja a oreja.

—Ni siquiera sé por qué he llamado. Lo había hecho hace un par de horas, ¿recuerdas? Fue como si alguien me hablara al oído y tuviera que llamar. Mi médico había dejado un mensaje hacía diez minutos. El bulto era benigno. No era cáncer ni nada por el estilo. ¿No es estupendo?

Era un regalo del cielo.

—Maravilloso —dijo Dylan, y la besó.

El agua siguió cayendo sobre ellos. Dylan entreabrió los labios y Molly hizo lo mismo, luego profundizó el beso. Sabía tan dulce como siempre. Cálida y accesible.

Estaba bien. El mensaje llegó a su cerebro y lo liberó de su miedo. No iba a perderla, no iba a morir en cualquier momento. La garganta se le cerró y los ojos le escocieron. No sabía si el agua en las mejillas era de la ducha o de las lágrimas de alegría, pero no le importaba. Molly estaba sana y salva.

El agua empezó a enfriarse. Dylan cortó el beso y cerró el grifo.

—Será mejor que te quites esa ropa mojada —le dijo.

—Lo siento —rió Molly—. No pretendía interrumpirte la ducha.

—Lo hiciste, pero me alegro —le tocó la mejilla—. Me alegro por todo.

—Yo también. Dylan, ¿sabes lo que esto significa? Tengo una segunda oportunidad. Te juro que no voy a volver a la vida patética que llevaba antes. Juro que será diferente.

—Te creo —le dijo Dylan, contemplando su mirada intensa.

Molly se quitó la ropa mojada y se envolvió en una toalla.

—¿Te importa que haga una rápida llamada a Janet? Ella también ha estado preocupada.

—Adelante.

Salió corriendo del cuarto de baño y en un par de segundos oyó su voz alegre, seguida de risas. Se sentía tan feliz por ella. Era lo que se merecía.. Había recuperado su trabajo y tenía una segunda oportunidad para hacer las cosas bien. Muy pocas personas la tenían.

Se secó con la toalla. Había dejado la ropa limpia en la habitación, así que se sujetó la toalla alrededor de la cintura y salió a la cocina. En la balda inferior de la nevera, escondida detrás de una bolsa llena de bróculi, había guardado una botella de champán. La había comprado una tarde en que Molly se había quedado echándose la siesta y él había hecho la compra. No creía que la hubiera visto.

Si las noticias hubieran sido malas, habría mantenido oculta la botella y la habría dejado allí al volver a Los Ángeles. Pero había confiado en poder tener la oportunidad de abrirla. Mientras hablaba con su hermana, Dylan sacó dos copas, luego la botella y la abrió. Cuando Molly vio lo que estaba haciendo, sus ojos se agrandaron. Enseguida le dijo a Janet que tenía que dejarla y prometió llamarla al día siguiente.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—¿A ti qué te parece?

—Champán. ¿Vamos a celebrarlo?

Le pasó su copa y sonrió.

—¿Tú qué crees?

—Gracias, Dylan —su expresión alegre se tornó seria—. Por todo. Por estar a mi lado y por el champán. Me sorprende que pudieras meterlo en casa sin que me diera cuenta.

—Soy un tipo listo —acercó su copa a la suya—. Por que vivas muchos años rebosante de salud. Por tu futuro.

—Gracias.

Tomaron un sorbo de champán. Dylan la miró, fijándose en cómo la luz del techo de la cocina iluminaba sus rasgos. Era tan bonita y estaba tan feliz que resplandecía. ¿Cómo podía haber pensado alguna vez que era menos que hermosa? Molly era una mujer increíble y se sentía afortunado de haber pasado aquellas semanas con ella. Sólo deseaba que hubiera más.

Pero bastaba con saber que ella estaba bien.

—Estoy aliviado y feliz, pero tú debes de estar en la gloria —le dijo.

Molly se apoyó en la mesa y sonrió.

—Por dentro estoy temblando. No puedo creer que por fin haya tenido respuesta y que haya sido tan buena noticia —se llevó

una mano al pecho—. Mis senos están encantados.

—Yo también.

Molly soltó una risita. Cuando se volvió para sacar una silla y sentarse, su toalla se quedó enganchada en una esquina de la mesa y amenazó con caerse. Cuando Molly quiso reafirmarla en su sitio, Dylan le tomó la mano y la detuvo.

—Déjala caer.

Molly se quedó sin aliento. Tragó saliva y lo miró mientras la toalla caía lentamente al suelo.

Antes se habría cubierto rápidamente y le habría dado vergüenza estar desnuda delante de él. Una noche, en la oscuridad, ella le había hablado de su cuerpo, de cómo detestaba que sus senos fuesen tan llenos, y de que pensaba que su vientre sobresalía demasiado y las piernas eran demasiado gruesas. Pero Dylan no veía nada de eso. Veía unas curvas perfectas, una piel suave y blanca, y el lugar dulce entre sus muslos donde encontraba cobijo. Veía a Molly y la deseaba.

Lo miró ociosamente y luego extendió el brazo y tiró de la toalla que llevaba a la cintura.

—Estás demasiado vestido para la ocasión —le dijo con voz ronca y baja. Dylan se puso erecto antes de que la toalla tocara el suelo—. Impresionante —continuó, y lo acarició todo a lo largo.

Tomó un sorbo de champán y luego dejó la copa sobre la mesa. Después, se puso de rodillas, se acercó a él y lo tomó en su boca.

Dylan creyó que iba a morir. O al menos, sus piernas cederían y caería al suelo. Los contrastes eran más de lo que podía asimilar: el calor de su boca, el frío del champán, la suavidad de sus labios y de su lengua, las burbujas del líquido.

Molly lo rodeó y luego lo tomó hasta el fondo. Tenía que detenerla. Estaba tan excitado que estaba a punto de perder el control, así que le puso las manos en los hombros y la separó suavemente. Molly tragó saliva y sonrió.

—Sentía cómo palpitaba, Dylan. Vaya, estabas a punto de...

Dylan se inclinó y la silenció con un beso. Varios minutos más tarde, Molly echó la cabeza hacia atrás y suspiró.

—Está bien, tú ganas. Soy dócil en tus manos. Pero no creas que ese beso ardiente me ha hecho olvidar que estabas a punto de perder el control como un adolescente.

—Te encanta hacerme perder el control —le dijo mientras se arrodillaba frente a ella.

Molly tomó el rostro entre sus manos y lo miró a los ojos.

—Desde luego. Estoy húmeda sólo de pensarlo.

Dylan la tocó y supo que estaba diciendo la verdad. Estaba

mojada y dispuesta. Quiso reprimirse. Sólo estaban a unos pasos del dormitorio y tenía sentido buscar la comodidad, pero no podía esperar más.

—Te necesito —gruñó, y la atrajo hacia él.

Molly lo abrazó como si estuviera igual de ansiosa.

—Sí, Dylan, tómame. Hazme el amor. Ayúdame a celebrar el comienzo de una nueva vida.

Mientras se colocaba entre sus piernas, Molly se estiró sobre la alfombra y le dio la bienvenida. La penetró de una sola vez, con fuerza, y los dos jadearon. Se puso de cuclillas para poder acariciarle el pecho. Los pezones ya estaban duros y los atormentó con los dedos. Molly jadeó y luego puso las manos encima de las suyas.

—No pares —jadeó—. No pares porque...

La primera liberación le hizo convulsionarse alrededor de él. Dylan sintió las contracciones de su cuerpo y siguió penetrándola para llevarlos a los dos cada vez más alto. La miró a los ojos, estableciendo un vínculo con ella. Molly gritó dos veces más y luego él mismo alcanzó el clímax. Bajó las manos a sus caderas y la mantuvo quieta para poder terminar. Ella se incorporó un poco y dijo su nombre.

Dylan sintió que estallaba. Al penetrarla por última vez, el cuerpo de Molly se contraía alrededor de su miembro en una última convulsión. No podía imaginar estar con otra persona. Era lo mejor que tenía. Juntos creaban puro gozo.

Más tarde, cuando ya había recuperado el aliento, fueron al dormitorio. Molly se acurrucó junto a él y suspiró.

—No quiero levantarme, pero nos hemos olvidado del champán y tengo que volver a escuchar el mensaje del contestador. Mi médico quiere que la llame mañana y no he tomado nota del teléfono.

—Ya voy yo —dijo Dylan, y bajó de la cama. Después de volver con las copas y la botella y dejarlas en la mesilla de noche, fue en busca del teléfono. Estaba en el mostrador, y en la sala de estar había un bloc de notas y un bolígrafo. Se los llevó al dormitorio. Molly estaba ocupada sirviendo el champán—. ¿Quieres que llame yo?

—Gracias.

Le dio el número de su casa y su clave de acceso. Dylan escuchó el mensaje y tomó nota del número de su médico. Estaba a punto de colgar cuando comprendió que había otro mensaje.

—Ha llamado alguien más —le dijo.

—Seguramente será Janet —repuso ella, y le indicó con la mano que lo escuchara mientras tomaba otro sorbo de champán. Pero la voz no era la de una mujer.

—Oye, Molly. Soy yo, Grant.

Hubo una pausa. Dylan sabía que debía pasarle el teléfono a Molly, que lo que su ex prometido fuera a decirle no era asunto suyo,

pero no pudo moverse. Se dio cuenta de que tampoco podía respirar.

—Llevo dos días queriendo llamarte, pero no sabía qué decir —continuó la voz—. Me he comportado como un canalla. No puedo creer lo estúpido que he sido. Supongo que me volví loco con nuestro compromiso. Creo que es eso que les pasa a los hombres cuando piensan que van a perder su libertad o algo así, no estoy seguro —Grant se aclaró la voz—. La cuestión es que he vuelto. No estoy con mi secretaria. No me interesaba, sólo ha sido una aventura. Quiero verte. Molly, te echo de menos y sigo queriéndote. Por favor, ¿podemos hablar? Había algo especial entre nosotros y quisiera una segunda oportunidad. Sé que tengo que compensarte por lo que te he hecho y...

—¿Dylan? —Molly lo miraba fijamente—. ¿Qué pasa?

Dylan desconectó el teléfono y se lo pasó. El mensaje no había terminado, pero no podía seguir escuchando.

—No era Janet —dijo, y le sorprendió ver que su tono de voz era casi normal.

No había forma de que Molly adivinara lo desgarrado que se sentía por dentro. Parecía que alguien lo hubiese rajado con un cuchillo y se estuviera desangrando. El problema era que no tenía ninguna herida. El dolor era real, pero no moriría por ello. Aunque deseara hacerlo.

Capítulo 14

—¿Qué pasa? —preguntó Molly al ver la conmoción reflejada en el rostro de Dylan. Sintió que se le hacía un nudo en el estómago—. ¿Ha vuelto a llamar mi ginecóloga?

—No —Dylan tomó su rostro entre las manos—. No, nada de eso. Estás bien. Puedes llamarla por la mañana y hablar con ella, pero llama a tu casa y escucha el segundo mensaje.

Hizo lo que le pedía. Estaba temblando por dentro, pero no sabía qué había pasado. Escuchó la voz alegre de su ginecóloga, contuvo el aliento y empezó a escuchar el segundo mensaje.

—Oye, Molly. Soy yo, Grant.

Aquellas palabras la dejaron atónita. Escuchó cómo le decía que se había equivocado, que no amaba a su secretaria, sino a ella y que quería otra oportunidad. Lo escuchó, pero las frases no tenían sentido. Cuando el mensaje terminó, colgó el teléfono.

—Era Grant —dijo innecesariamente, consciente de que Dylan ya lo sabía—. Quiere otra oportunidad.

—Ya ves —dijo Dylan—. Todo vuelve a la normalidad.

Molly se sintió como si estuviera rodeada de una espesa niebla. Podía distinguir formas, pero todo estaba borroso y no sabía a dónde iba. Se quedó mirando a Dylan, consciente de que si podía enfocar su imagen, vería todo lo demás.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Uno a uno, los pedazos de tu vida han vuelto a su sitio. Tienes otra vez tu trabajo si lo quieres... Bueno, en realidad es un trabajo mejor, con un sueldo más alto. Has averiguado que estás sana, y Grant te está pidiendo perdón. Es como si nada de esto hubiera ocurrido.

Tenía razón, era como si hubiera dado marcha atrás y aquella pesadilla no hubiera tenido lugar. Su vida había vuelto a ser como antes, pero las piezas ya no encajaban.

—No es tan sencillo —dijo lentamente.

—Sabrás lo que hacer.

Parecía tan sereno, pensó mientras lo observaba. Dylan se incorporó y se puso los calzoncillos con los mismos movimientos ágiles y el mismo hermoso rostro. Se había distanciado de la situación y Molly quería gritar en señal de protesta. Aquello debía importarle, ella debía importarle... Pero no lo hacía. Bueno, se preocupaba por ella como amiga. Se había comportado maravillosamente, lo sabía y estaba agradecida, pero no había llegado a amarla. De ser así, estaría furioso por la llamada de Grant, o al menos se sentiría amenazado.

Hasta aquel momento, no se había dado cuenta de lo ilusa que

había sido. En el fondo de su corazón, había pensado que podría haber más, que los días que habían pasado juntos habían hecho el milagro. Que Dylan comprendía finalmente que ella era la mujer de su vida, que estaban hechos el uno para el otro.

Notó una sacudida en su pecho y se preguntó si los corazones no podían romperse de verdad. Dylan no la amaba, nunca la amaría.

Su felicidad por la noticia de su ginecóloga, la confusión generada por la llamada de Grant y la muerte de su sueño, todo junto, hizo que sintiera náuseas. Se sentó entre las almohadas y acercó las rodillas a su pecho. Sólo entonces se dio cuenta de que estaba desnuda, y que hacía poco tiempo, habían hecho el amor.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Dylan.

Molly escrutó su rostro, confiando en hallar un indicio de que aquello era difícil para él. Estaba conmocionado cuando le había dado el teléfono, pero no había sido más que sorpresa. Ojalá... Bueno. Era una adulta y sabía que no debía soñar.

—Sobre Grant, no lo sé. No sé cómo me siento. Por lo que a mí respecta, está mintiendo, no es más un cretino traidor y no volveré a confiar en él.

—Parece definitivo, pero detecto un «pero» en esa afirmación.

Se encogió de hombros. Le resultaba extraño tener aquella conversación con Dylan.

—Pero no sé qué pensar. ¿Está diciendo la verdad? ¿Debería importarme?

—Has tenido una larga relación con él. Ibais a casaros.

Molly reflexionó sobre eso. Dylan tenía razón, había estado prometida a Grant y habían planeado un futuro en común. Le parecía que había sido en otra vida, no podía imaginarse con otro hombre que no fuera Dylan, pero él no la quería más que como amiga. ¿Iba a pasar el resto de su vida esperando a que regresara? ¿Y qué pasaba con su promesa de no lamentarse de nada? ¿Iba a renunciar a su sueño de tener un marido y unos hijos sólo porque se había enamorado de alguien que no la correspondía?

—No sé qué pensar —dijo finalmente.

—No tienes por qué decidirlo esta noche —le dijo. Luego tiró de las sábanas y la cubrió. Apagó la luz y se metió en la cama. Su cuerpo era cálido y familiar. En la oscuridad apenas lo distinguía, pero reconocía su aroma y su calor. Siempre sería capaz de encontrarlo sólo guiándose por el sentido del olfato. Dylan la estrechó—. No le digas que no todavía —añadió.

—No puedo creer lo que oigo. Tú fuiste quien dijo que se merecía una paliza.

—Sigo creyéndolo, pero tal vez haya aprendido la lección. Tú has puesto mucho de tu parte en esa relación. Si realmente ha

cambiado, ¿quieres arriesgarte a perderlo todo?

«Sí», pensó Molly lúgubremente, pero no lo dijo.

—No lo sé.

—Tienes tiempo —dijo Dylan mientras le acariciaba el pelo. Ella apoyó la cabeza en su hombro y se apretó contra él—. Estos quince días han cumplido su propósito. Los dos hemos tenido la oportunidad de escapar de nuestro mundo y averiguar qué es lo que queremos.

Molly cerró los ojos. Tal vez Dylan ya se había decidido, pero ella estaba más confundida que nunca. Aunque se sentía feliz por saber que no tenía nada, el resto de sus problemas no eran tan fáciles de resolver.

—Gracias por ayudarme con todo esto —le dijo, y para desolación suya, se echó a llorar.

Dylan la estrechó todavía con más fuerza.

—No pasa nada —murmuró—. Todo saldrá bien.

Claro, lo superaría. Pero quería hacerlo con él. Quería que la magia continuara. Aun así, no tenía derecho a retenerlo contra su voluntad. Había sido tan generoso con ella, no podía ser menos con él. Dylan le rozó la frente con los labios y susurró:

—Es hora de que volvamos.

—Lo sé —balbuceó Molly, y las lágrimas fluyeron en abundancia. Era hora de volver a casa y recoger los pedazos. De tomar decisiones. Pero no aquella noche. Aquella noche era para ellos—. Abrázame —le dijo—. Y no me sueltes hasta el amanecer.

—Te lo prometo.

Siguió llorando, preguntándose cómo aquel momento podía ser tan perfecto y tan increíble al mismo tiempo. Habían llegado tan lejos juntos, pero en realidad no habían llegado a ninguna parte.

—No quiero que perdamos el contacto — dijo Dylan—. Lo digo en serio. Quiero algo más que una postal durante las vacaciones.

—Yo también —inspiró profundamente y trató de contener las lágrimas—. Quiero que seas muy feliz.

—Lo seré. Vas a tener unos niños estupendos, y quiero conocerlos a todos.

Niños. Quería niños, pero sólo con Dylan. Se dio cuenta de que sería un padre fabuloso.

—Los tuyos también —dijo Molly—. Quiero decir que también quiero conocerlos.

—No soy de los que se casan.

Ya no había esperanza, así que sus palabras no le hicieron daño. Por supuesto. Lo había sabido desde el principio, pero eso no había impedido que lo amara.

Nada de lamentos, se dijo. Aun sabiendo que el corazón se le

rompía y el alma le dolía, por nada del mundo daría marcha atrás. No pasaba nada si no la amaba. Amarlo a él había sido suficiente. Le había dado todo su corazón y nunca lamentaría lo que habían compartido.

Dylan tomó el camino largo de regreso, saliendo de la autovía 101 a la 126, atravesando varias ciudades pequeñas y acres y acres de naranjales. Sabía que estaba retrasando lo inevitable, pero incluso media hora más con Molly era algo muy preciado para él.

El viaje de vuelta fue diferente del de ida. Dylan ya se había acostumbrado al calor de Molly abrazada a él en la moto, a la forma de su cuerpo, a la suave presión de sus muslos sobre su trasero, al peso de sus manos en la cintura. Pero seguía excitándolo. Y más importante, había aprendido a sentir afecto sincero por alguien.

No sólo la deseaba, la respetaba. Admiraba su valor y su sinceridad. Quería estar con ella. Sabía que iba a echarla de menos cuando desapareciera de su vida y se preguntó cuánto tiempo tardaría en olvidarla.

¿Era eso amor? No tenía la respuesta a esa pregunta. Nunca había creído en el amor. Él nunca había amado a nadie ni nadie lo había amado. No iba a ser diferente con Molly. Y sin embargo, lo era.

Podía imaginar estar con ella durante el resto de sus vidas. El mundo era un lugar más alegre sólo porque ella estaba en él y le hacía sentir cosas que nunca había sentido. Le hacía pensar en una casa de verdad y en tener niños.

Tragó saliva. Aquello era una novedad. Niños. ¿De verdad estaba pensando en ser padre? No sabía cómo serlo. No creía que estuviera a la altura de la responsabilidad que implicaba criar a un ser humano desde su nacimiento. La idea lo aterrorizaba, pero con Molly a su lado, no sería tan terrible. ¿Era eso amor? ¿Desear tener un hijo con ella era algo más que afecto?

Mientras recorrían la carretera y atravesaban el valle, pensó en pedirle que se quedara. Aunque sólo fuera por un tiempo. La casa era lo bastante grande para los dos. Podría tener su propia habitación si no estaba a gusto compartiendo la suya. Tal vez podría encontrar un trabajo no muy lejos, o incluso entrar a trabajar en su compañía. Tal vez...

Movió la cabeza. Estaba soñando. Aquellas fantasías no tenían cabida en la realidad. Molly tenía su propia vida. Tenía un trabajo con una compañía que haría cualquier cosa con tal de recuperarla. Aunque se atreviera a pedírselo, sería una locura que considerara su oferta. ¿Qué podía ofrecerle que no pudiera conseguir diez veces mejor en otra parte? Estaba sacando demasiadas conclusiones sin fundamento.

Las pasadas semanas habían sido muy estresantes para ella. Se había alimentado de emociones, nada más. Dylan sabía que se

preocupaba por él, y eso bastaba. El amor, bueno, todavía no estaba seguro de qué le parecía el amor. Molly había reconstruido su vida y debía continuar en ella. Quería que siguieran siendo amigos, pero no quería entrometerse.

Llegaron a la carretera interestatal 5, luego a la 405. Demasiado pronto, salían de la autovía para entrar en su vecindario. En unos pocos kilómetros, estarían delante de su bloque de apartamentos.

Paró la moto y Molly se bajó. Dylan trató de controlar el dolor que sentía en el estómago y la necesidad abrumadora de decirle que no se fuera, que quería que se quedara con él para siempre. Pero no era eso lo que iba a decirle, estaba decidido a dejarla libre.

Molly permaneció de pie en la acera mientras él sacaba la bolsa de tela.

—¿Quieres entrar? —le preguntó mientras él le pasaba la bolsa y ella el casco.

Dylan lanzó una mirada al edificio. Sería más fácil dejarla marchar si no la imaginaba en su mundo.

—No, gracias. Estoy seguro de que tendrás que hacer muchas llamadas y yo tengo que ir a casa.

Se había recogido el pelo en una trenza, dejando su rostro despejado. No sonreía, pero el miedo no se reflejaba ya en su mirada. Dylan se alegró.

—No sé qué decir. Gracias parece inadecuado. No podría haberlo hecho sin ti.

—Claro que sí. Pero me alegro de haberte ayudado, aunque sólo fuera un poco.

Molly dio un paso hacia él. La tarde era cálida, y su camiseta revelaba todas sus curvas. Cielos, cómo la deseaba. No sólo en su cama, sino en su vida. ¿Estaría tan mal preguntárselo? Siempre podía decirle que no. O podría fijar una fecha para dentro de dos semanas. Así podría acostumbrarse a la idea de que estaba bien y, si seguía interesada en él, ya no sería cuestión de gratitud, o del momento difícil por el que había pasado.

—Nunca sabrás lo mucho que has significado para mí —le dijo, y sus ojos castaños brillaban con convicción—. Me has escuchado, me has abrazado, me has dejado ser débil y me has recordado cómo ser fuerte. Hace diez años me enamoré platónicamente de un hombre que no conocía. Me alegro de saber que la realidad es mucho mejor de lo que había imaginado. Eres increíble, Dylan.

Dylan se quedó mirándola, sin saber qué decir. Tal vez había alguna posibilidad. Tal vez no había nada malo en decirle lo que sentía.

—Molly… —hizo una pausa.

—Ya lo sé, es un poco extraño volver a la rutina. Creo que voy a necesitar tiempo para adaptarme.

—Paso a paso —le dijo.

—Lo sé, es lo mejor. No quiero tomar ninguna decisión precipitada.

—Eso está bien —dijo, y reunió todo su valor. Se lo diría en aquel mismo instante.

Le diría todo lo que sentía, le explicaría que no estaba seguro de si era amor, pero era lo más cerca al amor que conocía. Le diría que no estaba preparado para que lo suyo terminara.

—¿Molly? —dijo una voz masculina, desconocida, a su espalda. Se volvió lentamente, imaginando a quién iba a ver.

Había un hombre en la acera, a menos de tres metros de distancia. Era de estatura media, de pelo castaño claro y ojos castaños. Llevaba un traje oscuro y una corbata de estilo clásico. Todo en él indicaba que era un abogado, y Dylan supo quién era antes de que Molly lo confirmara.

—¿Grant? —Molly pareció aturdida—. Grant, ¿qué haces aquí?

—Te estaba esperando.

Grant tenía una caja de rosas en los brazos. Dylan supuso que serían rojas, sólo para redondear el cliché. Qué oportuno, pensó con aire lúgubre. Tanto mejor. Molly ya no querría saber cómo se sentía y él no quería avergonzarlos a ninguno de los dos. Era mejor así, se dijo, a pesar de que la decepción y el dolor ascendían desde su estómago hasta su pecho.

El hecho de que quisiera despedazar a Grant, miembro a miembro, tampoco servía de nada. Ni el impulso de subir a Molly a la moto y arrancar. Aquél era el hombre con quien había querido casarse. Que la hubiera traicionado y que no pareciera nadie especial, no era asunto suyo. Si Grant no hubiese aparecido en aquel mismo instante, Dylan habría hecho el más absoluto ridículo.

Molly se llevó la mano a la garganta y se preguntó si iba a dejar de respirar.

—¿Grant? —repitió, todavía demasiado perpleja como para poder hablar.

¿Grant había ido a verla, justo en aquel momento? Si no fuera todo tan terrible, se habría echado a reír. Nunca en la vida había tenido dos hombres al mismo tiempo, y sin embargo conocía a muchas mujeres que mantenían varias relaciones a la vez. Entonces, recordó que Grant no tenía ningún derecho. Había cancelado su compromiso y se había ido con otra mujer. Debía odiarlo.

Por desgracia, estaba demasiado conmocionada para sentir

algo. Ni siquiera enfado. Grant dio un paso hacia ella.

—Traté de explicártelo en el mensaje que te dejé en el contestador —miró a Dylan, luego a ella otra vez—. ¿Lo escuchaste?

—Sí.

—No me llamaste.

Molly se había olvidado de lo petulante que sonaba cuando no se salía con la suya.

—He estado fuera.

—¿Con él? —la mirada que lanzó a Dylan era claramente desafiante.

Dylan se inclinó hacia delante y le extendió la mano.

—Hola, soy Dylan Black, un viejo amigo de la familia. Solía salir con la hermana mayor de Molly. Tú debes de ser Grant. Molly me ha hablado mucho de ti.

Todo lo que dijo era verdad, y su tono de voz y sus modales eran tan amistosos, que Grant reaccionó amablemente. Molly sabía lo que Dylan estaba haciendo, tratando de ponérselo fácil, permitirle que volviera con Grant si eso era lo que deseaba.

Miró cómo los dos hombres se estrechaban la mano e intercambiaban los saludos. Se sentía como si su mundo hubiera salido de su eje. Nada tenía sentido. Dylan la estaba ayudando a volver con Grant cuando lo único que quería hacer era salir corriendo. Toda su vida había vuelto a la normalidad. ¿Qué más podía querer?

La respuesta fue rápida y sencilla. Dylan. Quería a Dylan. Quería amarlo y estar con él. Quería compartir la vida con él. Pero Dylan tenía su propia vida, y no había motivos para pensar que quisiera que ella formara parte de su mundo. Había aparecido sin avisar y le había pedido que la llevara con él a alguna parte. Por sorprendente que pareciera, él había aceptado. Habían pasado dos semanas maravillosas juntos, pero se había acabado el tiempo y tenía que dejarle marchar.

—Debo irme ya —dijo Dylan, y le dedicó una fugaz sonrisa.

—Ahora vengo —le dijo a Grant, y siguió a Dylan hasta su moto—. Gracias —le dijo, señalando con la cabeza a su ex prometido.

Dylan se encogió de hombros.

—Era lo menos que podía hacer. Seguramente ha adivinado que hemos estado juntos. No tienes por qué volver con él, pero si lo haces, quería ponértelo lo más fácil posible. Un consejo, jovencita —le dijo, y le tocó la punta de la nariz—. Si vuelves con él, no le digas que hemos sido amantes. Nunca lo superaría.

—¿Y se supone que yo debo superar lo que él hizo? —levantó la mano—. No importa, no me contestes. Sé que la vida no es justa —estudió su rostro, observando sus facciones familiares. ¿Cómo iba a dejar que se fuera? —. No sé cómo darte las gracias.

—No quiero que me las des, sólo quiero que te mantengas en contacto conmigo. ¿Prometido?

—Te prometo que te contaré hasta el último detalle de mi vida. Hasta que he salido a comprarme unas medias.

—Trato hecho —sonrió Dylan—. Aunque puedo pasar sin ese detalle, me gustaría saber qué decides sobre tu trabajo. Y sobre Grant —Molly no se atrevió a volverse hacia su ex prometido. No quería saber qué estaba pensando. Ya tendría tiempo para eso cuando Dylan se hubiera ido—. De acuerdo, despidámonos de una vez. Dame un beso y luego saca a Romeo de su desgracia.

Molly se acercó a él y lo abrazó, luego le dio un beso en la mejilla.

—Gracias —susurró.

—De nada.

La soltó y se puso el casco. Molly dio un paso hacia atrás, presa de intensas emociones. No sabía qué eran, pero se movían y cambiaban hasta que una de ellas salió a la superficie. Una emoción que se había prometido no sentir otra vez. Pesar.

Dylan puso en marcha el motor.

—¡Dylan! —gritó para que la oyera. Dylan volvió la cabeza. Molly dejó la bolsa en el suelo y volvió junto a él—. Espera —le dijo.

Dylan se quitó el casco para poder oírla.

—¿Qué pasa?

Molly lo rodeó con los brazos y lo estrechó.

—No puedo dejarte y decirte sólo gracias —le dijo al oído para que Grant no la oyera. Dylan se retiró lo bastante para mirarla a la cara. Molly sentía las lágrimas en las mejillas pero no se las secó—. Me prometí no arrepentirme de nada —dijo, e inspiró profundamente antes de taparle los labios con los dedos—. No quiero que me digas nada, porque no lo hago por eso. Sólo quiero que sepas que te amo. Has hecho que crea en mí misma otra vez, y por primera vez en la vida, me has hecho creer en el amor. No importa lo que ocurra o dónde estés, porque siempre te llevaré en mi corazón.

Apartó la mano y la sustituyó con los labios. No era un beso amistoso entre viejos amigos, pero no le importó. La pasión se mezclaba con la tristeza, creando el perfume más dulce. Su boca, sus labios, su aroma, su sabor eran dolorosamente familiares. Trató de recordar cómo para poder rememorarlo en las noches largas y solitarias.

Finalmente, los dos se separaron. Molly le brindó una sonrisa vacilante.

—Tengo dos cosas más que decirte —le dijo—. Luego eres libre de irte —Dylan miró a Grant. Molly no se molestó en volverse. Grant podía esperar o no, era cosa suya—. Primero —le dijo—, no

vendas tu empresa. Relámpago Black es tu alma y tu corazón y nunca serás feliz trabajando para otro. Sólo es mi opinión, pero lo digo en serio.

—¿Cuál es la segunda? —dijo Dylan en voz baja y gruesa, como si luchara con una emoción fuerte. Molly se alegró de que estuviera tan conmovido por aquel momento como ella.

—Esto —metió la mano en el bolsillo de sus vaqueros y sacó el anillo de boda que lo había llevado hasta él—. Si alguna vez necesitas correr una aventura, ven a verme. Pase lo que pase, iré contigo —le puso el anillo en la palma de la mano y cerró sus dedos en torno a él.

—¿Y si estás casada con él? —le preguntó, señalando a Grant con la cabeza.

Molly pensó en decirle que era del todo improbable, pero no lo hizo.

—No importa. Pase lo que pase, estaré dispuesta a irme contigo. No porque te lo deba, sino porque quiero.

Dio un paso atrás y subió a la acera. Dylan estaba admirado de su valor. Habría sido tan fácil decirle que él también la amaba, pero no podía. Todavía no. No cuando todo lo que había querido siempre había vuelto a estar a su alcance. Tal vez pensara que Grant era un estúpido, pero Molly había querido casarse con él. Le debía la oportunidad de averiguar si aquellas emociones seguían vigentes.

Tal vez más adelante podría ver cómo estaba. Si había dejado a Grant y seguía estando interesada, podrían retomar lo que habían dejado. Tal vez se estaba engañando. ¿Por qué iba a querer Molly un hombre como él? Se metió el anillo en el bolsillo de los vaqueros y se puso el casco. Molly y Grant se alejaban en dirección al edificio. Molly se detuvo a la entrada y se volvió para mirarlo. Grant le pasó el brazo por los hombros. Hacían una buena pareja. Grant ascendería en el bufete, seguramente se convertiría en uno de los socios. Podrían enviar a sus hijos a una escuela privada. Dylan siempre sería el niño rebelde del barrio pobre de la ciudad. Su negocio era próspero, pero no era un ejecutivo. Teniendo elección, se pondría una chaqueta de cuero negra.

Molly había ido a él porque lo necesitaba, pero ya no seguía necesitándolo.

Metió la primera marcha y se alejó calle abajo. Lo último que vio fue cómo Grant le hacía pasar al vestíbulo del edificio.

Capítulo 15

Molly se quedó quieta hasta que dejó de oír el ruido de la motocicleta de Dylan, luego se desembarazó del brazo de Grant. Estaba tan aturdida, y no quería tener aquella conversación con él. Por desgracia, no se le ocurría ninguna excusa para despacharlo. Tal vez fuera mejor así. Podrían terminar de una vez.

—Vine a verte anoche, pero no estabas —dijo Grant. Su tono era desenfadado, pero notó su irritación.

—Ya te lo he dicho, estaba fuera.

Al llegar a la puerta de entrada de su apartamento, le tendió la caja de rosas y sacó su llavero.

—Permíteme —le dijo, y sonrió.

Molly hizo una mueca. Se había olvidado de que le había dado la llave de su apartamento. Tampoco la usaba mucho. Grant raras veces pasaba la noche con ella y su trabajo en el bufete hacía que Molly estuviera en casa mucho antes de que él apareciera. Tal vez había sido un gesto simbólico, pensado para hacerles sentirse unidos. En aquel momento probablemente había funcionado, pero ya se sentía cansada y molesta.

Entraron en el apartamento. La sala de estar estaba exactamente como la había dejado hacía dos semanas. Una vecina había recogido su correo y se lo había dejado en la mesa de la cocina, podía ver el montón de cartas desde donde estaban.

Grant se volvió hacia ella, le puso las manos en los hombros y la besó. Seguramente había querido besarla en la boca, pero Molly volvió la cabeza y sintió el roce de sus labios en la mejilla. Cerró los ojos y trató de sentir algo placentero y familiar en aquel contacto, pero en lo único en que podía pensar era en lo mucho que le costaba respirar. Dylan se había ido de verdad.

—Así que —dijo Grant, dejando las llaves en el mostrador que dividía el comedor de la sala de estar para tomar la caja de rosas—, has estado fuera unos días.

Vio cómo buscaba un jarrón. Encontró uno en la balda superior de la despensa, abrió la caja y empezó a colocar las rosas. Eran hermosas. De color rojo oscuro y olorosas.

—Sí, necesitaba algo de tiempo para pensar. He tenido muchas cosas en la cabeza —le señaló las flores—. Son muy bonitas, gracias.

Grant siguió colocando las rosas. Los ojos de Molly se posaron en sus llaves. Sin pensarlo, dejó la bolsa en el suelo, tomó el llavero de Grant y empezó a separar la llave de su apartamento del resto. Sólo tardó un segundo en sacarla y metérsela en el bolsillo. Grant ni siquiera se dio cuenta.

Cuando terminó de organizar el jarrón, lo llevó a la sala de estar y lo colocó en la mesa auxiliar. Luego se sentó en el sofá y dio una palmada en el espacio que había a su lado.

Molly se acercó y se sentó en el extremo opuesto del sofá. Grant no se dio por aludido. Se acercó hasta ella y tomó sus dos manos. Tenía los ojos castaños, de un color indefinido, neutro. Se dijo que estaba mal compararlo con Dylan, porque no tenían nada que ver. Qué extraño que los dos hubieran tenido un gran peso en su vida.

—Sé lo que estás pensando —dijo Grant.

—Lo dudo.

La miró con su mirada de lechuza, como si estuviera haciendo grandes esfuerzos por parecer razonable.

—Estás pensando que voy a molestarme por tu amigo de la moto. Reconozco que no me dio buena impresión, pero confío en ti, Molly. Siempre lo he hecho. Eres una mujer maravillosa y no puedo creer lo estúpido que he sido —Molly trató de soltarse, pero él la sujetó con más fuerza—. Fue así —continuó—. Estaba trabajando en un caso muy importante. Ya sabes que mi trabajo es muy estresante. Sé que lo entiendes. Además, tú y yo nos habíamos estancado en la rutina.

Abrió la boca para protestar pero no sabía qué decir. No, no podía estar tratando de echarle la culpa a ella, ¿verdad?

—¿La rutina? —consiguió decir.

—Sí, siempre hacíamos lo mismo. No es culpa de nadie, estas cosas pasan. Entre eso y las horas de trabajo, bueno, yo...

Se quedó mirándolo, esperando oír una excusa. Al ver que se quedaba callado le dijo:

—Te largaste con tu secretaria. Se suponía que estábamos comprometidos y te fuiste con otra mujer. Eso es más que rutina, Grant. Es el Cañón del Colorado.

—Ya veo que estás molesta —Grant se removió en su asiento.

—Y tanto que sí. Te fuiste sin avisar. Me llamaste desde el hotel para decirme lo que habías hecho. Hasta llamaste a cobro revertido. Eres un canalla egoísta y sin corazón, y los dos lo sabemos.

—Está bien —Grant se puso en pie y la miró—. Te vas a poner sentimental. No importa. Yo puedo razonar por los dos. Reconozco que mi comportamiento fue inadecuado, no debí haberme ido con ella. Pero no voy a aceptar toda la culpa. Es muy joven y bonita. No hacía más que intentar seducirme y un día dejé de resistirme. Fue un error.

Estaba tan tranquilo que Molly no sabía si reír o empezar a tirarle objetos a la cabeza.

—Ahórrate los detalles —le dijo.

Siguió explicando cómo el viaje a México había sido un

arrebato. Cuando empezó a describir las playas de arena blanca, lo silenció. Aquello no iba a llevarlos a ninguna parte.

—¿Qué pretendes, Grant? —le preguntó, interrumpiéndolo a mitad de frase. Grant parpadeó, luego señaló las flores con un gesto de la mano.

—Yo diría que es evidente. Tenemos que restablecer nuestra conexión emocional. La intimidad y la confianza han salido perjudicadas.

Se había ido con su secretaria de veintidós años y consideraba que su relación había salido perjudicada. ¿Qué haría falta para destruirla? Vio cómo se movía por la estancia, como si estuviera en un tribunal. Él era el abogado defensor y ella... Bueno, no estaba segura de su papel en toda aquella charada. Grant era razonablemente atractivo, pero no podía imaginarse amándolo. Ya no, ni nunca. ¿Qué había sido? ¿Una conveniencia? ¿Otra forma de acomodarse, de no esperar demasiado para que si lo perdía no le doliera tanto?

—¿Me amas? —le preguntó.

—Molly, ¿cómo puedes preguntarme eso?

—Porque quiero saberlo. ¿Me amas?

—Eres la mujer con la que quiero pasar el resto de mi vida. Habíamos hablado de tener hijos juntos.

—Esa no es una respuesta. ¿Por qué no estás con tu secretaria ahora mismo? ¿Qué ocurrió en el paraíso?

Grant tuvo la vergüenza de sonrojarse.

—Es muy joven.

—¿Y?

Se aclaró la voz, luego hundió las manos en los bolsillos de su pantalón. Molly se dio cuenta de que estaba trajeado y que era mediodía. Había salido del trabajo para ir a hablar con ella. Increíble. Luego miró el reloj y comprendió que era su hora del almuerzo.

—No teníamos tanto de que hablar —reconoció.

—Entiendo.

—Tendrías que estar contenta —le dijo—. Me he dado cuenta de que ha sido una estupidez antes de que estuviéramos casados y pudiera haberte hecho daño.

De modo que pensaba que no le había hecho daño. Por extraño que pareciera, tenía razón.

—¿Cómo sabías que no estaba en el trabajo? —preguntó.

Después de todo, él se había ido y ella no había tenido oportunidad de decirle que la habían despedido.

—Me pasé por tu oficina el viernes. Tu jefe me dijo que te habías tomado un par de días libres. También mencionó que te habían ascendido y subido el sueldo. Enhorabuena.

—Vaya, gracias.

—La verdad es que eso encaja perfectamente en nuestros planes.

—¿En qué sentido? —preguntó Molly. No recordaba exactamente cuáles eran sus planes.

—Ahora, después de casarnos y vender tu apartamento, podemos buscar una casa. Reconozco que estaba un poco preocupado por vivir aquí mucho tiempo. La dirección no es muy prestigiosa, y eso es importante en mi trabajo.

No le gustaba su apartamento, claro que no. Se dio cuenta en aquel mismo instante. Se preguntó si le gustaba algo de ella. Contempló su rostro afable y la forma en que se balanceaba sobre los talones. No tenía sentido prolongar aquello, pensó, y se puso en pie.

—Ahora mismo vengo —le dijo.

Una vez en el dormitorio, se acercó al pequeño estuche de joyas de su tocador y abrió el cajón inferior. Había un gran anillo de rubí. Era el anillo de compromiso que Grant le había dado. No le había comprado un diamante porque una de las esposas de los socios del bufete le había dicho que eran demasiado comunes. Molly recordó su decepción porque siempre se había imaginado llevando un bonito diamante en su anillo de compromiso. Pero no se lo había dicho a Grant.

Cerró la mano en torno al anillo y volvió a la sala de estar. Grant seguía en el centro de la estancia. Molly se colocó detrás del sofá y se inclinó hacia delante hasta apoyar los codos en la parte de arriba.

—La semana en que me llamaste para decirme que te habías ido con tu secretaria lo pasé muy mal —le dijo—. Seguramente han sido los peores días de mi vida.

—Ya te he dicho que lo siento.

—Lo sé y acepto tu disculpa. Pero eso no ha sido todo. Sabes, me llamaste el martes, pero antes, el lunes, me despidieron.

—¿Que te despidieron? —parecía incrédulo—. Pero si hablé ayer con tu jefe. No me dijo nada.

—Quieren que vuelva.

—Bien. Entonces, ¿cuál es el problema?

—No estabas aquí cuando ocurrió, Grant. Estaba sola. Traté de llamarte aquella noche, pero no estabas en casa. Ahora sé que te habías ido a México. Me llamaste al día siguiente para contármelo.

—No puedo cambiar lo ocurrido, Molly —dijo con los hombros caídos hacia delante—. ¿Qué quieres que diga?

—Quiero que me escuches. No creo que entiendas el impacto que tuvo todo esto en mí.

—Ya veo. Estás utilizando esto como excusa para explicar tu comportamiento. Algo pasó con el tipo de la motocicleta.

—No estoy intentando justificar nada porque no me hace falta. Fuiste tú quien se fue con otra, no al revés —movió la cabeza—. No estás escuchando, Grant. Por favor, escúchame. Al día siguiente de tu llamada, el miércoles, descubrí que tenía un bulto en el pecho. Me estaba examinando en la ducha y…

—¡Dios mío! Tienes cáncer.

Molly levantó la vista a tiempo de ver cómo daba un paso atrás. Su expresión se volvió tensa, como su cuerpo. Parecía como si tratara de no respirar profundamente.

La última gota de compasión o deber o lo que fuera se secó. Aquel hombre no significaba nada para ella. Le costaba entender qué había visto en él antes. No lamentaba que su relación hubiera terminado… mejor saberlo entonces que cuando estuvieran casados. Lo triste era el contraste entre su reacción y la de Dylan. Dylan, que sólo era un amigo, le había dado consuelo y ánimos. Grant se comportaba como si acabara de exponerse a una enfermedad contagiosa.

—No tengo cáncer —dijo en voz baja, y se enderezó—. Me extirparon el bulto y lo analizaron. Estoy bien.

—Debes de sentirte aliviada —dijo Grant, todavía en estado de *shock*.

—Lo estoy, pero han sido quince días en el infierno. No sabía si iba a vivir o a morir. Se suponía que yo te importaba y que estarías a mi lado pasara lo que pasara, sin embargo, tuve que pasar por todo esto sola. No puedo confiar en ti y ahora sé que ya no te amo. No creo que te haya amado nunca —Molly se acercó a él y le tendió el anillo. Grant se quedó mirándola fijamente.

—No lo dirás en serio. No permitiré que rompas nuestro compromiso —frunció el ceño—. ¿Estás segura de lo del bulto? No podría ser algo, ya sabes… fatal.

—Mi médico pidió dos opiniones. Ellos están seguros y yo también —se acercó a la puerta y la abrió de par en par—. Adiós, Grant.

Grant salió al pasillo, luego se paró. Molly se preguntó si trataría de convencerla para que no lo despachara. El alegato final de un abogado.

—Estás cometiendo un gran error —le dijo—. No me va a costar nada sustituirte. ¿Puedes decir tú lo mismo?

Le dio el anillo. Después de tanto tiempo, no sentía nada por él. Lo único que quería era que saliera de su vida.

—Sinceramente te digo que me importa un rábano —le dijo, y cerró la puerta tras él.

Se apoyó en el marco y esperó a que el tumulto de emociones remitiera. Había sido un día difícil, por no decir otra cosa. No estaba

segura de qué haría después, pero tal vez no hiciera nada.

En sus labios se dibujó una media sonrisa. No todos los días entregaba una mujer dos anillos de compromiso, pensó. La sonrisa se esfumó y Molly se dejó caer al suelo. Mientras doblaba las rodillas y se las llevaba al pecho, las primeras lágrimas empezaron a derramarse.

—No sé qué voy a hacer —dijo Molly tres días después. Estaba tumbada en el sofá, hablando por el teléfono inalámbrico. Se puso de costado—. He resuelto dos de los tres asuntos importantes de mi vida. Eso es algo.

—No quiero presionarte... —dijo Janet.

—Sí que quieres —la interrumpió Molly con una sonrisa.

—Está bien —rió Janet entre dientes—, tal vez un poquito. Lo bastante para mantenerte motivada. Estoy encantada con que no tengas nada y estoy de acuerdo con tu decisión de despachar a Grant, pero tienes que decidirte sobre tu trabajo. No van a mantener la oferta para siempre.

—No les pido que lo hagan. Dije que lo decidiría a finales de mes. Mira, Janet, me despidieron. No voy a dar saltos sólo porque hayan cambiado de idea.

—¿Y si contratan a otra persona en tu lugar?

—Entonces, encontraré otro trabajo —inspiró profundamente —. Cuando todo mi mundo se venía abajo y esperaba oír las noticias del médico, me prometí que nunca volvería a acomodarme. Quiero vivir mi vida. Siempre he tenido miedo y he apostado por lo seguro, pero ya estoy harta. Por desgracia, no sé qué es lo verdaderamente importante para mí, así que voy a tomarme un tiempo para pensarlo.

—Te comprendo —dijo Janet lentamente—. Excepto en una cosa.

—¿Cuál?

—¿Por qué no me dijiste que te habías enamorado de Dylan?

Molly se incorporó. No debía sorprenderse, Janet siempre había sido capaz de leer sus pensamientos.

—¿Cómo lo has adivinado?

—Cuando hablamos mientras estabas fuera, no hacías más que decir su nombre. Lo amable que era, lo mucho que os estabais divirtiendo. Entonces, dejaste de hablar de él. No creí que hubiese dejado de ser maravilloso, así que llegué a la conclusión evidente. Que había pasado algo entre los dos.

—No fue lo que estás pensando —Molly agarró con fuerza el teléfono—. Nosotros... —se quedó sin voz—. ¿Te enfadarás?

—Molly, no te preocupes por eso. Lo nuestro terminó hace mucho tiempo. No pienso en él y estoy segura de que él tampoco piensa en mí. Soy muy feliz con mi vida.

Molly sabía que era cierto, pero era agradable oír su

confirmación.

—No planeé que ocurriera nada de esto, pero pasó. Fue tan bueno conmigo y siempre lo había considerado mi amor platónico. Una cosa llevó a otra y comprendí que lo amaba.

—¿Qué siente él por ti?

Molly sonrió con tristeza.

—Le gusto mucho. Cree que soy especial. Por razones que todavía no comprendo, piensa que soy muy bonita.

—Eso es porque eres muy bonita.

—Sí, claro. Tú eres mi hermana, tienes que hablar bien de mí. Pero Dylan no, así que supongo que decía la verdad. Es tan bueno y amable. No sé por qué aceptó a venir conmigo, pero le estaré agradecida el resto de mi vida.

—No se lo dijiste, ¿verdad?

Molly cerró los ojos. Allí estaba, la verdad de la que había estado intentando esconderse. Le había dicho a Dylan que lo amaba. Suponía que en el fondo había confiado en que iría a buscarla. Que se presentaría en su motocicleta y la llevaría con él.

Pero esas cosas no ocurrían en la vida real. Dylan no era la clase de hombre que se comprometía con una mujer, y probablemente se alegraba de sentirse libre otra vez.

—Prometí que no me arrepentiría de nada, así que, sí, se lo dije. No se ha puesto en contacto conmigo desde entonces. No importa — dijo enseguida, y luego miró por la ventana a los árboles que había en el jardín—. Me ayudó a pasar unos momentos muy duros para mí. Tengo los recuerdos y la fuerza. Es suficiente.

—¿Lo es? —preguntó su hermana.

—Tiene que serlo. Así que de momento, estoy pensando en lo que quiero hacer. Durante la próxima semana tomaré algunas decisiones. Tal vez acepte la oferta de trabajo o tal vez encuentre otro. He estado pensando en volver a estudiar y hacer un master.

—Tienes razón —suspiró Janet—. Tienes que decidirte. Siento haberte presionado.

—Yo no lo siento. Me recuerda que te preocupas por mí y te lo agradezco.

—Llámame en un par de días y hazme saber lo que haces, ¿de acuerdo?

—Te lo prometo.

Se despidieron y colgaron el teléfono. Molly agradecía que su hermana estuviera preocupada, pero ella no lo estaba. La respuesta le vendría pronto. Tenía fe y paciencia. También tenía la satisfacción de saber que no lamentaba nada de lo que había pasado con Dylan. Sí, habría sido maravilloso que él hubiese querido quedarse, pero eso no podía controlarlo. Había hecho lo posible. Conocía la diferencia entre

no renunciar sin luchar y darse de cabezazos contra una pared. Si la deseaba, sabía dónde encontrarla. Al menos, por el momento.

Dylan colgó el teléfono y miró con enojo aquel instrumento ofensivo. Su abogado lo estaba presionando para que tomara una decisión. La oferta de la multinacional de motociclismo era más que justa, era generosa. No había razón por la que decir que no. Ninguna, salvo que no le parecía bien.

Claro que en las dos últimas semanas nada le había parecido bien. Había aprendido lo sombrío y frío que podía ser el mundo cuando no tenía a Molly para que le aportara su luz y calor. La echaba de menos. La deseaba y la necesitaba. Se hallaba en un estado terrible, porque por mucho que lo intentara, no podía olvidar los días que habían pasado juntos. Los recuerdos lo acosaban, impidiéndole dormir, comer o trabajar. Evie le había dicho el día anterior que, si no cambiaba de actitud rápidamente, se iría. Ni siquiera podía echarle la culpa. Había estado desahogándose con todo el mundo.

No era sólo porque echase de menos a Molly, también lamentaba que la hubiese dejado sin decirle la verdad. Que la amaba. Sí, él, que nunca había amado a nadie antes.

No estaba seguro de cuándo había ocurrido. Todavía no estaba seguro de creer en el amor, excepto que no había otro modo de describir sus sentimientos por ella. Molly llenaba sus pensamientos. En diferentes momentos del día se preguntaba qué estaría haciendo. Quería estar con ella. Quería pasar el resto de su vida tratando de conocerla por completo. Quería aprender sus cambios de humor, descubrir los misterios que la convertían en una persona tan maravillosa. Quería tocarla y abrazarla. Quería hacer el amor con ella noche tras noche, hasta que la pasión fuera un amigo familiar que los mantuviera en calor hasta el amanecer.

Pero... siempre pero. No tenía derecho a inmiscuirse en su vida. Había tomado sus decisiones. Tenía un trabajo y tenía a Grant. No iba a presentarse y a perturbar todo aquello. No quería hacerle daño por nada del mundo.

Ojalá tuviera algo que ofrecerle, algo de valor. Pero sólo era un crío que había crecido en un remolque. No sabía cómo ser un padre o un marido. No sabía cómo amar, sólo sabía que la amaba. Prefería echarla de menos que lastimarla en ningún sentido. Así que no se ponía en contacto con ella, a pesar de que anhelaba oír su voz y ver su sonrisa. Él era el que había querido que no perdieran el contacto, pero no podía limitarse a ser amigo suyo. Era un cobarde.

Contempló su despacho y todo por lo que había luchado. Antes era una fuente de orgullo, pero ya no le veía el sentido. Sin Molly, no tenía nada. Se puso en pie y tomó su chaqueta, luego salió a la entrada del edificio. Evie le lanzó una mirada cautelosa.

—¿Vas a alguna parte? —preguntó, tratando de no parecer esperanzadora. Con él fuera del edificio, todo el mundo recuperaría el buen humor.

—Estaré fuera el resto del día —asintió. Hizo un ademán en dirección al teléfono—. Llama a mi abogado y dile que firmaré.

—¿Vas a vender la compañía? —dijo Evie con ojos muy abiertos.

Dylan sabía que no se preocupaba por su trabajo. Había hablado de la oferta con sus empleados y sabían que tenían asegurados sus puestos.

—Sí. No sé por qué, pero he perdido la motivación para llevarla a mi manera. Será lo mejor para todos.

Acto seguido, se fue. Tenía la moto aparcada delante del edificio. Había estado conduciéndola desde que volviera de pasar quince días con Molly. Arrancó el motor y se dirigió a la autovía. Tal vez no tenía derecho a ponerse en contacto con ella directamente, pero eso no quería decir que no pudiera preguntar por ella.

Una hora después entró en un aparcamiento subterráneo. Después de ponerle el candado a la moto, subió a la vigésimo primera planta para tener una breve charla con el prometido de Molly.

La recepcionista lanzó una mirada a su chaqueta negra de cuero y frunció el ceño. Cuando dijo que no tenía cita, su expresión se volvió aún más cautelosa. Dylan suspiró y sacó su tarjeta. La leyó dos veces y luego su rostro se suavizó y le dio una sonrisa de bienvenida.

—Señor Black, me alegro de conocerlo. Mi hermano participa en carreras de motociclismo y tiene dos de sus motos de encargo. Por favor, tome asiento mientras intento hacer hueco en la agenda para hacerle pasar.

Lo condujo a un cómodo sillón, le ofreció café y galletas y todas las publicaciones desde revistas de deportes hasta prensa del corazón. Ah, el precio de la fama.

La recepcionista desapareció para hacer sus malabarismos. Quince minutos después, lo conducía al despacho de Grant.

El astuto abogado no se molestó en levantarse de detrás de su enorme escritorio de madera, ni expresó ninguna sorpresa por la interrupción de Dylan. En cambio, se recostó en su ostentoso sillón de cuero y alzó sus cejas de color castaño claro.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Black?

Dylan no había planeado qué decirle al prometido de Molly. Para ser sincero consigo mismo, quería meterle el miedo en el cuerpo y advertirle de que, si volvía a engañarla, él mismo en persona se aseguraría de que sus correrías terminaran de una vez por todas.

—Molly es muy especial. Quiero asegurarme de que lo entiendes.

Grant se puso en pie y miró a Dylan como si se hubiera vuelto loco.

—¿Especial? ¿Eso crees? —el desprecio impregnaba su voz y casi se estremeció—. No sé por qué has venido, pero si te ha enviado ella para convencerme para que le dé una segunda oportunidad, olvídalo. Le di a Molly la oportunidad de volver conmigo y la rechazó.

—¿Molly no te perdonó? —repuso Dylan, tratando de asimilar sus palabras.

Grant se encogió de hombros.

—Por fortuna, por lo que a mí respecta. Como ya le dije, no tendré ningún problema en sustituirla. De hecho, ya tengo citas con dos mujeres distintas este fin de semana. Pero ella lo lamentará. Los hombres como yo no aparecen todos los días. Para empezar, no es muy bonita, y después de haber tenido ese problema en el pecho... —se estremeció—. No sé qué habría sido peor, si el cáncer, o acabar desfigurada.

Dylan reaccionó sin pensar. Más tarde se dijo que agredir físicamente a un abogado no era muy inteligente, pero en el fondo no le importaba. Merecía la pena que aquel canalla lo demandara.

Se acercó a donde Grant estaba de pie, echó el brazo hacia atrás y le dio un puñetazo en la cara. Mientras el hombre permanecía en estado de *shock*, le dio otro en el estómago, y luego lo empujó sobre su sillón. Grant aterrizó en él con una exclamación.

La sangre le caía por la nariz y no hacía más que gemir y toser. Dylan se miró los nudillos, pero no se había cortado la piel. Aun así, sentía un hormigueo en la mano y sabía que estaría dolorido durante un par de días.

—Eso ha sido por Molly —le dijo—. No hables de ella como si fuera un desperfecto. Es diez veces mejor de lo que tú nunca serás. Me alegro de que tuviera el buen juicio de despacharte. Si vuelves a molestarla, volveré y daré fin a esto.

Entonces, salió del despacho. Cruzó la recepción sin molestarse en decir adiós a la bonita recepcionista. No le importaba nada salvo el hecho de que Molly no había vuelto con Grant. La idea le dio esperanzas, hasta que recordó que no se había puesto en contacto con él para darle la noticia. ¿Estaba esperando a que él diera el primer paso? Después de todo, había sido Dylan el que había insistido en que se mantuvieran en contacto y no había hecho nada al respecto. Él sabía que la razón era que no podía oír que se había reconciliado con Grant, pero Molly no. Al entrar en el ascensor la esperanza volvió a brotar y, en aquella ocasión, no pudo negarlo. El último día, Molly le había dicho que lo quería. En aquel momento había creído que lo decía en sentido fraternal, que lo quería como a un hermano o a un amigo. Pero ya no estaba tan seguro. Y no le

importaba.

Molly merecía lo mejor. Alguien valiente e increíble. Él no era ese hombre, pero no creía que pudiera hacerse a un lado sin más. Las dos últimas semanas le habían enseñado que no merecía la pena vivir la vida sin ella. Había muchos hombres que estarían más a su altura, pero ninguno la amaría tanto como él.

Las puertas del ascensor se abrieron en el aparcamiento. Dylan salió, pero apenas podía moverse. La amaba. Él, Dylan Black, el hombre que había jurado no creer en el amor, se preocupaba por Molly más que por nada en el mundo. Era todo para él. La amaba y quería estar con ella. Para siempre.

Se dirigió apresuradamente hacia su motocicleta. ¿Sería ya demasiado tarde? Molly no había dicho nada sobre querer hacer su relación permanente. ¿Se arriesgaría a preguntárselo? ¿Podía arriesgarse a dejarla marchar?

Sabía la respuesta a la última pregunta. Haría cualquier cosa para estar con ella. Era la persona más maravillosa que había conocido nunca. No sólo su belleza y su fuerza, sino su gentileza, su sentido del humor, su compasión, todo en ella lo atraía. No podía pensar en envejecer lejos de Molly. La amaba.

Puso en marcha el motor y salió a la calle. Iría a verla enseguida, pero primero tenía hacer un alto en el camino.

Molly contempló las cajas que llenaban su apartamento.

—Sí, estoy segura —dijo mientras sostenía el teléfono entre el hombro y la cabeza—. Janet, tendrás que creerme. Quiero empezar de cero en otro sitio.

—No puedo creerlo —dijo su hermana—. Entiendo que no quieras volver con Grant, nunca pensé que era lo bastante bueno para ti. Hasta entiendo que no quieras volver a tu trabajo. Creo que hacer el master es una buena idea, pero, ¿por qué pones a la venta tu apartamento?

—Ya te lo he dicho, quiero empezar desde cero. Quiero dejar atrás mi antigua vida y empezar una nueva —Molly pensó en decirle a su hermana que ya tenía tres ofertas de compra y que recibiría la entrada a fines de semana, pero supuso que sería demasiado para Janet en aquellos momentos—. San Diego no está tan lejos —continuó, y se acomodó en el sofá—. Conseguiré un trabajo y haré una solicitud para hacer el master en la universidad estatal. Confía en mí, hermanita. Estaré bien.

—¿Estás segura?

—Seguramente por primera vez en la vida. Estoy nerviosa, pero no me estoy escondiendo y eso es lo importante —le dijo. Molly oyó que algo se rompía y el llanto de un niño.

Janet gimió.

—Tengo que dejarte. Te llamo luego, ¿de acuerdo?

—Claro, adiós.

Colgó el teléfono y contempló las cajas, algunas de ellas ya precintadas. Ya había separado lo que iba a dar y lo que iba a guardar. Tal vez Janet tenía razón en que quería mudarse demasiado deprisa, pero no le importaba. No podía quedarse allí. Ni siquiera volver a estudiar sería suficiente para distraerla. Se había prometido que seguiría adelante con su vida al margen de todo. Le habían dado una segunda oportunidad y había aprendido una lección importante. No iba a meter la pata otra vez.

Ojalá pudiera olvidarse de él, pero no podía. Los pensamientos sobre Dylan ocupaban su mente todo el día, y por eso había decidido mudarse. En otra ciudad podía crear nuevos recuerdos en los que él no estaría. Siempre lo amaría, ya había aceptado aquel hecho. Pero al menos, si iba a algún otro sitio, se distraería.

—Así que eso es todo —dijo, poniéndose en pie.

—Todavía no.

La voz era deliciosamente familiar. Todas sus terminaciones nerviosas se pusieron alerta. Pero, por un segundo, creyó haberla imaginado.

—¿Molly?

El sonido era tan real que se volvió.

—Dylan —susurró al verlo en el umbral, sin saber si podía dar crédito a sus ojos. Llevaba unos vaqueros y su chaqueta negra de cuero. Tenía el pelo demasiado largo y parecía que no hubiese dormido en semanas. Seguía igual de atractivo—. ¿Qué haces aquí?

Dylan se quedó mirándola fijamente.

—Había preparado un discurso por el camino y ahora no recuerdo ni una sola palabra —se acercó a ella y le tomó las manos—. Así que perdóname si no lo digo tan bien como quisiera.

No sabía qué pensar. El corazón le latía con tanta fuerza que pensó que iba a salírsele del pecho. Tenía la garganta tensa y le temblaba todo el cuerpo. Quería creer que iba a pasar algo maravilloso, pero se asustó. Cielos, seguía amándolo tanto.

—No puedo dejarte marchar —le dijo—. Lo he intentado una y otra vez, pero no dejo de pensar en ti, en lo mucho que te deseo y te necesito en mi vida. Eres increíblemente fuerte y valiente y te mereces a alguien mucho mejor que yo, lo sé. Pero también sé que nadie te amará más que yo —le apretó las manos con fuerza—. Te amo, Molly. Me encanta cómo reímos juntos, lo inteligente que eres, cómo estás al levantarte por las mañanas. Me encanta tenerte en mis brazos y en mi cama. Quiero estar siempre contigo. Quiero casarme contigo y que tengamos hijos juntos. Quiero que mi vida sea una aventura... junto a ti.

Molly estaba demasiado perpleja para moverse o hablar. Las palabras se filtraron lentamente en su cerebro. La amaba. Quería casarse con ella. ¡Con ella!

Dylan soltó una de sus manos y sacó algo del bolsillo de su pantalón. Al ver el anillo, Molly se quedó sin aliento. Aquél no era el simple anillo de oro que había comprado para su hermana hacía diez años. Aquél era un hermoso diamante redondo que centelleaba a la luz de la tarde. Le tomó la mano izquierda y se lo colocó en el dedo.

—Molly Anderson, ¿quieres casarte conmigo?

Entonces volvió a sentir y a respirar. El amor y la necesidad y una felicidad indescriptible la invadieron, se arrojó a sus brazos y lo estrechó.

—Sí, Dylan. Te amo. Quiero estar siempre contigo.

Sintió las lágrimas en su rostro. Lágrimas de alegría. Era tan maravilloso estar con él. Dylan la besó y permanecieron abrazados. Los dos murmuraron palabras de amor y felicidad.

—Me alegro tanto de que hayas vuelto — le dijo, preguntándose si alguna vez saciaría la necesidad de estar junto a él.

—Me estaba volviendo loco —reconoció—. Pensaba que habías vuelto con Grant y que eras feliz.

—Imposible —dijo Molly, haciendo una mueca.

—Me alegro —siguió abrazándola, luego fueron al sofá y se acurrucaron allí—. Explícame lo de las cajas —le dijo, señalándolas.

—Voy a vender el apartamento —lo miró a los ojos y sonrió—. Tampoco acepté la oferta de trabajo. Decidí que quería volver a la universidad y hacer un master.

—La Universidad de California en Riverside no está muy lejos de donde vivo.

—Bien —Molly se apretó contra él—. Estoy dispuesta a confesar que realmente me gustaba tu casa. No me importaría vivir allí contigo.

—¿Y qué te parecería trabajar para una empresa pequeña pero con futuro? El jefe puede ser duro a veces, pero tengo entendido que es justo. También está buscando con quien asociarse.

—¿Lo dices en serio?

—Me gustaría mucho que fueras parte de Relámpago Black. Si estás interesada. Detesto la parte burocrática del negocio, quiero volver a diseñar.

Era demasiado perfecto, pensó Molly, y lo besó.

—¡Sí, me encantaría trabajar contigo! Supongo que puedo conseguir el master en dos años. Mientras tanto, podré aprender sobre la industria, y tal vez trabajar a tiempo parcial.

—Hasta que empiecen a llegar los niños.

Molly se llevó la mano al vientre. Niños.

—Me estás dando todo lo que siempre había deseado.

—Tú también eres una bendición para mí —le dijo, y miró en torno suyo—. Tengo la moto. ¿Quieres venir conmigo ahora? Luego podemos alquilar un camión y venir a por tus cosas.

—Me parece perfecto. Quiero hacer el amor en tu cama.

Dylan se estremeció y sus ojos se oscurecieron de deseo.

—¿Sabes lo excitado que voy a estar de camino allí?

Molly se rió. Claro que lo sabía. Rápidamente metió algunas cosas en una bolsa y se dispuso a salir por la puerta. Dylan se detuvo.

—Tengo que hacer una llamada rápida —le dijo.

—Adelante.

Se acercó al teléfono y marcó un número. Pasado un minuto dijo:

—Evie, soy yo. Llama a mi abogado y dile que cancele el trato. No voy a vender —sonrió y apartó el auricular de la oreja—. Evie siempre se pone a gritar cuando se emociona —le dijo a Molly. Luego volvió a hablar por teléfono—. Te contaré los detalles cuando vuelva a la oficina. No me esperes hasta dentro de tres días.

Molly sonrió y se sonrojó. Se sentía embriagada de felicidad. Hacía seis semanas, todo su mundo se había venido abajo, pero en aquellos momentos, tenía todo con lo que siempre había soñado y más.

Contempló el anillo de diamantes que centelleaba en su mano izquierda. Era el símbolo perfecto de su amor. Sabía que unidos superarían todos los baches de la vida. Ya habían aprendido mucho, y juntos se hacían cada vez más fuertes. Y estaban enamorados. Dylan era la clase de hombre en que siempre podría confiar, pero ante todo, conocerlo había sido el auténtico milagro de su vida.

Fin